

ABIGAÍL C. M.



Mi
MAYOR
deseo

BDP

Mi MAYOR deseo

ABIGAÍL C. M.



Mi mayor deseo.

© 2017, Abigaíl C.M,

© De esta edición: Ediciones Besos de Papel

© Cubierta e interior: Munyx Design

© Imagen cubierta: fotolia

ISBN: 978-84-946729-6-5

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su

incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Dedicado a esa persona que siempre estuvo ahí conmigo,
siendo un apoyo constante.*

“El regalo de un libro, además de obsequio, es un delicado elogio”.
Anónimo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

AGRADECIMIENTOS

OTRAS PUBLICACIONES

ANTES DE NADA

Puede que a lo largo de la vida muchas puertas se nos cierren, puede que nosotros mismos nos frenemos por culpa de los miedos y las inseguridades, a lo mejor todos nos dejamos influir demasiado por los demás sin atender a lo que de verdad necesitamos, no sé... De lo que estoy completamente segura es de que, si ella hubiese dejado pasar este tren, jamás hubiese sido feliz, jamás hubiera conocido el amor verdadero, el de verdad, que duele, que quema, que explota y te deja sin saber dónde pisar hasta que la persona elegida te coge de la mano.

Os preguntaréis quién soy. Pues en realidad no tiene importancia, nada tiene que ver con la historia que os voy a contar: la historia de dos personas que no atendieron a lo que su alma les decía, que desobedecieron los deseos del corazón (deseos que todos deberíamos atender, porque son puros y verdaderos) y por eso todo el mundo los vio sufrir, todos sentimos sus sentimientos y vimos sus esfuerzos por ocultar lo que era tan evidente...

La historia de Susana y Jonatan es peculiar, singular, algo difícil de comprender y sobre todo muy hermosa, porque los amores de verdad no siempre caminan en línea recta, no siempre surgen del flechazo y, a la mitad de las veces, los sentimientos son tan intensos que nos confunden y atormentan. Esta historia no nos hablará de nuevas oportunidades, sino de la lucha que supone reconocer que el amor es ciego, sordo, un poco tartamudo, algo raro... Que el amor no es práctico, que ve más allá del ahora porque, para el corazón, las cosas mundanas no son impedimento, que el amor es capaz de todo y de más porque no existe fuerza capaz de pararlo, que el amor, señoras y señores, es simplemente una fuerza a tener en cuenta.

Quizá muchos no entiendan la verdad que esconde esta historia porque está escondida entre fuertes enfrentamientos y suaves besos, pero yo los animo a descubrir el motivo por el que estas personas, ahora desconocidas para

ustedes, son un ejemplo de que hay que luchar contra viento y marea por lo que se quiere. Porque puede que en la guerra haya treguas y tiempos de relativa calma, pero eso no siempre significa que el fuego se haya apagado, ni mucho menos...

EL PRINCIPIO

1

SUSANA

Lunes - 2 de enero

Hacía tres años que conocía al Sr. Ruiz y aun así seguía sin saber su nombre. Para mí era el señor Ruiz, un hombre excéntrico y algo anticuado, inquietante. Era el anciano de pelo entrecano y rostro áspero que se sentaba tras mi mesa de manicuras llena de limas, pintauñas y cremas, todo cubierto por una capa del polvo de porcelana que usaba para hacerle las uñas a mis clientas más “selectas”. Era el hombre que me hablaba de su vida mientras le quitaba las cutículas, el que charlaba de todo y de nada sin apartar la vista de mis manos cuando le daba el masaje.

No es que fuera el único que lo hacía, al contrario, todas mis clientas me hablaban sin parar de sus vidas, sus mariditos y los adorables hijos de sus vecinas. No es que me importase, mi trabajo era limar y callar, pero con nadie era igual que con el señor Ruiz, él me inspiraba un sentimiento cálido a pesar de su aspecto frío y calculador.

Tenía diecisiete años cuando comencé a trabajar para Amelia Fierro en su “peluquería/centro de estética”, me dedicaba a barrer el suelo y a cobrar a las clientas mientras estudiaba Estética a distancia. Veamos... Esto es un pueblo, por lo que a nadie le importaba que la peluquera también hiciera las cejas (es pelo, a fin de cuentas), ni que la chica que te lavaba el pelo te hiciera la cera. No pasaba nada si el local no era de lo mejor, porque estuviera siempre oscuro y con la radio de fondo escuchando los líos de las famosas. Pero, aunque a nadie le importaba, Amelia no estaba dispuesta a pasarse toda su vida destrozándose las manos por cuatro perras y su plan consistía en subir de categoría el negocio con una esteticista de verdad. Al final, ella subió desorbitadamente los precios y yo me quedé con una mesita llena de polvo de porcelana y mi lamparita de ultravioletas, limando y pintando uñas, pero sin

que se me aumentara mucho el sueldo.

Cuando recuerdo la primera vez que le vi, entrando en el centro de estética “Summer”, con su gabardina nueva y su sombrero negro, revivo el frío que se instaló dentro de mí al verle desde mi puesto de manicurista. No era muy alto, pero eso era lo de menos, porque su presencia parecía enorme con ese traje algo gastado pero, seguro, de buena calidad. Su rostro, algo redondeado y lleno de las marcas de la vida, carecía de arrugas profundas o pómulos caídos, convirtiéndolo en un hombre de edad incalculable. No es que diese miedo, ¡qué va! Es que su sola presencia le hacía a uno pensarse dos veces las cosas que hacía a su alrededor. Una sola de sus miradas es capaz de poner nervioso al más valiente, a la segunda te asusta, pero la tercera es mortal. Por eso me extrañé tanto cuando sus ojos azules se posaron en mí, brillantes, una mirada cargada de sabiduría y rebosante de sarcasmo. Sus pasos firmes se dirigieron con rapidez hacia mí, hasta que su cadera se apoyó contra el borde de mi mesa y, tras una corta mirada, se sentó y me pidió, casi exigió, que le arreglara las manos. Fue curioso cómo todos los ojos del local se abrieron de par en par para centrarse en mi persona y cómo los de mi jefa se cerraron en una silenciosa súplica.

Al principio, mi voz desapareció y solo era capaz de contestarle con monosílabos, pero pronto tuve que dejar mi silencio a un lado y prestar más atención a su tono exigente.

—Niña, ¿cómo te llamas?

—Susana, señor —respondí intimidada.

—Bien, bien... Mi primera esposa se llamaba así, ¿sabes? Una feliz coincidencia. —Al ver que no decía nada, siguió hablando con su voz áspera y siempre con un deje como de enfado—. Ella no era tan hermosa como tú, la verdad, tan rubita... ella era morena y algo basta con todo lo que hacía, hubiese sido hermosa si alguna vez se le hubiese quitado esa cara de pasa que ponía siempre, como si todo estuviera mal y no supiera nunca con quién pagar los platos rotos... Pero yo la quería de todas formas. Un hombre como yo necesita a una esposa fuerte y con mucho carácter.

—Deme la otra mano, señor Ruiz.

—Pareces una chica lista, Susana, no entiendo qué haces aquí con esta panda de viejas y no estás estudiando alguna carrera provechosa. —Su silencio me obligó a responder, casi susurrando.

—Aquí estoy muy a gusto, no se me dan bien los estudios.

—¡Tonterías! Seguro que si te empeñases conseguirías matrículas, lo que pasa es que a los jóvenes de ahora os gusta demasiado el dinero —exclamó medio indignado, pero luego soltó una carcajada, corta, áspera, escalofriante—. Yo también era así. ¿Quién quiere estudiar si puede sacarse cuatro perras trabajando? Más tarde se aprende que es una equivocación, pero a tu edad no se piensa bien, con todas esas hormonas revoloteando.

El señor Ruiz volvió, a pesar de que la primera vez la cajera esparciera todo el dinero del cambio al intentar no tocarle, a pesar de que el silencio era sepulcral a su alrededor, a pesar de que mi jefa aprovechase para cobrarle de más por venir sin cita. Volvió y se sentó en la silla que hay enfrente de mi mesa, puso sus manos en las mías y simplemente me sonrió diciendo un enérgico «¡Empecemos!» que me hizo comenzar mi trabajo sin perder tiempo, sin ningún tipo de excusa, aunque ya estuviera esperando a mi cliente de las diez y diez.

El sonido de la puerta al abrirse me devolvió al presente, no podía permitir que el pasado me distrajese tanto, pero estaba muy nerviosa, más que nerviosa, el corazón llevaba toda la mañana latiéndome a mil por hora y la verdad es que notaba cómo mi cabeza latía y latía. La preocupación campaba a sus anchas en mí, frustrándome y haciéndome sentir verdaderamente enferma.

—Susi, querida. —El hombre frunció el ceño mientras miraba mis manos—. Llevas toda la mañana temblando, ¿sucede algo? —Su voz era grave y me provocó un escalofrío por toda la espalda—. Confío que ya sabes que a mí me puedes contar cualquier cosa.

—No es nada, señor Ruiz, anoche dormí poco y ahora mi pulso es pésimo. —Era cierto, me había pasado la noche en vela, el sueño me evitó hasta unas horas antes del amanecer y al despertar, solo deseaba morirme. Jamás he sido una persona dormilona, pero mi mente necesitaba un mínimo de seis horas de descanso para poder funcionar correctamente.

Habían pasado tres años desde ese primer encuentro con mi cliente y, tras el primer año, empecé a sospechar del buen hombre, pero, a mitad del segundo, pude confirmar mis sospechas: el señor Ruiz no solo era un adinerado más de los que abundaban escondidos en los pequeños pueblos de Madrid, era un hombre peligroso que seguramente había ido cambiando de residencia

durante años cada poco tiempo para que la policía no descubriese todos los asuntos en los que estaba metido y de los que ya estaba retirado.

Creo que lo que me hizo darme cuenta de todo fue el hecho de que mi ex (el capullo, indeseable, estúpido, impresentable, infantil, inmaduro y retrasado de mi ex), con el que llevaba dos años saliendo, me dejase sin decirme nada, pero de manera muy clara, al prometerse con su vecina (una estúpida, indeseable, prepotente y zorróna). Unas semanas después apareció con un ojo morado y rasguños varios por todo el cuerpo, lo que me pareció curioso, ya que hacía unos días le había aclarado al señor Ruiz por qué tenía los ojos tan rojos e irritados tras la ruptura, además de sincerarme y quejarme de lo humillada e insultada que me había sentido después de que todo el pueblo se enterara.

Desde entonces me cuido mucho de decirle lo que me pasa. No es que haya perdido la confianza con él, pero maquillo todo un poco para que no parezca importante. Han sido tres años de confianzas y compañerismo —no sabría si llamarlo amistad— y se había creado un vínculo entre nosotros que me hacía sentir bien. Era como si fuera un padre para mí, alguien que se reía conmigo y que se enfadaba tanto o más que yo si me pasaba algo desagradable o si discutía con mi jefa.

Puede que el señor Ruiz no fuera realmente un hombre del que fiarse, una persona que no seguía las leyes, pero eso me daba igual, porque su compañía hacía que realmente me sintiera muy bien, aceptada y querida, un sentimiento que escaseaba en mi vida desde siempre.

—Sé que algo escondes, Susi —dijo pensativo—. ¡Bien! Lo dejaré pasar por esta vez porque ya casi hemos terminado, pero la semana que viene, si sigues teniendo el mismo aspecto tendrás que contarme lo que te deja los ojos tristes y hace que tu sonrisa sea más falsa que los billetes que le doy a la avara de tu jefa —concluyó guiñándome un ojo.

—¡Es usted un liante! Ahora sabré que hace eso y me veré en la encrucijada de si contárselo o no a mi jefa. —Al parecer mi expresión lastimosa solo consiguió que él soltara una ruidosa carcajada que logró llamar la atención de todas las personas presentes en el local.

—No te preocupes, querida, que esa mujer no pierde dinero, solo lo gana sacándole los cuartos a las viejas que confían en que ella las deje con el rostro de una veinteañera por precios desorbitados.

Era muy profundo el aprecio que le tenía a pesar del temor que me provocaba. Aun así, no me decidía a decirle porqué estaba tan nerviosa. No

quería que volviéramos a hablar de Jony porque yo procuraba hablar muy por encima de él, no quería que el señor Ruiz supiera mucho, no tenía motivos para desconfiar, sin embargo, la relación que había entre mi medio hermano y yo era lo bastante complicada por sí sola como para meter a nadie en medio.

Jony...

Él volvía de la capital de Madrid después de más de cuatro años y yo tenía un miedo espantoso de volver a verle y, a la vez, un deseo inmenso de tenerlo a mi lado. Le había echado muchísimo de menos todo este tiempo, pero hacía mucho que nuestra relación había cambiado y ya no era como antes. A veces pensaba que él me despreciaba tanto como a mi madre. Nuestra historia era algo conflictiva, a pesar de que gran parte de nuestras vidas la habíamos pasado en internados, separados, sin embargo, cuando las cosas empezaron a irle mal a nuestro padre, ambos regresamos a Cervera. Puede que nada fuera normal en nuestra familia, puede incluso que Jony y yo fuéramos más desconocidos que familia, pero nada impidió que en mí floreciesen unos sentimientos extraños y que los encontronazos fueran explosivos. Al final, él se marchó, sin despedirse, sin explicarse... Y la vida dejó de ser tan importante como antes.

Vicenzo Ruiz salió del centro estético, pero antes de marcharse se giró y miró el interior de ese cochambroso local, miró la cabecita de pelo claro caer y apoyarse sobre sus brazos, solo un instante, unos segundos, pero lo suficiente para que él supiera que ella sufría. Pobre Susi. Llevaba casi medio mes prácticamente en las nubes, apenas se enteraba de lo que hacía y en los últimos días no hacía más que temblar, por eso él le había insistido un poco, a ver si ella le contaba su problema, pero fue inútil, Susi no pensaba soltar prenda y eso le ponía muy, muy nervioso porque significaba que algo malo iba a pasar, o quizás ya estaba pasando.

Cuando la vio por primera vez se le revolvieron las tripas, era tan parecida a su queridísima hija, tan pequeña y delgada, con sus ojos profundos y sus pómulos altos. Fue como si el destino lo volviera a castigar, trayéndole un fantasma, y él sabía que se lo merecía así que allí fue, con su castigo personal. Pero no fue hasta que ella le dijo su nombre que no se dio cuenta de que aquello tenía que significar algo. ¿El rostro de su hija con el nombre de su primera esposa? Vicenzo no creía en las coincidencias, nada era cosa del

azar y por eso puso toda su atención en la joven manicurista. Iba todas las semanas, no le hacían falta esos tratamientos de señoritos, pero así podía verla y ese era un regalo valiosísimo. Con el paso del tiempo la miró y vio pena, se fijó en sus permanentes ojeras, en sus hombros caídos y en su falta de verdaderas amistades.

Le embargó la alegría cuando supo que había conocido a aquel chico, pero la alegría le duró lo mismo que tardó el desgraciado en mostrar lo patético que era, lo poco que se merecía a su Susi. Aun así, Vincenzo no quiso decir nada, los jóvenes deben equivocarse y crear su propio camino, pero lo que jamás se esperó fue que ese patán, ingrato y ciego también fuera un absoluto cobarde incapaz de ser un hombre decente y cortar su relación con ella antes de empezar los preparativos de la boda con su vecinita. ¡Menudo hijo de mala madre! Tardó en llamar a su sobrino lo mismo que en pestañear y cuando volvió a encontrarse con ese estúpido, una sonrisa se le dibujó en el rostro al ver su ojo hinchado. Se lo tenía bien merecido por humillar de esa manera a su querida Susi y por ir, encima, con el chisme por todo el pueblo.

Cuando abrí la puerta de mi dúplex, suspiré cansada. Había sido un día agotador y la cita del Sr. Ruiz no había hecho sino empeorar las cosas. Amelia me había llamado la atención dos veces y de lo nerviosa que estaba no pude encontrar un modo aceptable de disculparme, solo supe quedarme ahí mirándola mientras balbuceaba un simple «*Lo siento*» que solo consiguió que Amelia farfullara indignada.

El problema es que no había conseguido quitarme a Jonatan de la cabeza. Parecía que había pasado medio siglo desde que se había marchado de casa a la gran ciudad que es Madrid, dispuesto a ser independiente del hombre que le negó el amor y el cariño que tanto ansiaba, papá. No es que José fuera un mal hombre, simplemente no estaba hecho para tener hijos.

Papá era un hombre de otra época, criado por un padre militarmente estricto que le inculcó una personalidad dura y competitiva, perfecta para los negocios, pero ineficaz con sus hijos.

Jony y yo nunca fuimos suficientemente obedientes, suficientemente respetuosos. Silenciosos. Conmigo fue más permisivo porque era una chica, pero con Jony no, su hijo, su primogénito debía adorarlo. Para papá no tenía lógica que Jony no deseara ser como él y continuamente le hablaba

despectivamente, los comentarios hirientes eran habituales entre ellos y eso, sumado a la rebelde adolescencia de Jony, daban pie a unas terribles discusiones que se escuchaban por toda la casa.

¿Papá era frío y cínico? Sin duda alguna. Fue un cabrón y por eso su hijo se marchó.

A mí me hubiese gustado poder hacer lo mismo, sin embargo, nunca tuve el valor suficiente para irme del lugar que me vio nacer y crecer. A pesar de que mi vida fue un infierno, nunca tuve el valor de lanzarme a vivir sin las constantes agresiones de mis padres.

José Zayas era un hombre con dinero. A temprana edad heredó la fortuna de un padre enfermo que había engordado su economía con la construcción, lo que José supo mantener e invertir acertadamente. Por el contrario, no tuvo tanta suerte en el amor, con la madre de Jonatan fallecida y sin saber qué hacer con un bebé.

Tres años después, llegó al pueblo Jessica Burton, una bella rubia estadounidense que emigró a España para casarse con un sevillano que la dejó plantada pocas semanas antes de la boda, sin modo de regresar a su país y que, desde entonces, solo había podido ir de ciudad en ciudad buscando trabajos bien o mal pagados para sobrevivir.

No se puede decir que Jessica fuera una mujer trabajadora, ella más bien había nacido para ser idolatrada por los hombres y José lo vio. Él noto cómo la mujer, femenina y elegante, deseaba salir de la extranjera y la cortejó dispuesto a darle una madre a su hijo huérfano.

Jessica no se pudo negar al amor que nacía entre ellos y, poco después, apenas unos meses, se fueron a vivir juntos a la mansión que él tenía cerca de las afueras del pueblo.

Por azares del destino, un embarazo no deseado les obligó a formalizar un enlace que José no tenía previsto y, desde ese momento en adelante, mi nacimiento pasó a ser un arma arrojada que cada uno usaba a conveniencia.

Crecí en un castillo de princesas, con suelos brillantes, techos muy altos y unas hermosas escaleras de cuento de hadas, sin embargo, pronto descubrí que en realidad en esa casa no se podía jugar, ni chillar, ni reír, ni saltar, ni cantar, ni tener animales. Ni nada. Los niños debían incordiar y los adolescentes debían mostrar un absoluto respeto y saber estar.

Antinatural.

Cuando cumplí cinco años tuve que marcharme de lo que hasta ese momento había sido mi hogar, para comenzar mis estudios primarios en el

internado en el que estaba Jony, y la verdad es que no recuerdo esa época, pero según fui creciendo, viendo cómo no me dejaban volver a casa ni los fines de semana, notando cómo mis padres nos dejaban de lado a Jonatan y a mí, empecé a desear que el internado fuera mixto y mi hermano no estuviera en un edificio diferente, así por lo menos no me sentiría tan sola. Había sido una niña tímida, con pocos amigos y regresar sola a mi cuarto cada día me convirtió en una persona solitaria.

En 2004, una crisis financiera logró lo que todos los competidores de José no consiguieron, dejarlo al borde de la quiebra, así que tanto mi hermano como yo regresamos al hogar donde no nos querían, la casa que nos vio nacer, pero no crecer.

Por aquel entonces yo ya contaba con la edad de doce años y Jonatan cumplía los dieciséis. Llevábamos varios meses sin vernos así que cuando nos reencontramos, ambos, solos en el coche, a excepción del conductor, pensé que parecía enfadado, había dejado de ser un niño como yo y parecía ahora tan lejano. A pesar de eso, yo le sonreí tímidamente, esperando encontrar un aliado, pero no fue como yo esperaba. Puede que a veces existiera una conexión entre nosotros, pero, la mayor parte del tiempo, simplemente nos tolerábamos.

Jony me consoló todas las veces que lloré por culpa de mi madre y sus venenosos comentarios sobre mí, por los golpes sin venir a cuento, las risas y comentarios acerca de lo mal que estaba desarrollándome o lo mal que se me daban los estudios. Puede que él estuviera a mi lado la primera vez que José me dio un bofetón por romper una antigüedad y también me defendió cuando una de las mujeres que limpiaban la casa robó el collar de perlas de mi madre y me culpo a mí. Sin embargo, con esas excepciones, él nunca me dedicó una muestra de afecto verdadera, incluso cuando me consolaba, sus abrazos eran fríos y desapasionados y sus palabras sonaban falsas cuando me defendía, como si ni él mismo se creyera lo que decía, como si pensara que podía ser culpa mía todo.

Cuando me paro a pensarlo, siento que acabé desarrollando algún tipo de trastorno, ya que durante muchos años ya nada parecía importarme lo suficiente, nada me hacía sentir valiosa y nada evitó que acabara creyéndome lo que me decían.

Con trece años, tras mi primer curso en el instituto ya sabía que nunca llegaría a nada, que nunca conseguiría que un hombre se fijase mucho en mí, podía asegurar que mi cuerpo era más el de un muchacho que el de una chica,

pero todo eso solo me impulsaba a luchar con más ahínco. Todo eso sacó una faceta de mí que se volvió en contra de todos y llegó un momento en el que, para que nada me importara, simplemente lo ignoraba o luchaba con uñas y dientes. Si me gritaban yo lo hacía más fuerte, si me insultaban yo lo hacía más fuerte, si me pegaban... Entonces no había nada que hacer más que vengarme más adelante.

Sin embargo, también hubo muchos momentos de conexión con Jessica, quizás porque en ese momento me parecía bastante a ella, fría y sin sentimientos, siempre valorando más lo que los demás podían hacer por mí que lo que yo podría ofrecer, total, todos me decían que no valía nada, ¿no? Entonces no había nada en mí que valiera la pena dar.

Descubrí que, igual que ellos podían amargarme la existencia, yo también podía hacerlo y lo hice. Entre las mayores trastadas cometidas estaba la vez que le quemé toda la ropa a mamá, el día que bajé en ropa interior al salón, donde mi padre mantenía una importante reunión con varios inversores o cuando llené el pueblo de las fotos más ridículas de mis padres que pude encontrar. Podría decirse que devolvía los golpes pero, en realidad, yo jamás les arruiné la vida tanto como ellos a mí.

Quizás por eso Jony acabó por ignorarme del todo. Fue mi madre la que sugirió que él debía ir a un internado cuando cumplió los cinco años y también tenía que reconocer que era igual de mala con él que conmigo, así que, cuando Jessica sentía la necesidad de ejercer de madre, Jony se alejaba indignado, enfadado porque yo fuese incapaz de odiarla, pero ¿quién puede odiar a su propia madre? Quizás por eso eran pocos los momentos en los que no discutíamos, raras las ocasiones en las que estábamos de acuerdo en algo. Diría incluso que los únicos momentos en los que estuvimos en relativa calma fueron cuando nos consolábamos mutuamente.

El día de mi decimosexto cumpleaños decidí que quería algo bonito que ponerme para celebrar ese día tan especial, así que le pedí, por primera vez, a mi madre el favor de que me acompañara de compras. No debí confiar en ella, pero con esa edad todavía quedaba en mí algo de inocencia, una pequeña esperanza que se negaba a creer que mi madre pudiera querer humillarme. Me convenció de que no fuera yo, que ella se encargaría de comprarme el vestido más hermoso que encontrara y me lo traería a casa justo a tiempo para la fiesta.

Cuando salí de la ducha aquella noche encontré sobre mi cama un vestido precioso, lleno de seda blanca. Al ponérmelo pensé que me quedaba algo

corto y era demasiado estrecho, haciendo que mis pechos, ya, por fin, casi desarrollados, sobresalieran demasiado. Bajé al recibidor buscándola para que me aconsejara qué hacer, sin embargo, a quien me encontré fue a Jony esperándome en las escaleras.

—¿Dónde vas? —Miraba perplejo mi vestido—. ¿Se puede saber qué llevas puesto? —exigió furioso tras un segundo de vacilación.

—Es un vestido —señalé indignada—. Y ya sé que es muy corto, pero...

—¡¿No pensarás salir así de casa?! —exclamó rojo como la grana—. Pareces una... una... no es apropiado para una niña de dieciséis años. Solo conseguirás que los chicos se pasen la noche haciendo apuestas para ver quién te ve las bragas antes, si es que llevas...

En el fondo yo pensaba lo mismo, pero su actitud solo consiguió que me rebelara ante su comentario machista.

—¡No soy una fresca, si es lo que quieres decir! Y tampoco una niña para que me ordenes cómo debo ir vestida el día de mi cumpleaños.

En esos momentos aparecieron José y Jessica con un montón de bolsas llenas de lo que debían ser mis regalos. Vi cómo Jessica estudiaba la escena y, de repente, en tono contrariado, comentó:

—¡Pero, hija! Ese vestido no es adecuado para tu edad. —Se giró para mirar a un furioso José y continuar hablándole a él—. Se ve que está creciendo y se va interesando por el sexo opuesto, pero será mejor que se cambie antes de que a tu hijo se le salgan los ojos de las órbitas, cielo, o decida rasgar el vestido para verla mejor y coger lo que se le ofrece.

Con la cara roja y con lágrimas en los ojos salí corriendo sin pararme a mirar la reacción de Jony. Me encerré en mi cuarto pensando en la traición de mi madre y lloré hasta que me quedé dormida.

Desperté justo a la media noche y con la cara todavía marcada por las lágrimas llamé a la habitación de Jony. No se oía un alma, pero tras tres llamadas más, él abrió la puerta y me dejó pasar.

—¿Qué quieres, Susi? —Parecía terriblemente cansado, incluso pensé que se le veía mayor.

—Yo... Quería explicarte lo de esta tarde, por favor... —Suspiró y me guió de la mano hasta el asiento que había bajo su ventana.

—No hace falta. Sé que las chicas creéis que así estáis más guapas. Cuando tenía tu edad, las chicas parecían todas tan facilonas...

—No es eso —le interrumpí—. Ha sido una encerrona de Jessica, te lo juro. No tengo ni idea de por qué lo ha hecho, esta vez parecía sincera cuando

me dijo que ella se encargaría y la creí pensando que ella entendería mejor de moda que yo, ya sabes que soy un desastre con esas cosas.

—No es verdad, eso solo lo dice Jessica para amargarte. —Sus ojos, hasta ahora perdidos en el paisaje a través de la ventana, se clavaron en los míos y lentamente sonrió—. Soy un imbécil, debí haberte dejado explicarte y no ponerme así.

—Sigo sin entender por qué te has enfadado tanto, Jony.

—Eso ya da igual —murmuró triste, apartando la mirada de mi rostro.

Pocos días después, Jonatan se marchó a Madrid y solo recibí de él un par de tarjetas en navidad deseándome felices fiestas.

Siempre solía acostarme temprano para poder levantarme relajada, pero con tantos recuerdos en la mente, de nuevo fue imposible que mis ojos se cerraran antes de la madrugada.



Martes – 3 de enero

El despertador sonaba. Parpadeé un par de veces para conseguir quitarme la sensación de sequedad y miré la hora. Las seis y media. Ese día tendría que darme prisa si quería llegar a tiempo al centro de estética. Tenía exactamente una hora y quince minutos, así que prescindí del desayuno y me metí directamente a la ducha. El agua relajó mis agarrotados músculos y me despejó la mente. Al salir, me envolví en una de las esponjosas toallas que me había regalado mi amigo y casero Javier.

Javier Lobo era el dueño de una compañía que se dedicaba a comprar o crear distintos negocios que iban desde bares hasta pequeños supermercados y de telefonía a tiendas de moda. Resultaba un personaje curioso cuando se le conocía, tres años mayor que yo y con una pequeña fortuna que le había dejado en herencia un familiar lejano, Javier tenía una forma de ver la vida muy distinta a la mía que, a pesar de no haber tenido unas vivencias agradables, no intuía segundas intenciones a la gente que me rodeaba. Él, sin embargo, se mostró protector desde el principio a pesar de que nos conocimos en unas circunstancias bastantes desconcertantes.

Javier había remodelado el chalé que figuraba en su herencia y lo convirtió en dos dúplex, quedándose él con uno y poniendo el otro en alquiler. Cuando di por casualidad con el anuncio llamé inmediatamente para concertar una cita y valorar la cantidad que pedía Javier.

La planta baja no era muy grande, apenas un salón, la cocina americana y un pequeño cuarto de baño que solo tenía un lavamanos y la taza. En la planta alta había más espacio, pues la división había resultado algo difícil debido a la disposición de las habitaciones, por lo que en mi lado quedaban dos habitaciones bastante amplias y un enorme cuarto de baño en el que

Javier había instalado un jacuzzi y una ducha último modelo.

Se anunciaba semivació, con un sofá y una estantería en el salón y con los somieres en las habitaciones, el resto de muebles los había comprado yo poco a poco con lo que iba ahorrando de mi sueldo de manicurista.

Cuando fui a ver la casa llegué demasiado pronto y Javier se estaba preparando para una cita muy importante por la que estaba muy nervioso. Tanto, que se había dejado la puerta abierta, por donde yo entré pensando que el dueño estaba esperándome dentro de la casa.

Las cosas sucedieron muy rápido y pronto él estaba en mitad del pasillo, desnudo, mirándome mientras yo me encontraba a cuatro patas en el suelo buscando uno de mis pendientes debajo de un mueble.

Tras el impacto inicial y la vergüenza que nos dio a los dos, todo fue sobre ruedas. Él me mostró la casa entera, incluyendo su lado y luego yo le invité a tomar un café en el bar de lado, oferta que él declinó porque tenía mucha prisa por llegar a su cita con la que, me dijo, era la mujer más hermosa del planeta después de mí.

Llegué justo a tiempo a trabajar y me puse a colocar todo lo que necesitaba para mi primera clienta del día.

Mientras trabajaba, pensé en cómo iba a ser el encuentro con Jony. No me veía con las fuerzas necesarias para hacer como si fuera un familiar más, como si no importara su llegada. En el fondo, todavía estaba dolida con él por no despedirse, ni dar explicaciones de su marcha, estaba dolida porque me había dejado sola, aun sabiendo que José y Jessica me comerían sin su protección. Enfadada por no preguntar nunca por mí.

Yo no preguntaba por él, por su vida. Todo lo que sabía era por comentarios que había escuchado a escondidas cuando mis padres hablaban de él.

Solo una vez le llamé.

Entré a hurtadillas en el despacho de mi padre y busqué en su agenda el teléfono del piso en el que vivía Jonatan. Estaba desesperada por unas palabras amables. Contestó al tercer timbrado y su voz fue suficiente para cortar el torrente de lágrimas que corrían por mis mejillas.

—Jony...

—¿Susana?

—Jony, ¿cuándo vas a volver? —susurré desesperada.

—¿Cuándo...? ¿Qué te importa eso? ¿Ha...? ¿Ha sucedido algo? —Con cada palabra, su voz se volvía más fría, más dura.

—Me pegó. Yo no sabía... Te juro que no pensé que esa mujer fuera su... Yo jamás habría dicho nada. ¿Qué me importa a mí? Pero él no lo creyó y... —A esas alturas las lágrimas volvían a caer libremente por mi rostro mezcla de la impotencia y de la frustración por no parar de balbucear.

—Susi, ¿quién te pegó? ¿Tu madre? —Su voz había dejado de ser fría, ahora tenía un tinte de cansancio y de amargura que a través de la línea telefónica hasta yo percibía.

No era la primera vez que recibía una bofetada, sin embargo, antes le tenía a él para consolarme y, en ese momento, me encontraba sola.

—No. Fue José. Les descubrí, a su amante y a él. Y me vio.

El silencio fue ensordecedor al otro lado del teléfono. Empecé a ponerme nerviosa y a pensar que tal vez no debería haberle llamado. Al final, suspirando por la falta de respuesta, me di por vencida.

—Da igual... Siento la molestia, Jony —y colgué.

Jamás supe lo que él pensaba. Tal vez hasta me culpaba por no haber sabido esconderme bien. No sabía, no me importaba porque yo sola acabé convenciéndome de que había sido culpa mía. A esas alturas ya no era importante. Solo una cicatriz ya curada. No fue la última vez que fuera objetivo de las iras de mis padres, muchas otras veces resulté ser la diana perfecta para pagar los días malos, pero si fue la última vez que pensé en pedir ayuda a alguien. A fin de cuentas, Jessica tenía razón, nadie querría ayudarme, al parecer ni siquiera mi familia me quería lo suficiente.

Jony llegaba al día siguiente. En cierto momento pensé en no ir a la mansión para no verle. Tampoco es como si él fuera a ir a mi casa de visita. No, lo más probable es que solo le viera si iba a donde él estaba. No sabía muy bien qué le había dicho José para que volviera tras cuatro años sin venir a vernos, no podía ni imaginármelo, la verdad, pero debía de haber sido contundente para convencer al frío Jony.

Al llegar a casa, la luz del viejo contestador estaba encendida. Pulsé el botón de rebobinar y me fui a la cocina a beberme un litro o dos de agua, porque el polvillo que soltaban algunos materiales del centro me dejaba la garganta áspera como un papel de lija. Mientras bebía sonó el pitido del contestador, señal de que ya se había rebobinado toda la cinta. Oí la voz de Javier diciéndome que este mes el alquiler tendría que pagarlo por cuenta bancaria porque él estaba en Galicia atendiendo unos asuntos de negocios. Sonreí al oír la despedida tan original de mi amigo hablándome en gallego, pero la sonrisa se me borró del rostro al oír la voz de mi madre. Me

recordaba que al día siguiente llegaba Jony en autobús porque su coche se había estropeado y me sugería que sería un detalle que yo fuera a recogerlo a la estación con mi coche.

Suspiré ofuscada, llevaba demasiado tiempo rememorando el pasado y parecía que este se empeñaba en llamar a mi puerta, recordándome cómo ella siempre me metía en compromisos similares, procurando que Jony y yo chocásemos, sabiendo que nuestra relación era algo extraña.

No nos contábamos nada personal, ni compartíamos sonrisas o bromas. Desde el principio se había alzado como mi protector, pero no quería saber nada más de mí. Ni mis aficiones, ni mis ilusiones. Nada.

Marqué el número de la mansión y esperé. Cuando estaba a punto de colgar cogió el teléfono una sirvienta.

—Con mamá, por favor.

Mientras esperaba, me mordisqueaba distraídamente las uñas. Tenía que haber otra forma, otra persona que lo pudiese recoger.

—¿Sí?

—Jessica, soy Susana. ¿Me puedes explicar por qué tengo que ir a buscar yo a Jonatan? —Mi voz sonó a mis oídos angustiada y tensa.

—Pero, Susi, no creo que sea un sacrificio tan grande ir a buscar a tu hermano. Además, sabes que iríamos nosotros, pero nuestro chófer ha enfermado y sabes que a ninguno de los dos nos gusta conducir. Disfrutamos más siendo pasajeros.

Suspiré. Era cierto, a mis padres no se les vería jamás conduciendo ellos mismos un coche a no ser que fuera estrictamente necesario ¿Podría ser esa otra treta más de mi madre para enfrentarnos a Jonatan y a mí?

—De acuerdo, iré yo. Solo quería saber por qué no ibais vosotros.

—¡Cualquiera lo diría! Parece como si fuera lo último que quisieras hacer —suspiré—. No me digas que habéis discutido y no me he enterado. —Qué más quisiera ella, pensé venenosa.

Tras una corta despedida colgué. Tendría que ir a por él.



Miércoles – 4 de enero

Me sudaban las manos y mi corazón latía a mil por hora, pero ya no podía echarme atrás. Apoyada en mi coche veía salir a los pasajeros del autobús. Me hubiese gustado poder decir que no me había pasado horas delante del armario buscando qué ponerme para ir a buscar a Jony, pero mentiría.

Hacía muy buen día, el sol brillaba con fuerza y apenas unas nubes flotaban esponjosas por el cielo. Alcé el rostro buscando calentarme, ya que parecía que un extraño frío se había apoderado de todo mi cuerpo llegando a los huesos, al alma.

Como no hay un autobús directo que comunique Madrid con Cervera, Jony tenía que parar en Lozoyuela, el pueblo vecino. Hubiera podido coger otro autobús hasta el pueblo, pero dicho autobús llevaba una semana sin hacer el recorrido normal por culpa de una huelga de conductores, así que la manera más rápida de llegar a Cervera era el coche. Lo cierto es que Jony podía haber escogido otro momento para venir, la cosa no estaba como para ir gastando gasolina a lo tonto.

Al fin lo vi salir entre el grupo de gente. Su metro ochenta enfundado en unos vaqueros desgastados y una americana oscura que dejaba ver la camiseta, también oscura, que llevaba debajo. Sus ojos se clavaron en mí y eran tan duros que temí que estuviera molesto conmigo por algo. Sus ojos siempre revelaban sus estados de ánimo. Había ocasiones que, de tan negros, parecían oscuros pozos de ira, de resentimiento, mientras que otras veces su color chocolate te hacía sentir observada hasta lo más profundo del alma. Jony nunca sospecharía que lo que más me había dolido de joven

era que ninguna de las miradas que me dirigía a mí fuera amable o cálida y que su rostro, de facciones duras, siempre serio y misterioso solo se relajara cuando yo me alejaba.

—Veo que te ha tocado a ti recoger al eslabón perdido.

—Yo... —No supe qué decir, a fin de cuentas, era verdad.

—No te preocupes. Era de esperar que ninguno de los dos se tomara la molestia de venir a buscarme —dijo con una sonrisa cínica.

Subimos al coche en silencio. No estaba de un humor muy bueno, por lo que me dediqué a buscar un tema de conversación que no fuera peligroso. Un Jonatan sarcástico era mucho más peligroso que uno irascible. Mientras que la ira la controlaba con mano de hierro, no era así con los comentarios sardónicos.

—Me alegro de que estés de vuelta.

—Pues debes de ser la única —respondió seco, antes de cambiar de tema—. He oído que te has mudado de la mansión —asentí sin mirarle—. Alejarse de Jessica siempre es todo un alivio, por lo menos en mi caso, que no dependo tanto de su afecto.

El desprecio teñía su voz, pero en cierto sentido para mí sí que había sido un alivio, aunque no por las razones que él creía.

—¿Vienes de mal humor por algo o es tu encanto natural? —pregunté molesta.

—Eras tú la que te alegrabas de mi vuelta, ahora no puedes echarte atrás.

—Sigo alegrándome, así que déjalo.

Le miré de reojo y vi cómo tensaba la mandíbula y cerraba los ojos unos segundos. El trayecto se nos haría eterno si lo pasábamos en silencio, pero eso sería mejor que discutir nada más vernos.

—No sé por qué, ni siquiera sé qué hago aquí, tengo un montón de trabajo —murmuró.

—Deja tus aires de víctima en Madrid. Ya que te has dignado a venir, por lo menos intenta disfrutar un poco del viaje.

—¿Disfrutar? ¿De qué? Desde luego del cariño familiar no, ni de unas vacaciones tranquilas, será que hablas de las increíbles discotecas... ¡Ah, no, que aquí no hay de eso! Mejor lo dejamos, porque ya sabes, no hay oportunidad de diversión en este pueblucho... —rio amargo.

—¿Pero qué...? —Me callé un momento, intentando organizar mis ideas—. Mira, déjalo ¿vale? No quiero discutir contigo nada más verte.

Durante un momento, él calló, pensativo. Su mirada se posó en mi cara y

la intensidad que transmitía me dejó con una rara sensación de calor, de sofoco.

—Has cambiado.

—¡No me digas! ¿Y qué esperabas? Han sido muchos años... —susurré al final.

El silencio invadió el coche y yo bajé mi ventanilla para que me diera un poco de aire fresco que me despejara la mente, buscando alguna forma de deshacerme de la frustración. Resistí las ganas de poner música que impidiera una conversación.

—No los suficientes para olvidar, eso seguro.

—De nuevo la víctima. —Suspiré.

—No estoy de humor para estos juegos, Susi, tú no sabes de la misa la mitad.

No, no lo sabía. Con él siempre había sido así, desconocía lo que pasaba por su cabeza, lo que sentía. No sabía nada porque él se había marchado dejándome ignorante de su vida, con la sensación de que me odiaba por algo y a merced de unos padres que pasaban por una mala racha en su relación.

—Quizás no sepa con lo que juego, pero sí sé con quién estoy ahora y no pago contigo mi mal humor. No sé qué te hace pensar que aceptaré que tú pagues el tuyo conmigo

—Lo siento. He tenido una semana muy estresante y este viaje no ha mejorado mi humor. Tengo un negocio entre manos y no es el mejor momento para tomarme unas vacaciones...

—¿De qué trata ese negocio?

—Un contrato importante con una editorial que lleva bastante tiempo dándome largas, pero, por fortuna, mi jefe de relaciones públicas ha conseguido que se replantee la situación. Pero estoy aquí hablándote de algo que a lo mejor ni sabes de qué trata... ¿Sabes algo sobre la empresa que creé?

—No, nadie me dijo que habías creado una empresa. —Al ver su ceño y su sonrojo comprendí que de alguna forma le había avergonzado. Me apresuré a seguir en tono alegre antes de perder el valor—. Pero seguro que has estado demasiado ocupado como para imaginar que yo no tenía manera de saber de ti. Ya sabes que siempre he procurado no hablar demasiado con ellos de nada que no fuera... ya sabes... “seguro” —reí.

—Sí, lo sé. Nunca pensé que te interesara lo que hacía.

—Siempre me ha interesado, lo que pasa es que tú nunca has querido contármelo —susurré.

El resto del viaje fuimos en silencio y cuando por fin llegamos a la mansión, suspiré de alivio. Había sido una charla demasiado peligrosa. Demasiado extraña. Yo no quería decirle las cosas así, pero de alguna forma me sentí mejor tras soltar ese rencor.

Aparqué el coche frente a la puerta de metal y asomé mi cara por la ventanilla para que me vieran por la cámara del portero automático.

La casa estaba casi a las afueras del pueblo, en una finca protegida por altos muros de cal blanca y por setos rigurosamente podados. La mansión se encontraba en el centro de dicha parcela, con aires a una arquitectura victoriana, con colores sobrios y elegantes. Muchas ventanas y macetas alrededor de la casa daban un toque más alegre a la construcción.

—Es extraño estar de vuelta y que todo siga igual en esta casa...

—No todo.

Jonatan me miró serio, con confusión en los ojos.

—¿No? ¿Qué ha cambiado? —miré hacia otro lado y negué con la cabeza.

—La gente... Papá te parecerá muy cambiado y el servicio ya no es el mismo... ¡Incluso hay dos perros!

—¿Perros? Él los odiaba, siempre que le pedía uno me contestaba que si quería un saco de pulgas que me fuera con una bolsa al basurero, que allí pulgas había muchas.

—Cambió. Los perros son suyos. Tiene un pastor alemán llamado Twist y una sharpei que se llama Venus, pero a la que todo llamamos H. —Sonreí alegre, esperando que él me preguntara.

—¿H? —tuve que esperar a que se me pasara la risa antes de contestar.

—La verdad es que antes de que decidiera su nombre todo el mundo que la veía la llamaba Hermosa y al final, para acortar el apodo, acabé diciéndole H. En mi defensa diré que ella acudía de todas maneras, como si reconociera que ese era su nombre. Fue muy gracioso, José se enfurruñó durante tres días enteros, pero, cuando salió del despacho, él también comenzó a llamarla así. Los cogió de una perrera el año pasado.

—No sé si creerte —su rostro serio miró al frente hacia la mansión a la que ya habíamos llegado.

—Lo verás con tus propios ojos y entonces tú mismo te convencerás. —Sonreí mientras salía del coche.

Llamé a la puerta con los nudillos y, enseguida, un hombre bajito y delgado abrió la puerta. Arturo llevaba dos años de mayordomo y defendía su puesto, a todas luces innecesario en la época actual, con uñas y dientes. Era el

perfecto sirviente, dispuesto a hacer todas sus tareas y a supervisar atentamente las de los demás para que todo estuviera al gusto de sus jefes.

—Adelante, pasen. Bienvenidos a casa, señoritos. —Inclinándose en una anticuada reverencia, se apartó para dejarnos pasar al vestíbulo desde donde se accedía a los dos salones, el de las visitas y donde una larga mesa presidía uno de los laterales y el privado, donde los dueños veían la televisión o leían frente a la chimenea. José y Jessica estaban esperándonos en el primero.

—¡Cuánto me alegra verte, Jonatan! —exclamó Jessica—. No sabes lo vacía que parece esta casa sin vosotros...

—No será para tanto... —respondió serio.

—Sí que lo es. José y yo hablamos mucho del tema, de lo raro que se nos hace no escucharos correteando por la casa...

—No sabía que te agradara tanto tener un par de jóvenes molestando tu aburrida rutina de dama de clase alta —atacó Jonatan dejándola blanca como el papel y haciéndonos sentir a los demás incómodos.

—¡Oh! Mira, cariño —dijo mirando a José mientras enlazaba sus manos sobre el pecho—. ¡Te dije que me insultaría a la mínima oportunidad! —Dicho esto, dos lágrimas cayeron sobre sus mejillas de porcelana y ella se giró echando a correr por las escaleras. El portazo resonó fuertemente en toda la casa.

—No la hagáis caso. Ya se le pasará. —José, mirando a Jonatan fijamente, comentó—: Y a ti te pediría que dejases de castigarla por lo que sea que haya hecho. No estoy de humor para mediar en vuestras disputas.

—No pienso disculparme con ella.

—Ni falta que hace, pero me agradecería que tu regreso sea paz y no más guerra. ¿Quieres que te enseñe tu cuarto? —Antes de que Jony contestara, una de las chicas que trabajaba en la casa entró en el vestíbulo para avisar que José tenía una llamada en el despacho—. Perdonadme un momento.

Jony le miró alejarse con semblante sombrío. Me fijé en sus manos, ocultas en los bolsillos del vaquero, cerradas y tensas.

—Siento la recepción —comenté triste.

—No te preocupes. En realidad, ha sido culpa mía, de todas formas, no esperaba nada de abrazos y exclamaciones de verdadera alegría al verme. Me apetece tomar algo, ¿y a ti?

Asentí y me encaminé al mueble bar que había en el salón. Jony siguió mis pasos lentamente. Me serví un poco de ginebra, rellené el vaso con tónica, después eché dos dedos de *whisky* en otro vaso y se lo entregué a Jonatan.

—¿Qué tal todo por Madrid?

—Bien. Muy ruidoso, demasiado ajetreo y poco tiempo para todo. No sé qué decirte.

Él me miraba mientras yo colocaba con cuidado el vaso en la mesita de café y me acomodaba en el carísimo sofá. Sentía su escrutinio, cómo sus ojos no perdían detalle de mis movimientos asemejándose al halcón que sobrevuela los cielos vigilando a su presa. Me sentía incómoda. Los nervios todavía vibraban en mi pecho y una enorme bola de emociones parecía no querer irse de mi pecho. Yo quería que él se diera cuenta de que el pasado tenía que permanecer cerrado, pero al mirarle notaba una coraza de resentimiento que parecía imposible de atravesar con la verdad.

—Tú tampoco sigues siendo el mismo. Casi me da miedo preguntar — comenté.

—No creo que nada me pueda sorprender a estas alturas. Pregunta. — Pareció más una orden que una afirmación, sonaba frío conmigo, como siempre.

—Antes eras más tranquilo, más paciente. Ahora noto en ti algo oscuro y pesado.... Ira, cinismo... ¿Por qué, Jony? ¿Tanto has cambiado? —Él también se sentó en el sofá, casi en la otra punta.

—Igual que tú, Susi. —Su voz se volvió ronca—. Hace unos años, la escena del vestíbulo te habría dejado fría y ni si quiera te hubieras parado a pensar si quiera en quedarte aquí conmigo y preguntarme algo sobre mi vida.

Bebí de mi copa intentando tragar el nudo que presionaba mi pecho, pensando que lo más triste era que fuese cierto. Una escena así hace varios años habría conseguido meterme en mi caparazón, haciéndome olvidar al resto del mundo como medida de autoprotección. Tras vivir algunas de esas escenas de furia mal disimulada que me aterrorizaban, había conseguido hacerme de cierta forma inmune a ellas ignorándolas e ignorando a las personas involucradas. Tras varios años de vivir en constante pelea con mis padres, había aprendido a hacerme invisible para que la furia no acabara dirigida hacia mí.

—Antes era más pequeña y no quería ser el objetivo de tus desaires, Jony.

—¿Desaires?

—Sí. ¿Acaso a mí me gusta no saber nada de ti, no tener a nadie con quien hablar? Ya te he dicho que me importas tú y tu vida, que te he echado en falta, te hablo claro y con la honestidad por delante, ¡pero tú nunca me

demostraste nada! Yo siempre lo hice —suspiré—. Mira, da igual, olvida que te he preguntado nada. Últimamente no pienso antes de hablar. —Dejé mi vaso en una mesa auxiliar y me dirigí hacia la puerta.

—¡Espera!

Él dio dos zancadas y me sujetó del brazo. Le miré interrogante, esperando a que dijera algo, lo que fuese. Que me explicara todo de una vez, el por qué me despreciaba siempre, haciéndome sentir como una muñeca de trapo en el huracán de sus emociones, como una niña tonta.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, no sabía qué buscaba yo, ni qué estaba encontrando él, pero tras fruncir el ceño y entrecerrar los ojos, Jony desvió la mirada y me soltó.

Me marché caminando despacio, a pesar de que quería echar a correr y no parar hasta estar en el refugio que constituía mi casa. Ya hablaría con José otro día.

4



Lunes – 9 de enero

Otra vez lunes. Tras cuatro días infernales en los que no había podido pegar ojo, incluyendo el fin de semana en el que me había negado a salir de casa a pesar de que José me había llamado un par de veces para que fuera a la mansión a verlos, por fin me levanté demasiado temprano, signo de que la noche anterior había caído rendida en la cama, sin sueños, sin insomnio, sin nada dándome vueltas en la cabeza. Me encontraba tan descansada que aproveché para ir a ver un rato a Javier, que pese al trabajo que hacía, nunca era capaz de acostarse antes de las nueve de la mañana, claro que luego no se levantaba hasta las cuatro de la tarde.

Llamé al timbre una vez, suavemente por si había logrado dormirse. Me recibió medio desnudo, con el pelo revuelto y esa sonrisa cálida como el sol, tan extraña en él. Javier no era un modelo, quizás su rostro fuera demasiado simple en conjunto, pero si uno se fijaba podía observar el verde de sus ojos o sus jugosos labios con esa sonrisa brillante... Puede que si dejara de usar esa ropa ancha que usaba cuando no estaba trabajando, las chicas se fijarían más en él, porque Javier mantenía una larga lista de ejercicios para quemar toda (*TOOODAAA*) esa comida que engullía sin ningún pudor, lo que moldeaba su cuerpo de manera deliciosa.

Si lo pensaba detenidamente, él sería un candidato perfecto para que me enamorara, alegre, guapo, fuerte, brillante en los negocios y muy apasionado en todo, pero ninguno de los dos terminaba de dar el primer paso, a pesar de que más de una vez había surgido la ocasión. Él era para mí algo así como un amigo extraño, al que veía poco, pero que siempre intuía lo que me pasaba sin necesidad de contárselo. Un gran compañero en mi vida si fuese capaz de

verle de una forma más íntima.

—¡Reina! —saludó exagerando mucho el tono de sorpresa—. ¿Vienes a hacerme una visita de cortesía o traes algo en esa bolsa?

—Ayer hice bizcocho de limón con chocolate. ¿Lo quieres probar? —sonreí pasando lentamente la bolsa frente a su cara.

—No me gusta mucho el limón, pero lo probaré si me cuentas qué te pasa, ¿hay trato?

—¡Trato!

Puede que Javier no fuera la persona más compasiva del mundo, pero, tras tres años siendo vecinos, habíamos llegado a un punto en el que sabíamos demasiado el uno del otro y las confianzas eran el aire que respirábamos cuando nos veíamos.

—Ayer vino mi hermano —solté de golpe. Fue un susurro, pero lleno del aire que llevaba conteniendo durante días. Sonó extraño en mi garganta, obligado, cargado de algo que no sabía identificar.

—Ya veo... ¿le has ido a ver?

—Su coche estaba averiado así que yo fui a recogerle al autobús.

—Imagino que no sería un viaje agradable. —Suavemente me empujó hacia su salón, impolutamente ordenado.

Su casa no era el colmo de la elegancia, pero gracias a los muebles de líneas sencillas y al contraste entre el negro y el beis, el espacio resultaba muy relajante. Encima del sofá dormitaba un enorme collie llamado Can que Javier había adoptado el año pasado, el cual solo abrió ligeramente un ojo a modo de saludo, tras lo cual se acomodó mejor y volvió a dormirse.

—Bueno, no fue genial... —comenté, sentándome al lado del perro—. Creo que ambos hemos cambiado demasiado y ahora no sabemos por dónde pisamos. ¿Sueno raro?

—No, es normal. Imagino que tu hermano necesitará tiempo...

—Lo sé —le interrumpí suavemente.

—Jonatan necesitará tiempo para habituarse a los cambios, digo yo... Vuestro padre ha cambiado mucho y eso no es algo que tomarse a la ligera.

—Lo sé... Supongo que para él será un shock

—Lo será, pero tú no debes darle más vueltas al asunto... ¿Quieres que te enseñe ya lo que compré para ti en mi viaje? —Su sonrisa calmada me dio fuerzas, puede que las cosas no fueran tan negras como yo las pintaba.

Estuve con él hasta que dieron las siete, hablando de todo un poco, de su viaje, de la familia, de su trabajo y del mío, aunque Jony seguía dando vueltas

en mi mente y, al final, la conversación derivó en los malentendidos que asolaban mi vida y mi relación con mi hermano... Él ya sabía la historia, muchas veces me había insistido en la importancia de decir las cosas y no guardárselas dentro; sin embargo, yo siempre le daba la misma respuesta, demasiado arriesgado. Demasiadas palabras que podían doler, demasiados momentos amargos que perdonar... Demasiado tiempo sin vernos como para que todo quedara en un simple “lo siento”.

Mientras iba de camino a trabajar, pensaba en lo que le había dicho Jonatan el miércoles pasado en la mansión. Realmente yo siempre le había mostrado mi cariño.

Más de una vez le había abrazado, en muchísimas ocasiones había buscado la manera de hacerle reír y en unas pocas ocasiones le había brindado mi apoyo incondicional, aunque nunca fuera bien recibido. Como la vez que José quiso que Jonatan estudiara derecho y él se negó en rotundo.

Jony, había terminado el bachiller con buenas notas y en todo el verano no había dado señales de querer meterse en la universidad, sin embargo, José tenía planes muy rigurosos para el futuro de todos y en ellos entraba que su hijo fuese el mejor abogado de la capital, a pesar de que Jony ya había mostrado interés por la contabilidad y por la administración de empresas. Puede que no solo fueran sus planes, sino que José no permitía que nadie le llevase la contraria y si su deseo era tener un hijo abogado, lo tendría.

Yo no podía hacer mucho por él, sin embargo, estuve una semana buscando la manera de convencer a José, o a Jessica como segunda baza, de que nunca venía mal tener a una persona metida en el mundo de las finanzas. Obviamente no podía hacer mucho si no quería terminar en el ojo del huracán, pero dejaba caer un comentario aquí... un folleto de las universidades de la capital por allá... y de vez en cuando exponía argumentos a favor de la carrera que quería Jony que complacieran a papá y sacaran a mi hermano del atolladero.

Puede que todavía fuera demasiado inocente, solo contaba con quince primaveras, y por eso imaginé que por lo menos él agradecería dicho esfuerzo, aunque no lograra hacer cambiar de ideas a nadie, lo que no imaginé fue que me arrinconaría en la cocina y me exigiría que dejara en paz su vida... Aquel día estaba furioso porque José le había vuelto a dar la tabarra con el asunto en el estudio y quizás no fue el mejor momento para abrir la boca, insinuando que si dejase de dar largas y empezara a preparar la

selectividad tendría más oportunidades... En ese momento él solo me miró y me echó fríamente del estudio donde ambos siguieron discutiendo.

Después de eso estuvo una semana sin hablarme, ignorándome cuando se veía obligado a estar en la misma sala que yo.

En esa ocasión, entre nosotros había un muro bastante amplio, sin embargo, no siempre había sido así... Hubo una época en la que ambos nos protegíamos, un tiempo en el que, aunque no hubiera risas y confianzas, sí que podríamos haber sido buenos hermanos.

Al poco de volver de los internados, Jonatan descubrió la verdad sobre su madre, que ella no murió al nacer él.

Una noche, contando solo con doce años, bajé a la cocina a por un vaso de agua y me encontré a Jony sentado en el suelo, apoyado contra la puerta del estudio llorando mientras escuchaba cómo José le contaba a Jessica la historia de su madre, cómo esta no quiso hacerse cargo del bebé y cedió su custodia nada más nacer él por una jugosa suma de dinero. Se me rompió el alma. Nadie debería enterarse de esa forma, menos con dieciséis años.

Conseguí llevar a Jonatan a su cuarto sin que pusiera mucha resistencia al ver que lo alejaba de la conversación que seguía en el estudio y los dos nos echamos en su cama. Pasé toda la noche a su lado abrazándole y susurrando murmullos y palabras tranquilizadoras, hasta que, ya exhausto de llorar, se durmió.

Puede que, tras aquella noche, las cosas estuvieran más o menos bien y una pequeña camaradería se instara entre nosotros; sin embargo, nada era para siempre y, con el paso de los meses, Jony se fue alejando poco a poco, sin razón aparente. Ya pocas veces me tocaba, solo para darme un corto abrazo cuando me sentía herida o una palmada en la cabeza cuando conseguía hacerle de reír. Sus abrazos siempre fueron más incómodos que tranquilizadores. Los únicos momentos en los que yo sentía que me tenía un poco de afecto era cuando me defendía de los comentarios venenosos de Jessica; entonces Jony me defendía tranquilamente como si lo que hubiese dicho mi madre fuera un comentario sobre el tiempo y no una burla cruel, ganándose a veces fuertes regañinas por la falta de respeto.

Cuando llegué a la tienda, a las ocho y media, mi jefa me estaba esperando al lado de la caja registradora.

—Susana, ha llamado un hombre preguntando por ti. Le he dicho que no estabas y te ha dejado el recado de que el señor Ruiz hoy no vendrá porque le ha surgido un asunto de negocios importante.

—Muy bien, Amelia. Gracias.

Se me iba a hacer raro no tener hoy a mi cliente favorito, era la primera vez que faltaba a su cita de los lunes.

A media mañana, la campanilla de la puerta sonó y, de repente, un murmullo se extendió por el centro. Llevaba toda la mañana escuchando el incesante parloteo de las clientas, así que cuando la mujer a la que estaba atendiendo interrumpió su charla habitual, eché un vistazo sobre mis hombros para ver qué había causado semejante estado de nerviosismo.

Me encontré mirando los ojos más negros que jamás había visto. Me sonrojé ligeramente y aparté la mirada. No sabía muy bien por qué me sentía así de incómoda, pero en ningún momento se me pasó por la mente verle a él allí. Al girarme, comprobé que la mayoría de la clientela femenina estaba mirando a Jonatan con una mezcla de curiosidad y timidez. Las mujeres más jóvenes se lo comían con los ojos, mientras que las más mayores intentaban evitar que se notara que ellas también sentían su poderosa sensualidad.

Miré de nuevo al lugar en el que se encontraba él mirándome, avanzando tranquilamente hasta mí y, no por primera vez, admiré el porte que tenía. La camiseta roja que llevaba le sentaba como un guante, resaltando su ancha espalda y, a pesar de no ser ajustada, dejaba suponer los pectorales que había debajo, al igual que los vaqueros enfatizaban su altura y sus caderas estrechas. Quizás lo único que restaba atención a ese cuerpo con imagen de hombre sensual era su rostro. Recién afeitado y con la manera que tenía de inclinar la cabeza levemente hacía abajo, parecía que estuviera pensando en algo malo, muy malo.

El efecto general era el de un hombre peligroso... Un calor insoportable se instaló en mi pecho y mis mejillas enrojecieron todavía más.

¿Pero qué demonios me pasaba? ¡Es mi medio hermano! No debía de estar bien mirar así a alguien de la familia, menos aún notar esas traidoras mariposas en el estómago.

Sin embargo, por mucho que quisiera evitarlo, todo mi cuerpo reaccionó a él. Así de simple y de básico. Así de rápido me di cuenta de que debía dejar de pensar en el pasado antes de que este me engullera, antes de que unos sentimientos indeseados lo estropearan todo. Aunque era difícil dejar de sentir esas sensaciones cuando notaba el mismo calor visceral en la mirada de mi hermano que el que sentía yo en estos momentos. Puede que, tras tantos años, hubiera llegado el momento de dejar atrás definitivamente el pasado y

reconocer que mi vida debía de centrarse en superar esos sentimientos tan inapropiados que me acosaban en ciertas ocasiones y me hacían ver pasión donde seguramente solo habitaba la preocupación.

Jonatan se detuvo tras de mí y, tras agarrarme ligeramente por los hombros, me susurró serio.

—¡Vámonos!

—¿Cómo? —pregunté confusa.

El miró a mi clienta.

—¿Me permite robarle un momento de su turno? —Su voz ronca sonó como el terciopelo y con una simple sonrisa desarmó a la mujer de cincuenta y tantos, que se levantó inmediatamente, dejándole la silla a él.

—¿Se puedes saber qué haces, Jony? —murmuré enfadada, mirando de reojo a mi jefa que no se había dado cuenta de nada, mientras él se sentaba tranquilamente en el sillón frente a mí y empezaba a toquetear todos los productos que había encima de mi mesa.

—¿Por qué trabajas aquí? —Su mirada curiosa leyó cada producto y luego observó mi uniforme de trabajo.

—¿Tú qué crees? Para pagar mis gastos.

Su mirada se volvió todavía más oscura y recorrió el local con la mirada. Yo también lo hice y vi lo que él veía, una habitación medianamente grande dividida en habitáculos, algunos con cortinas para garantizar una mediana privacidad, montañas de productos cosméticos apiladas en casi todas las paredes y un pequeño escritorio de madera tras el que se escondía la caja registradora y un viejo ordenador.

—¿Cuánto te pagan en este antro? —preguntó asqueado.

—Lo suficiente, y si no te marchas, pronto no me pagarán nada porque iré de patitas a la calle —susurré exasperada.

—¿Cuánto, Susi? —suspiré y contesté de mala gana. Él puso los ojos en blanco—. Te pago el doble este mes si sales de aquí conmigo y dejas esta tontería.

—¿Qué? —chillé. Varias clientas nos miraron con más interés. Algunas hasta se levantaban de las sillas en las que esperaban su turno, fingiendo leer algún cartel cercano a mi puesto. Bajé la voz y volví a preguntarle—. ¿Quieres dejar de decir tonterías e irte?

—No puedo imaginar en qué has podido gastar todo el dinero...

—¿Perdona? —la rabia estaba empezando a hacer mella en mí y notaba cómo la sangre se agolpaba en mi rostro—. ¿De qué dinero hablas?

—¿No lo sabes? Papá abrió una cuenta de inversiones a nuestro nombre en uno de esos días en los que se sentía generoso... ¿Nunca te ha dicho nada? — Mientras hablaba no paraba de abrir botes de gel y de porcelana, mirando lo que había en su interior para luego cerrarlos y ordenarlos por tipo y tamaño.

—No... No sé... Lo más seguro es que en otro momento de egoísmo seguramente se lo pulió.

—Puede, pero me parece extraño. Mira, haremos una cosa. Tú vete a casa, diles que te encuentras mal, que tienes una urgencia familiar... lo que sea y te vas a casa. Mientras, yo voy a ir a un par de sitios a preguntar qué ha podido suceder con tu dinero.

—¿Por qué haces esto? —En realidad, lo que quería preguntar era por qué se molestaba por mi vida, pero no me sentía cómoda preguntándole eso.

—Porque sí. —Y se marchó sin explicarse y dejándome inquieta.

Me fui diciéndole a Amelia que mi vecino me había llamado diciendo que salía humo de mi casa. Me dejó marchar enseguida, pero con cara de disgusto. Sabía que tenía varias citas ese día que habría de cancelar.

Rebusqué en los pocos papeles que tenía sobre bancos y cajas de ahorro, panfletos que me llegaban a mi nuevo apartado de correos porque los que habían estado llegando a la mansión habían desaparecido... Busqué en internet toda la información posible pero, tras muchas páginas de búsqueda inútiles, me di por vencida, aunque me desagradaba dejarlo todo en manos de Jonatan.

Preparé algo ligero de comer y me senté en el sofá a ver la televisión. Tras varios minutos, me levanté frustrada. Estaba demasiado tensa para que los programas televisivos me entretuviesen, así que me fui al ático, una habitación minúscula, pero con muy buena luz indirecta para poder trabajar en una de las cosas que más me gustaban, restaurar antigüedades. Había habilitado el ático para poder tener un taller con lo esencial para las pequeñas piezas que me traían Javier y papá cuando viajaban y que ahora decoraban las tres casas.

En su viaje a Galicia, Javier me había traído un pequeño espejo de pared hecho con madera de nogal que seguía un precioso diseño un poco desgastado. Me encantaba, y pensaba ponerlo en la entrada de casa.

Estuve un par de horas preparando la madera y luego lo dejé reposando mientras hacía las tareas de casa. Sonó el teléfono mientras limpiaba los platos de la comida.

—¿Sí?

—Susana, soy yo, Jessica. Verás, es que hemos tenido un problema en casa y no logro contactar con Jonatan. ¿Sabes tú dónde está?

—No tengo ni idea de donde puede encontrarse, mamá, ¿has llamado a su móvil?

—Sí, pero comunica todo el rato. ¡Madre mía! —Su voz angustiada comenzó a ponerme nerviosa, más aún de lo que ya lo estaba—. Tenemos un problema con la habitación que está ocupando él ahora. Vienen unos amigos a los que había invitado hacía tiempo, pero resulta que, ahora que tu padre ha invitado a Jony sin consultarme, falta un cuarto para alojarlos a todos... — Suspiré para mis adentros. El silencio se instaló en la línea telefónica, puesto que yo no pensaba darle la ayuda que ella esperaba, sin embargo, no me hizo falta esperar mucho para ver que Jessica se bastaba solita para solucionar el problema y si por el camino me trastocaba, ¡mejor!—. ¡Ya sé qué podemos hacer! —exclamó de pronto entusiasmada—. Tu casa tiene dos habitaciones. Podría quedarse allí contigo. ¡Es genial! Voy a decírselo a José.

¿¡QUÉ!?! La respiración se colapsó en mis pulmones haciéndome imposible hablar con normalidad.

—Jessica, él no puede... —Ya había colgado. Miré el teléfono fijamente, odiándolo tanto como quisiera odiarla a ella. ¡Ni si quiera me había dado tiempo de hablar!

Intenté llamarla varias veces, pero comunicaba.

¡Maldita sea! Jonatan no podía venir a mi casa. Invadir mi intimidad. Mi refugio.

Si un viaje en coche ya había sido tenso, no quería ni imaginarme la convivencia. En el fondo esperaba que su visita a Cervera nos permitiera atar lazos de nuevo poco a poco, pero viviendo bajo el mismo techo sería imposible.

Vicenzo Ruiz andaba de un lado a otro de su salón. No estaba enfadado, ni confuso, pero andar le despejaba las ideas y le ayudaba a soportar las molestias en las piernas que venía sufriendo desde hacía unos años... Cuando empezó a notar un ligero mareo, se detuvo y clavó su mirada en el techo hasta que la sensación desapareció, entonces retomó el paso recorriendo el salón de punta a punta. No es que tuviera un salón enorme, en aquel pueblo

las casas estaban echas cada una a su manera y cuando compró ese pequeño caserón no se imaginó haciendo reformas, se había enamorado de sus vigas al aire, de sus suelos de baldosas frías y oscuras a sus paredes de yeso blanco y a sus ventanales de madera chirriona... El salón solo había sido amueblado con elementos acordes con el estilo de la casa, todo de madera, cuero y mimbre.

Pero hoy Vincenzo no estaba por la labor de disfrutar de su hermosa casa... Su mente no paraba de darle vueltas al hombre que había visto con Susi... Había enviado a su hermano a descubrir quién era, pero, de momento, ya sabía que había ido a la mansión del padre de ella y Vincenzo imaginaba que se trataba de su medio hermano, pero ¿a qué había venido? Por lo que él sabía, hacía años que ese joven no volvía a casa. No sabía nada y eso lo ponía algo tenso. Fue una verdadera casualidad que él estuviera allí, en el bar que había al lado de la parada de autobuses, justo para ver cómo un hombre con americana se subía al coche de Susi, reconocible en todo el pueblo porque era el único con ese color amarillo y con la pegatina con forma de estrella. A través de la ventanilla del coche se notaba cómo Susi estaba tensa, cómo sus movimientos carecían de su habitual vivacidad... Vincenzo, como cualquier hombre a su edad, vivía la mitad del tiempo de los recuerdos y la otra mitad de las últimas gotas de misterio que la vida le brindaba, así que, con la llegada de ese nuevo habitante en la mansión, su curiosidad luchaba encarecidamente contra su conciencia. Lo último que quería era pasarse husmeando en la vida de su joven amiga.

Esa mañana no había podido ir a hacer su visita semanal a Susi, se había levantado con un terrible dolor de cabeza y, además, uno de sus proyectos se estaba yendo a pique por culpa de unos permisos de obra que no llegaban... Era la primera vez que faltaba al centro de estética, pero no podía permitir que miles de euros se fueran por el retrete por cuatro catetos que no querían vender un par de hectáreas.

Pasé la tarde dando vueltas por mi pequeño salón, colocando innecesariamente cojines y sillas, preguntándome si Jony ya sabría dónde iba a pasar la noche, qué pensaría sobre ello, pero a las diez de la noche todavía no sabía nada de él así que decidí hacerme un bocadillo y cenar en el sofá

leyendo un libro con la suave luz de la lamparilla que tenía sobre la mesa auxiliar y olvidar, o por lo menos intentarlo, los nervios que me provocaba su llegada.

Me acababa de sentar a comer, cuando sonó el timbre. Miré el libro con resignación, soñando con otras noches de cenas tranquilas acompañadas de buena lectura, y, tras dejarlo en la mesa, me encaminé a abrir la puerta pensando que sería Jony, pero me equivoqué. Delante de mí se encontraba Javier con una caja de pizzas y, sobre ella, un par de platos de plástico.

—Te traigo la cena, además de platos reciclables para que no tengas que limpiar luego —sonriendo, le dejé pasar.

—¡Magnífico! Me había hecho un bocadillo porque no me apetecía nada cocinar...

—No lo digas. Lo sé, soy tu amuleto de la buena suerte.

Riéndonos con sus bromas y las curiosidades que me contaba sobre su trabajo, pasamos un rato agradable hasta que, poco antes de las once, sonó otra vez el timbre. Yo miré a Javier con los platos reciclables en la mano. Al ver que yo no reaccionaba sonrió extrañado, ya que él no sabía el motivo de mi ansiedad.

—Yo abro, no te preocupes. —Se levantó y yo fui a la cocina a dejar los platos en la basura.

Mientras estaba allí escuchaba atenta cualquier ruido que viniese del salón, pero apenas llegaban unos murmullos. La voz de los dos hombres llegaba seria desde lejos, aún más la de Jony, así que imaginé que todavía no había pasado al interior de mi casa y salí de la cocina hacia el recibidor notando como ambos hombres posaban su mirada sobre mí.

—Susi, es tu hermano.

Asentí para que le dejara pasar, pero cuando Jonatan estuvo a su altura, los dos hombres se miraron fijamente. Los ojos avellana de Javier chocaron con la oscura mirada de Jony creando un momento bastante incómodo. Mi amigo parecía molesto, lo que me inquietó bastante y busqué en la actitud de Jony la respuesta al enfado de mi vecino.

—Bueno, ya veo que te dejo bien acompañada, reina.

Al final, Javier se despidió y salió dejando tras de sí un incómodo silencio. Jonatan me miraba fijamente cuando yo rompí ese silencio.

—Yo... Mi vecino... ¿Qué pasaba? —pregunté incomoda.

—Tranquila, ya me he encontrado con eso antes...

—¿Eso?

—Sí, pero dile a tu vecino que no tiene necesidad de marcar su derecho a la propiedad conmigo —comentó burlón.

—¿Derecho de propiedad? —Miré a Jony un tanto molesta.

Vi cómo juzgaba la situación y eso me hizo recordar todas las veces que había hecho lo mismo conmigo tratándome de forma injusta. ¿Qué había pasado entre esos dos? Javier era un gran amigo, quizás demasiado protector, incluso hasta el punto de ser brutalmente sincero, pero, aun así, Jony no tenía derecho a ser grosero cuando él mismo era igual de arrogante.

—Me gustaría saber cuánto tiempo lleva tu vecino haciéndose pasar por un buen amigo. Debe ser frustrante no poder dar rienda suelta a la pasión. — Mientras lo decía iba dando pasos hacia mí, invadiendo mi espacio personal a propósito poniéndome más y más nerviosa a cada paso.

Su sonrisa burlona había desaparecido y de repente me miraba intrigado, andando lentamente, poniéndome la piel de gallina. Quería burlarme de él, devolverle el sarcasmo y atacarle igual que lo hacía él, pero su mirada no me dejaba pensar en otra cosa que en la sensación de vacío que me había causado verle esa mañana en el trabajo, en cómo la sangre se me había acumulado en la cabeza, sonrojándome y ensordeciéndome con su constante fluir.

Me estaba volviendo loca de remate, sin duda alguna darle demasiadas vueltas al tema me haría obsesionarme con una tontería, pero verle de nuevo después de tanto tiempo era raro, como ver a una persona desconocida por primera vez. No podía asociar al joven que se marchó con el hombre que intentaba intimidarme, sin embargo, en esa forma de intentar atacarme podía reconocer al adolescente herido y confuso que solo usaba el sarcasmo como una forma de que los demás le dejaran en paz.

—¿De qué demonios me estás hablado, Jonatan? Me canso de tus comentarios con segundas intenciones... —Me giré mirando por la ventana del salón, sintiendo su mirada airada en la nuca—. Hablas sin saber nada, y si vas a ser mi inquilino durante el tiempo que estés aquí, preferiría que dejaras de juzgar mi vida...

Sabía que seguía ahí, mirándome y evaluando mi reacción, pero debía dejarle claro que su fanfarronería y su mala educación solo me causaban cansancio. Él solo buscaba una buena excusa para empezar una pelea, pero no le iba a dar esa satisfacción, yo ya no era una cría y él ya no tenía ni idea de cómo eran las cosas por aquí.

—Te hablo de la atracción que siente tu vecinito por tu hermoso cuerpo,

hermanita. —Podía notar el sarcasmo en su voz y cómo la última palabra había sonado despectiva. Me giré mirándole fijamente de nuevo.

—No me hables así —comenté molesta—. Además, Javier es un gran amigo que me ha ayudado en muchas ocasiones. Ocasiones en las que me hubiese gustado acudir a ti, pero... —Mi voz fue bajando según terminaba la frase, al igual que mi mal humor, se diluyó hasta que casi ni yo escuché el final.

Había caído en la trampa y la furia me había hecho hablar de más, ahora sus ojos mostraban el daño que había hecho, la pena que sentía y yo no estaba dispuesta a pasar por eso, no quería conversaciones sinceras, no quería peleas, ni mentiras; quería normalidad. Aparté la mirada de su rostro y la fijé en la mesa donde todavía quedaban los cubiertos de plástico y el bocadillo a medio comer. Me aparté de él y fui a recogerlo todo. No podía estarme quieta a pesar de que las cosas no hacían más que caerse de tanto que temblaba. Ya no solo eran mis manos, mi cuerpo entero parecía poseído por unos escalofríos que me recorrían de arriba a abajo.

Un minuto después desaparecieron los cubiertos que al fin había logrado agarrar firmemente entre mis manos y me encontré demasiado cerca de Jonatan. Sus manos me apretaban los brazos y sus ojos se habían vuelto claros, de ese color chocolate que me gustaba tanto.

—Pero yo no estaba aquí. —Era una afirmación, una verdad—. Y creíste que te fallé cuando me llamaste aquella vez. —Me miraba como si quisiera ver mi alma y su voz traslucía toda la furia y la intensidad que le inundaban—. Sin embargo, no sabes que me quedé mudo de ira al entender lo que estabas intentando decirme. No sabes que cuando colgaste el teléfono volví a llamar, pero me cogió papá y ya no me atreví a llamar más.

—Yo no sabía...

—¡No! —exclamó furioso—. ¿Y sabes qué más no sabías? ¡Me quemaba la angustia al saber que te había dejado sola cuando todavía me necesitabas! Me rompía el corazón saber que te había fallado, pero nunca volviste a llamar. Con el tiempo me convencí de que ya no me necesitabas. —Me soltó los brazos de golpe para coger mi rostro entre sus manos, apartando suavemente unos mechones de pelo castaño que se habían escapado de la trenza—. ¿Fue así, Susana? ¿Ya no me necesitaste más? Sabes que antes de marcharme, las cosas entre nosotros ya estaban mal... No eran... No estaba bien.

No me dejó hablar más pues, con una última mirada, se marchó por las escaleras al segundo piso como una exhalación.

Me quedé de pie en el salón unos segundos tratando de recuperarme de la sorpresa. ¿El qué no estaba bien? Mi cabeza era un hervidero de recuerdos a cada cual más doloroso. ¿Acaso había existido algo bien hecho en nuestras vidas? En la mía desde luego que no. Todo había sido dolor y rabia, a excepción de él. Todo lo que rodeaba a Jony era extraño, bueno y malo, amargo, pero a veces dulce... Quería creer que podíamos llegar a ser dos hermanos normales, sin embargo, no podía evitar pensar que algo en mí se negaba a pasar el resto de mi vida unida a él de esa forma.

Cuando mi mente empezó a funcionar de nuevo, me di cuenta de que él se habría ido a buscar el cuarto en el que pasaría la noche.

Subí la escalera de dos en dos y miré en el pasillo. La puerta de mi dormitorio estaba abierta. Al asomarme, vi a Jony parado en medio.

—¿Te han dicho alguna vez que toda la casa habla de ti? —Él no me miraba, pero seguramente me había escuchado subir las escaleras—. El salón cuenta lo mucho que te gusta la comodidad. Todos los muebles producen un extraño efecto de relax, de estar por fin en casa y las paredes están pintadas en tonos claros que le hacen a uno pensar en suavidad. Como tú, en esa sala todo es suave y reconfortante. Al subir las escaleras he notado que tienes las paredes llenas de cuadros de flores o animales y he recordado todas las horas que te pasabas en el jardín, algunas veces buscando aves que fotografiar y otras recogiendo flores que luego repartías por toda la casa.

—Menos por tu cuarto. —Me miró y sonrió.

—Sí, menos por mi cuarto. ¡No me quejo! Para un adolescente hubiese sido muy incómodo tener una niña entrando a hurtadillas en su cuarto para dejar jarrones de rosas y tulipanes.

—Eso supuse. —Sonreí.

Jonatan se giró para mirar mi cuarto, dio una vuelta completa y caminó hacia el tocador. Fue tocando todos los objetos que allí había y luego se quedó mirando el espejo por el que veía toda la habitación y a mí en el vano de la puerta.

—Sí... Lo más extraño es que entro en esta habitación y todo se vuelve sensual. Veo encaje y seda. No sé por qué razón siempre imaginé que cuando tuvieras tu propia casa y pudieras decorarla a tu gusto, este se alejaría más de la influencia de Jessica y todo sería algodón y materiales prácticos. Sin embargo, no ha sido así. Este cuarto se parece mucho al que tu madre preparó

para ti, una niña de doce años.

—Con esa edad no encajaba conmigo, pero ahora...

Miré hacia el armario fijándome que estaba medio abierto. Desde donde yo estaba podía ver los vestidos de verano y el principio de lo que era una larga fila de zapatos de todos los colores, formas y estilos.

—¿Ahora sí? —Me miró interrogante y sonrió—. Puede...

Salió de mi cuarto y abrió la última puerta, la habitación de invitados. Al parecer él no tenía ningún inconveniente en dormir en mi casa como yo temía, ya que murmuró un casi inapreciable buenas noches, sin apenas mirar de reojo y cerró la puerta.

Tras recoger las sobras de mi cena con Javier y de cerrar bien todas las puertas y ventanas, me fui a mi habitación y, antes de meterme en la cama y apagar la luz, di una vuelta completa sobre mí misma lentamente, observando mis muebles y objetos personales como si fuera la mirada de otra persona. Jony tenía razón, todo era muy sensual. Todo muy distinto a mi antigua forma de ser en realidad.

5

JONATAN

Entré en el cuarto de invitados sin ver nada realmente. La cabeza me ardía y me pesaba el alma...

¿Qué diablos me pasaba? Ni siquiera pensaba en decirle todas esas cosas. Me había enfadado, había perdido los papeles al oír cómo su amiguito nos llamaba hermanos, como si me lo tuvieran que recordar... No me hubiese extrañado que Susi me echara de su casa, me había comportado como una persona irracional, enfadándome sin motivo y luego halagando su forma de construirse un hogar confortable para luego reprocharle que se hubiese vuelto una mujer. Casi le había echado en cara que creciera sin estar yo presente.

Sensual. Todavía tenía grabado en la mente el trozo de encaje que se podía divisar debajo de la almohada, podía ver en mi cabeza la cama desecha por haber pasado ella la noche acostada, durmiendo, en esa cama en la que dormirían perfectamente dos personas. Me pasé las manos por la cara en un intento de borrar imágenes de ella con otros hombres en esa cama ¿Por qué me sentía así? ¿Qué clase de persona piensa esas cosas?

No sabía por qué me había fijado tanto en los detalles de su hogar, pero todo me había llamado, todo era un reflejo de su dueña... El salón decorado con tonos pastel, pero con detalles de colores vivos, creando contrastes y belleza, como era ella... Quizás la única sorpresa en la planta baja había sido la cocina, que vi desde el salón, con muebles amarillos y una nevera de doble puerta tan roja como las amapolas. Sin embargo, al subir la escalera curva, todo se volvía algo más oscuro con los suelos de parqué de nogal, paredes de azul oscuro adornadas por unos cuantos cuadros pequeños con flores y, encima de cada puerta, largos marcos horizontales con fotos de puestas de sol.

Sin embargo, a pesar de todos los pequeños detalles que habían pasado ante mis ojos, el cuarto de Susi sería el único que perduraría para siempre en

mi memoria, estaba segurísimo, porque en ese instante recordé la sensación de ahogo que tenía cuando, siendo adolescente, veía a una chica que me gustaba.

Hace cuatro años me fui y no debería haber regresado.

Siempre me había sentido responsable de ella de alguna manera. De pequeño, cuando estaba en el internado, había temido que Susana lograra hacerse un hueco en el corazón de José más grande que el que yo ocupaba. Había sido un niño rebelde que había protestado por no tener las cosas que deseaba, un niño que había respondido a los golpes con más golpes y a los gritos con chillidos. Apenas pasaba un mes fuera del internado, un mes en el que todos fingíamos ser una familia normal, a pesar de que todos sentíamos la brecha que nos separaba, y ese mes se convertía en mi lucha interna contra los celos.

Hubo una época en la que sentí que sobraba en esa familia, que esa pequeña mocosa evitaba que mi padre me quisiera más, incluso aunque ella tampoco estuviese mucho fuera de su internado... Pero cuando tuve que continuar el instituto en Cervera, pude comprobar con mis propios ojos que, en realidad, ella importaba incluso menos que yo... En un mes no da tiempo a ver la verdad, pero tras dos o tres se hizo obvio que mi madrastra hacía lo que podía por humillar a su propia hija, Susi servía de excusa perfecta cuando algo iba mal, cuando Jessica hacía alguna de las suyas, siempre pagaba Susi el precio; ni si quiera me di cuenta del cambio que se produjo en mi conducta, todos mis caprichos habían sido olvidados y mis temores de que se me diese de lado fueron remplazados por el temor irracional de que a ella le pasara algo por pequeño que fuese.

Mi principal misión en aquella época era evitar que José o Jessica la trataran mal, pero eso no evitaba que tenerla cerca me hiciera sentirme confuso e irascible, nada evitó que nos gritáramos como hermanos, que nos peleáramos... A fin de cuentas, yo era incapaz de hablarle de manera natural sin evitar fijarme en sus enormes ojos o en lo suave que parecía su pelo, pensamientos que me incomodaban y que se volvían en contra de Susi, por lo que ella acostumbraba a defenderse con uñas y dientes de esos ataques y respondía con furia y rencor... Pasaron los años y según fue creciendo, mis temores fueron cambiando, madurando, hasta que noté que tenía cierta obsesión infantil con ella. Confuso como nunca, tomé la única decisión posible.

Me fui.

Me alejé para olvidar, para poner distancia de por medio y así aclararme las ideas.

Sonaron unos débiles golpes en la puerta y se abrió. El objeto de mis problemas adolescentes se apoyó contra el marco de la puerta, sus ojos somnolientos no me miraban. Me evitaban.

—Perdona, Jony, había pensado que quizás necesitaras algo —la miré fijamente. Llevaba una bata blanca que dejaba ver parte del camisón de encaje y el pelo suelto. Un lado de la bata se escurría suavemente sobre su hombro revelando poco a poco una piel blanca y suave. La viva imagen de... Sacudí la cabeza—. Estaba a punto de dormirme cuando he pensado que a lo mejor no encontrabas todo lo que necesitas.

—No te preocupes, Susi. No necesito nada, solo dormir un par de horas, después de haber pasado todo el día yendo de un lado para otro.

—¡Es verdad! No me acordaba que habías estado mirando lo del dinero. ¿Qué ha pasado?

—Mañana te lo cuento, es demasiado complicado y estoy verdaderamente cansado. —Empecé a desabrocharme la camisa. Al ver que ella no se iba a miré—. Buenas noches. Que duermas bien.

Ella asintió, me deseó buenas noches y salió cerrando la puerta.

Si lo pensaba detenidamente, ella siempre había ocupado un lugar en mi mente, incluso cuando yo no me daba cuenta. En su adolescencia yo interrogaba discretamente a todos sus amigos y procuraba que ninguno la tratara mal. Quizá quería compensar lo mal que la tratábamos en casa, asegurándome que, fuera de ella, se la trataba bien. Quién sabía. Me acosté respirando el mismo olor que llevaba la ropa de Susi. Seguramente por eso mi sueño no fuese demasiado tranquilo.



Martes – 10 de enero

Me levanté tenso. Incorporándome me apoyé sobre las almohadas y esperé a que mi respiración se normalizase. No había tenido ese sueño desde que tenía veinte años. Un sueño terriblemente realista donde una joven de manos suaves me abrazaba por la espalda, acariciándome lentamente el pecho, pasando muy despacio sus largos dedos por mi piel, que ardía tras su contacto. Sus labios me rozaban la nuca y los hombros poniéndome a cien, haciéndome desear besarlos, morderlos, lamerlos... Todo se sentía húmedo y caliente, su respiración ligeramente jadeante me excitaba sobremanera y lo único que deseaba era girarme y devorar su cuerpo con furia, con pasión. Al principio era una adolescente como yo, pero había crecido conmigo en mis sueños y cada vez que me visitaba, me dejaba exhausto, deseando algo que sabía que estaba al alcance de mis manos, si tan solo me girase... Esta vez había tenido la sensación de que estaba a punto de alcanzar ese algo, pero, como el agua, se escurría entre mis dedos.

Sin molestarme en ponerme más encima que unos pantalones sueltos de pijama, me dirigí a la cocina para prepararme algo fuerte que me quitara el regusto amargo del sueño y allí me encontré a Susi sentada encima de la encimera bebiendo de una taza con uno de esos eslóganes comerciales sin gracia que te regalaban por la compra de cualquier producto.

—Buenos días, Jony. —Su voz todavía estaba algo ronca por el sueño.

—Buenos. Me gustaría saber qué piensas hacer hoy. Tenemos varios asuntos de los que hablar.

Busqué en los armarios amarillos otra taza y me serví lo que quedaba de la cafetera, deseando que el oscuro líquido eliminase el caliente recuerdo del

sueño y me reanimase el cerebro que parecía estar hecho papilla mientras evitaba mirar a mi hermana.

—Bueno... —Alzó la mirada, pero al verme cambió de idea, mirando fijamente el interior de la taza y sonrojándose intensamente—. Había pensado que me contaras lo que habías descubierto y dependiendo de lo que me digas tendría que irme a trabajar, pero puedo esperar a que te duches y te vistas.

Me quede mirándola, viendo sus ojos cansados, las manchas oscuras bajo los ojos y la posición baja de los hombros. Bajó de un salto al suelo, me miró de reojo y se encaminó hacia el salón. Iba vestida con unos vaqueros y una blusa vaporosa que la hacía parecer más menuda de lo que era, pero lo que más me llamó la atención fue el destello plateado que despedía el anillo del dedo pequeño de su pie.

—Tranquila, prefiero contarte esto antes. —Ambos nos sentamos en el sofá—. No sé cómo explicarme... Sabes que papá perdió bastante dinero en una mala inversión.

—Ya...

—El día de mi decimoctavo cumpleaños, papá me dijo que hacía varios años que había invertido una pequeña cantidad a nuestro nombre. Al parecer, en un momento de duda, justo antes de que todo se fuera al garete decidí sacar esa inversión y meterla a plazo fijo en cuentas a nuestro nombre.

—No tenía ni idea...

—No sé por qué no te lo ha dicho, pero cuando el otro día te vi en ese local, trabajando para Amelia... ¡Amelia! La mujer más tacaña del pueblo, no me lo podía creer y más cuando se supone que podrías hacer algo mejor con el dinero de papá. —Me recliné sobre el cómodo sofá y apoyé la cabeza en mis brazos, sabiendo que Susi no se podía imaginar lo que iba a decirle—. Si cuando yo me fui ya había una cantidad considerable en mi cuenta no quiero ni imaginar cuanto hay en la tuya después de estos años.

—Me estas dejando de piedra... ¿Has podido saber cuánto hay?

—Sí —Sonreí misterioso.

—Bueno... ¿Y?

—Por curiosidad, ¿cuánto tienes ahorrado?

Ella me miró dubitativa y se encogió de hombros como si hablar del tema le fuese incómodo.

—No es mucho... Algo más de siete mil

—Siete... ¡Bueno! Nunca pensé que fueras una hormiguita trabajadora que guardaba provisiones para el duro invierno... —Los ojos de ella se tornaron

fuego y sus mejillas se incendiaron con un fuerte rubor—. Pues sumándolo tienes guardada una bonita suma de cinco dígitos.

El color desapareció de la cara de Susana y me miró mientras repetía lo que le había dicho.

De repente, se lanzó hacia mí, sus brazos rodeándome el cuello mientras que su cuerpo chocaba con el mío y me empujaba contra los cojines del otro lado del sofá. Terminamos los dos medio tumbados, ella encima de mí, mientras yo la sujetaba por las caderas para que no se cayera. Su camiseta se había subido y mis manos acariciaban la suavidad de su piel deleitándome con el calor que emanaba de su cuerpo, sin embargo, ella no pareció darse cuenta. Su cara brillaba de felicidad y mi cuerpo reaccionaba de una forma que jamás había imaginado. Incómodo, intenté que ella no notara mi estado y me incorporé rápidamente procurando no dejarla caer del sofá.

—Me alegro de que te entusiasme tanto...

—Yo... Perdona, casi no me lo puedo creer. —Sus mejillas volvían a tener un tono rosado y sus ojos brillaban todavía como dos estrellas. Se me quedó mirando—. ¿Qué voy a hacer con todo ese dinero? Yo no sé nada de finanzas y tampoco sé muy bien cómo invertir.

—Yo puedo ayudarte. —Justo cuando lo dije me arrepentí. No podía ayudarla, no iba a estar allí más de dos semanas... Tenía un contrato muy importante que cerrar. Siempre podía dejarlo en las muy capaces manos de mi vicepresidente, pero... yo no quería quedarme, ¿o sí?

—¿Tu? ¿Me ayudarías de verdad?

¡No! Mi mente gritaba negativas mientras que mi cabeza asentía y mi boca pronunciaba palabras que me comprometían a ayudarla. ¡Dios! Había perdido por completo el juicio ¿Es que nunca iba a ser capaz de negarme a estar cerca de ella?

—Creo que puedo quedarme un tiempo por aquí y ayudarte a abrir una tienda de objetos artesanales y de coleccionistas...

—¿Tú sabías eso? Era mi sueño de pequeña...

—Sí, bueno, lo escuché de pasada alguna vez. —Miré incomodo hacía otro lado—. Si quieres también puedo invertir un poco de dinero en tu nombre y lo llevarán mis contables...

—¡Eso sería perfecto, Jony! Te lo agradezco mucho, de veras.

—No me lo agradezcas todavía. —Me levanté y me fui directamente a la ducha.



Miércoles – 11 de enero

Era miércoles. Había pasado ya una semana desde mi llegada y, en vez de sentir que estaba de vacaciones, solo había conseguido estresarme más. En el fondo había aceptado la sugerencia de mi padre de venir unos días movido por la curiosidad de ver por qué habían cambiado las cosas tanto como para que José me llamara preguntándome si me importaba tomarme unas vacaciones para estar allí con ellos.

La conversación que había tenido la mañana anterior a esta, con Susana, me había dejado más tenso de lo que me hubiese gustado. Había accedido a quedarme hasta que ella tuviera todo más o menos resuelto, pero eso podía llevar semanas, incluso meses. ¡Cada vez que lo pensaba me maldecía! ¿En qué momento dejó de funcionar la razón? Lo sabía. No quería pensarlo demasiado, pero sabía cuándo dejé de pensar con la cabeza, cuando ella me tocó, en el momento en el que sus manos hicieron contacto con mi cuerpo, este reaccionó de manera irracional, dejando de lado toda lógica y dando protagonismo a la testosterona. ¡Maldición!

Sonaba mi móvil. Descolgué rápidamente pensando que serían negocios.

—¿Sí? —casi ladré al auricular.

—¿Hijo?

—¿José? ¿Ha pasado algo? —Al otro lado de la línea hubo un prolongado silencio. Cuando volví a escuchar su voz me dejó perplejo lo que escuché.

—Hace mucho que no me llamas papá... —¿Y qué esperaba?

—A veces no me apetece decirlo... —respondí.

De pequeño jamás me hubiese creído que los padres trataran de otra forma a sus hijos de cómo me trataba a mí mi padre, sin embargo, la vida pasa,

maduras y te vas dando cuenta de que José solo quería tener alguien que siguiera sus pasos con obediencia y sin poner trabas a sus planes.

Cuando crecí, sentí cómo mis esfuerzos para agradar a mi padre caían en saco roto y decidí continuar mi camino sin buscar la aprobación de nadie. ¿Habíamos sido Susi y yo niños con una terrible infancia? Seguramente estuviésemos de psiquiátrico, pero ambos habíamos sabido salir de aquella familia y yo, por lo menos, me sentía muy contento con mi actual vida, si no contaba con la melancolía que me vaciaba por dentro cada vez que pensaba en mi hermana.

—Sí, lo comprendo —carraspeó un momento y luego continuó—. Verás, Jony, desde que viniste casi no nos hemos visto y no he tenido tiempo para mostrarte el motivo por el que quería que vinieras... pensé que te gustaría ver una cosa que tengo guardada desde hace un tiempo. ¿Te importaría venir esta tarde a casa? Tomaremos café en la biblioteca y podremos hablarlo todo.

—¿Algo que yo viera? ¿Qué es? —Tanto misterio no me gustaba nada.

—¿Está Susana contigo? —cambió de tema.

—No, se ha ido a hacer unos recados

—De acuerdo. Por teléfono no quisiera hablar de esto. Seguro que no es mucha molestia que pases por casa. Te espero a las cinco —colgó y me dejó pensando en cómo el mundo podía girar sin que uno se diera cuenta, sin que te percataras de que se movía quisieras o no.

Comí con Susana, ambos sentados en el sofá con los platos de comida en el regazo. Ella me contaba entusiasmada su aventura en el banco y como casi se desmaya en mitad de la sucursal y yo no me atreví a contarle nada sobre mi reunión, no sabía qué decir sin saber qué era lo que José me tenía preparado; así que dejé que ella hablara y, cuando me preguntó sobre mi día, simplemente comenté que tendría que ir a la mansión a por un par de cosas que dejé allí. La comida se acumuló en el fondo de mi garganta como una bola de nervios y, de no ser por la entusiasta conversación de Susi, mi humor hubiera sido más negro que la noche. No soportaba los secretos, mi vida había sido un constante ir y venir de sorpresas y medias verdades.

Cuando llegué a la casa, el mayordomo, Arturo creía recordar que se llamaba, me llevó rápidamente a la puerta de la biblioteca y me pidió que esperase dentro, al parecer mi padre se estaba retrasando en su siesta.

Entré a la enorme estancia suspirando al comprobar que allí dentro todo seguía igual, con los cientos de libros repartidos en estanterías de madera y

en muebles con puertas de cristal donde estaban los volúmenes más caros y los libros de cuentas. El mismo olor me llenó el pecho de antiguos sentimientos hacía tiempo olvidados y la misma luz que entraba por la ventana que había al fondo, justo detrás del pesado escritorio que tantas peleas había visto pasar...

Me paseé por las estanterías buscando los viejos libros que solía robarle a papá para pasar las noches de insomnio y busqué entre sus títulos aquellos que mejores momentos me recordaban, sin embargo, sobre el escritorio descansaba una caja de tamaño medio, con un bonito labrado pintado en oro y plata que me intrigaba y me obligaba a desviar la mirada continuamente. Parecía bastante viejo y algunos grabados se habían difuminado con el paso de los años y el desgaste de pasar las manos por encima, pero, por lo demás, estaba en buenas condiciones y, a mi parecer, era un adorno elegante y sobrio, como mi padre.

Estaba planteándome abrirlo cuando el sonido de la puerta me detuvo. Me giré para ver a José entrar con una bandeja en la que se mantenían en precario equilibrio dos tazones humeantes y con una tímida sonrisa en el rostro.

—Espero que no te moleste que te haya hecho esperar, mi cuerpo ya no es el que era y ahora me cuesta un poco más salir del sopor del sueño.

—No te preocupes —comenté fingiendo despreocupación y le quité de sus temblorosas manos la bandeja, depositándola en el escritorio, al lado de la caja.

Puede que el sentimiento de amor filial ya no estuviera tan lustroso como antes, pero la verdad es que una pequeña congoja se instaló en mi corazón al ver cómo había envejecido mi padre, ya no parecía el mismo. Su pelo estaba completamente cano, a pesar de seguir teniendo una abundante mata, y en sus ojos nacían varias arrugas que antes no estaban ahí. Los años parecían haber caído sobre José Zayas como si se tratasen de diez toneladas de cansancio y eso me dolió de alguna forma, pues él era mi pasado.

—Bien, siéntate. —Me indicó una de las sillas que había frente al escritorio —. Desearía que me contaras qué tal te ha ido por Madrid, pero imagino que preferirás ir al grano.

—Sí.

Él suspiró y cogió la misma caja que antes había captado mi atención. Poniéndola en su regazo se permitió una mirada de misterio antes de coger tu taza de café y dar un lento sorbo.

—Verás, las cosas han cambiado desde que te fuiste, seguro que lo has

notado, y la edad me ha demostrado que nunca debí ocultar un secreto como este. No está bien que te niegue lo que ha sido tuyo desde que naciste.

—¿A qué te refieres? —Mi mirada buscó la caja que ahora quedaba oculta por el escritorio.

—Siempre pensé que tenías un sexto sentido, porque llegó un momento en el que simplemente dejaste de llamarme papá y usabas mi nombre, como si fueras alguien ajeno a mí...

—Algunas cosas, como esa, también hay que ganárselas... —le interrumpí—. Además, no sé a qué viene esto ahora.

—A eso iba, pero no es algo fácil de decir y deberás ser paciente con este viejo.

Volvió a darle un sorbo al café y luego abrió un cajón del escritorio de dónde sacó una chocolatina mientras sonreía pícaramente.

—Jessica me tiene prohibido estos dulces, pero por nada del mundo voy a negarme el placer de su sabor con el café, sería un pecado ¿no crees? —yo asentí indiferente—. La cuestión, Jonatan, es que te he mentado todo este tiempo y ha llegado un punto en el que esta mentira pesa sobre mis hombros más que los años. El problema es que no tengo la menor idea de cómo enfrentar este asunto, a pesar de que llevo toda la noche ensayando la mejor manera de decirlo. —De nuevo suspiró y dejando la taza y la caja sobre la mesa, se levantó de la silla para reclinarsse al otro lado, sentado sobre el borde del escritorio enfrente a mí.

—Dilo sin más, a veces es lo mejor

—Sí, pero temo que en cuanto lo diga tú te marches por esa puerta para no volver jamás...

—Antes no te hubiera importado.

—Pues ahora sí, tu siempre fuiste alguien muy importante, pero no sabía apreciarlo lo suficiente.

—No sé por qué me dices estas cosas ahora... —No sabía si comportarme como siempre o si relajar un poco la tensión que existía entre mi padre y yo desde siempre. La verdad es que se le veía más mayor de lo que recordaba—. ¿Estás enfermo?

—Siempre fuiste muy observador. Sí.

—¿Qué es? —Me levanté del sillón buscando sacar la explosión de energía que asolaba mis nervios.

—Hace un tiempo tuve un amago de infarto.

—¡Cielos!

—Tranquilo. Vida sana y nada de estrés, ya sabes. Desde entonces he empezado a replantearme muchas cosas y lo cierto es que estoy disfrutando mucho más ahora que veo las cosas desde otra perspectiva. —Juntó sus manos en el regazo y, sin levantar la vista de ellas, continuó—. Sin duda debió darme antes. Todo hubiera sido algo distinto.

—No creo que mucho —comenté cáustico.

—Lo suficiente.

Antes de que me diera tiempo a contestar, Jessica entro volando en la biblioteca con ardientes lágrimas emborronando su maquillaje y balbuceando algo de un robo. Se lanzó en los brazos de mi padre y allí lloriqueó hasta que el llanto dio pie a un histérico hipido. José me miró impotente y supe que hoy no sabría más.

Frustrado, encogí los hombros quitándole importancia y, tras despedirme con la mano, me marché de vuelta a casa de Susi, dejándoles solos para arreglar sus problemas. Una oleada de caliente furia me invadió por unos segundos en los que deseé que Jessica hubiera tardado solo unos minutos más en aparecer, quizás así ahora sabría qué diablos pasaba.

Cuando llamé a la puerta, pensé en lo incómodo de no tener llaves. Si iba a estar mucho tiempo por allí me tenía que plantear pedirle una copia a Susana.

—¿Susi? ¡¿Estás en casa?!—exclamé al ver que no me abría.

—La puerta está abierta —gritó ella desde dentro—. Estoy en el patio...

Al salir por la puerta lateral del salón hacia el cuidado jardín, Susana vino con la duda en la mirada y supe que ella sabía lo de mi cita con papá.

—¿Qué tal te ha ido?

—No sé... Jessica ha entrado en tromba a la biblioteca llorando por algo y no hemos podido hablar de casi nada.

—¡Qué chasco! —se decepcionó.

—Tú sabes lo que me quiere decir, ¿no?

La miré especulativo. Su rostro no revelaba mucho, pero en sus ojos vi sorpresa y supe que ella no tenía ni idea de qué iba todo ese misterio que se traía José entre manos.

—No sé nada, pero ayer me dijo que pensaba arreglar las cosas, que había quedado contigo en la mansión, así que... pensé que por fin lo habíais, no sé, arreglado.

Los dos allí, de pie en mitad de un jardín todavía algo mustio debido al frío invierno que estábamos pasando. Ella me miraba como si yo fuese un

misterio, pero en realidad era ella la que mantenía herméticamente cerrados sus sentimientos.

—¿Cómo puedes seguir siendo así después de todo lo que hemos vivido?

—¿A qué te refieres? —preguntó sorprendida.

—A la vida que hemos tenido en este lugar, a la infancia que jamás tuvimos, a los padres que no nos merecíamos y que no se parecen en nada a los que de verdad fueron nuestra familia. Yo noto que he cambiado, este lugar sigue siendo el mismo, pero yo ya no soy el Jonatan que se fue. Sin embargo, tú...

—¿Yo?

Sonreí mirando su rostro, pensando en que, verdaderamente, ella sí que había cambiado, pero algo de la antigua Susi seguía allí, inherente a su personalidad. Me acerqué un poco más ella y la cogí de la mano disfrutando de la suave sensación de paz que me inundaba cuando nuestras pieles se tocaban. Junto a ella era más yo mismo, si eso podía tener sentido alguno y la ira o frustración que antes podía conmigo, se desvanecía.

—Cuando llegué me di cuenta de que ya no eras la adolescente de la que me despedí, has cambiado, madurado, eres más fuerte. ¿Sabes por qué lo noté?

—No. —Ella acariciaba mi mano con su pulgar, convirtiendo esa paz en algo más profundo. Llenaba mi pecho de tensión y me impedía pensar en algo más que no fuera el roce de su piel.

—Yo... Tú. Tú parecías más feliz, sonríes con frecuencia y eres capaz de estar enfadada sin perder esa sombra de inocencia que te sigue a todas partes. Cuando te miro veo algo que antes no estaba. Hace cuatro años eras más dura; mejor dicho, más fría y ahora desprendes dulzura y paz por cada poro de tu cuerpo. Cuando hablas de papá parece como si el dolor que antes te invadía ahora hubiese desaparecido. ¿Cómo lo has hecho? Yo soy incapaz de olvidar el pasado. Los últimos años en casa fueron un infierno de gritos y menosprecios.

Susana dejó caer sus manos y se apartó varios pasos buscando apoyarse en el cristal de la puerta que conducía al salón. Sus labios y su ceño estaban fruncidos y miraba al infinito, perdida en algún pasado.

—Sabes que no se puede olvidar. Aprendí desde pequeña que mi madre me odiaba y mi padre ignoraba mi existencia a menos que alguien tuviera que pagar los platos rotos. He debido de hacer algo en la vida por lo que siempre me han culpado, aunque nunca lo dijeran.

—Sin embargo, aguantaste —afirmé, de alguna forma, orgulloso de ella.

—Sí, aguanté, pero el precio que pagué solo lo sabemos papá y yo. Estaba dispuesta a marcharme de este pueblo, quería ser tan valiente como tú y abandonar este lugar y no volver nunca, pero... —Su voz se desvaneció y dio un par de pasos pasando a mi lado, mientras su mirada se perdía en el infinito.

—Continúa, por favor.

Se dejó caer lentamente al suelo sentándose sobre el camino de piedras que rodeaba la casa y palmeó el suelo a su lado, indicándome que me sentara. Sus ojos se nublaban como un cielo de tormenta y retorció sus manos fuertemente, por lo que separé sus dedos enlazándolos con los míos y con la mano libre la obligué a mirarme alzando su rostro por la barbilla.

—No te obligo a que me lo cuentes si no quieres, pero estoy ansioso por saber qué ha pasado en estos cuatro años...

—Lo sé. —Suspiró intentando sonreír y miró de nuevo a algún punto frente a ella—. Tracé un plan, ¿sabes? Convencí a Amelia para que me diera trabajo mientras estudiaba a distancia un curso de esteticista, así conseguiría el dinero necesario para pagarme el carné de conducir y comprarme un coche; incluso fantaseé con poder irme a vivir a otro lugar, no un sitio tan grande como la capital, pero a lo mejor alguno de los pueblos de la comunidad de Madrid.

—¿Y qué falló?

—Poco después de sacarme el carné y de alquilar esta casa con lo que ganaba, papá sufrió un pequeño infarto. —Me miró buscando mi reacción, pero yo asentí mostrándole que lo sabía—. No sé quién te lo habrá contado o cuánto te ha contado, pero la historia no se queda ahí. Mientras él estaba en el hospital, Jessica se dedicó a ir de fiesta en fiesta, llorando por las casas de sus amigos por su marido, pero en ningún momento fue al hospital, decía que le daban alergia esos lugares llenos de enfermos... ¡Qué estúpida! —farfulló enfadada.

—Jessica siempre ha sido así...

—Quería creer que no, que en su interior había algo que la hacía buena persona, pero, tras las primeras dos noches en el hospital, comprendí que papá estaba tan solo como nosotros. Y él también se dio cuenta. Viendo que necesitaba cuidados durante unas semanas y que mamá no pensaba ocuparse, volví a esta casa, recogí lo necesario y estuve en la mansión todo el tiempo que él necesitó para adaptarse.

—¿Por qué no contratasteis a una enfermera?

—Durante las dos noches que había pasado en el hospital con papá, hablamos. Al principio yo era reticente, me acababa de marchar de casa después de una bronca monumental con él y lo último que me apetecía era pasar tiempo juntos, así que la primera noche me la pasé sentada en el sillón intentando ignorar los constantes intentos de él por iniciar conversación. Pero la segunda noche, me confesó que no quería quedarse en casa solo con una enfermera, me dijo que, si tenía que suplicar, lo haría, pero que no le dejase solo con una extraña. Yo... No sabía qué hacer, era papá... Él nunca había tenido consideración por mis sentimientos, por mis súplicas...

Una pequeña lágrima se formó en el borde de sus ojos, amenazando con caer, suspendida solo por las espesas pestañas, pero se la limpió rápidamente e intentó separar nuestras manos. Yo apreté más fuerte intentando que no se separase, pero finalmente dejé que se soltara y comenzara de nuevo a retorcer las manos, nerviosa.

—Es normal que te sintieras enfadada. Las cosas no dejan de estar ahí, aunque haya una desgracia que las suavice —intenté consolarla.

—Lo sé, y no me siento tan mal si lo pienso detenidamente, pero creo que al final he acabado por ver en papá a otra víctima de las circunstancias, como nosotros. Cuando volví a la mansión pasé mucho tiempo con él. Al principio intenté que entendiera que no podía comer ciertas cosas y que debía delegar en otros algunas responsabilidades, pero pronto me di cuenta de que la paciencia no me servía de nada con él y opté por tratarle como a un niño ya que él se comportaba como tal. Escondía paquetes de tabaco por todas partes y con la excusa de irse a pasear, pasaba por las casas de los vecinos para que le invitaran a café... ¡Hasta compró pequeños sobres de sal para las comidas y los escondía dentro la servilleta para echárselos a la comida en cuanto me daba la vuelta!

—Debió ser una dura lucha —reí—. Papá siempre ha tenido que salirse con la suya.

Ella también sonrió, pero no todo lo que yo hubiese querido. Un viento helado comenzó a soplar, enmarañando su pelo y trayendo una nube de polvo que nos manchó la ropa e hizo que entreceráramos los ojos para protegernos. Me levanté tirando de ella y entramos en el salón que mantenía una agradable temperatura gracias a la calefacción.

Ella se dirigió a la cocina mientras yo me sentaba en el sofá y me giraba para verla a través de la barra americana.

—Sí que fue una lucha al principio, pero, para mi completa sorpresa, él se tomó bastante bien que le regañara, mejor de lo que te imaginarías. Creo que se sentía tan desvalido que no tuvo muchas fuerzas para oponerse a mi control y, al poco, nuestra relación llegó a un punto en el que parecía reinar la paz, a pesar de que en mí seguía latiendo la rabia.

—¿Qué hacía Jessica mientras tanto?

Ella bufó mientras se apoyaba en la barra con un vaso de refresco en la mano.

—¿Tú qué crees qué hacía? Se marchó a uno de los pueblos donde sus amigos tienen la casa de verano... Y por mucho que me enfadara en su momento, creo que fue lo mejor. Papá parecía bastante relajado y si ella hubiera estado revoloteando a su alrededor jamás habría tenido un instante de paz.

—Seguramente —estuve de acuerdo.

Miré de reojo el reloj de la cocina y me levanté al ver que eran casi las ocho y cuarto. La tarde se estaba pasando sin que apenas me diera cuenta, pero mi estómago sí que lo había notado. Me acerqué a la nevera y saqué varias verduras y frutas para preparar una ensalada mientras la animaba a continuar.

—Bien, pues se podía decir que todo iba bastante bien, sin embargo, para mí, las cosas se habían puesto difíciles. La misma noche que regresé a la mansión, las pesadillas regresaron.

—¿Qué pesadillas? —Dejé de cortar la cebolla para prestarle toda mi atención.

—No es nada... —murmuró avergonzada—. Llevaba bastante tiempo sufriendolas y al irme de la mansión cesaron, para mi eterno alivio; sin embargo, a la vuelta, ellas también volvieron y con el doble de intensidad. Había días que me despertaba en mitad del salón chillando. Jamás he sido sonámbula, no sé en qué consiste, pero, al parecer, el poco tiempo que había pasado fuera de la mansión me había hecho sentir segura al fin y el regreso a mi antigua cama, a mi antiguo cuarto...

—No tenía ni idea. —Un vacío empezó a instalarse en mí y una vaga sospecha me paralizó—. ¿Cuándo empezaste con las pesadillas?

—Eso es lo de menos...

—Tuvo que ser tras mi marcha, porque cuando vivía en la mansión jamás te oí mencionar nada al respecto y, de haberlas tenido, lo hubiera notado. Dormíamos pared contra pared —la interrumpí.

—Ya, bueno... Ya te he dicho que no tiene importancia.

—Para mí sí. Cuéntamelo, por favor.

—No se trata de eso...

—¿De qué?

Ella me miró angustiada y gesticuló rápidamente con las manos en un exasperado gesto que dijo más de lo que ella podría haber contado.

—Siempre haces lo mismo. Tratas siempre de cargar con un peso que no te corresponde. No se trata de cuando empezó o del por qué.

—Fue cuando me marché, ¿verdad? —Ella apartó la mirada y comenzó a sacar cacerolas y botes de especias.

—La cuestión es que nadie sabía nada, no se lo conté a nadie porque no me parecía importante.

—No es por eso ¿Por qué insistes en mentirme? ¿En mentirme? Aunque hubieses querido contárselo a alguien no hubieses tenido a quien acudir...

—¡Cállate! ¿Te crees que no lo sé? ¿Qué no sabía el motivo de las pesadillas? Lo haces todo tres veces más difícil de lo que es, Jony. Te fuiste y mi vida se convirtió en una condena al infierno peor de lo que había sido hasta entonces, pero yo no te culpo así que deja de culparte tú.

—No puedo. —Una enorme piedra de pesar y arrepentimiento me oprimió el pecho.

Un silencio amargo se instaló en la casa, ninguno de los dos se movía, ambos paralizados, mirándonos casi sin ver. Me marché de casa porque no podía continuar así; porque en mí se habían instalado sentimientos que yo no deseaba y que se estaban convirtiendo en un trauma bastante serio. Quizás debería haberme quedado, pero ¿cómo iba a hacerlo si no sabía luchar contra lo que sentía? Además, Jessica ya lo había comenzado a intuir y sus puyas eran cada vez más obvias. Me sentía enfermo, un ser degenerado que miraba a su hermana de una forma poco apropiada, notando el color de su pelo al sol, el rastro de su olor en las escaleras o la forma en la que una tímida sonrisa intentaba asomar a su rostro de vez en cuando.

Sintiéndome más cansado de lo que podía recordar, dejé las hortalizas cortadas en un bol, me acerqué a ella y le di un suave beso en la frente, ansiando más, al igual que en el pasado, y me marché a mi cuarto en busca de una soledad que no quería.



Sábado – 14 de enero

Durante los días siguientes ambos procuramos evitarnos. Estuve yendo de un lado para otro intentando aclarar la situación económica de Susi y ayudándola con los locales en venta donde abrir su negocio. Tuve que atender algunas llamadas de negocios que no podían esperar a que yo regresara y avisar a mi vicepresidente de que siguiera sin mí las negociaciones que había dejado pendientes.

Cuando había llegado a Cervera de Buitrago, en la mansión me había visto obligado a usar el cuarto que era mío antiguamente como despacho, pues, de repente, los accionistas se habían puesto nerviosos con el nuevo proyecto y me había pasado horas llamándolos y escribiéndoles para que se calmaran y confiaran en mis actos.

Cuando me marché hace cuatro años de la mansión y me instalé en Madrid luché mucho por sacar adelante la carrera de empresariales. Estudié día y noche, mientras que trabajaba en cualquier trabajo disponible, ahorrando todo lo que podía y viviendo en un piso con otros dos estudiantes, Viktor, el dueño del piso y un estudiante que se marchó de regreso a Sevilla pocos días después de que yo me instalara, por lo que no me enteré ni de su nombre.

Cuando logré finalizar la universidad, un año antes de lo previsto, ya había reunido bastante dinero trabajando —nada desorbitado, pero suficiente— y fue en aquella época cuando conocí a Gonzalo, el que es mi mejor amigo desde entonces y no sin razón. Cuando le hablé de la cantidad que tenía en el banco él se ofreció a invertirme una pequeña cantidad en bolsa —Gonzalo tenía mucha experiencia en el terreno y él mismo se había procurado una pequeña fortuna—. Confié en él ciegamente y, desde luego, acerté, por lo que

con veintitrés años ya tenía mi propia empresa con la que monté una revista centrada en los negocios, otra de moda, un despacho de inversores y centré mis esfuerzos en comprar empresas en quiebra y lanzarlas de nuevo al mercado de las multinacionales...

¿Se podría decir que se lo debía todo a Gonzalo? A lo mejor sí, pero había que reconocer que él también había ganado mucho con el trato, pues ahora no se dedicaba a las inversiones, sino que era el jefe de mi sección de inversores, aparte de socio en la revista empresarial y dueño de un quince por ciento de las acciones.

El sábado llamó José a casa para invitarnos a comer al día siguiente. Di unas cuantas largas y prometí preguntárselo a Susi antes de tomar una decisión.

Llevaba casi una semana viviendo con ella y las cosas se ponían cada vez más raras. El miércoles salí por la tarde y procuré no volver hasta que Susi no se hubiese acostado y el jueves, cuando no me preguntó, me sentí extraño por su desinterés, porque en realidad hubiera preferido pasar más tiempo con ella, pero debido a los sentimientos que volvían a renacer en mí estaba volviéndome loco.

Creía ver cosas que me perturbaban, momentos en los que ella enredaba su mirada con la mía y distinguía de refilón anhelo en sus ojos. Solo había un cuarto de baño en la planta alta, y el que había abajo no tenía ducha, por lo que tenía que esperar en mi cuarto hasta que ella se encerrara en su habitación después de ducharse para no encontrármela en toalla en mitad del pasillo. Pero, sin duda, lo peor era que Susi siempre había tenido la costumbre de tocarme demasiado, como si no se diese cuenta de lo que hacía; con su forma de ser venía esa peculiar forma de tratar a la gente, con pequeños gestos, con una suave caricia en el brazo o esa manía de pasar la mano por mi pelo, tan fugaz, tan placentera...

Nadie me había tocado tanto, excepto las mujeres con las que había estado, pero esas mujeres no eran de mi familia. Sin embargo, ella no paraba de repartir cariño. Cuando hablaba conmigo siempre acababa posando una mano en mi brazo o en mi cara y, en varias ocasiones, había pasado un brazo por mi cintura para hablarme, lo que conseguía que mi mente no fuera capaz de centrarse del todo en lo que me decía.

La convivencia me estaba matando y, en esta ocasión, no me apetecía huir como hacía cuatro años. Había aceptado quedarme para ayudarla, pero no podía quedarme todo el tiempo en su casa o haría algo de lo que seguramente

me arrepintiese...

—¿Quién era? —Susi bajó las escaleras con un ligero pijama que dejaba su estómago al aire.

—José quería saber si nos gustaría ir a comer mañana.

—¿Qué le has dicho? —Mis ojos se fijaron en cómo movía las caderas al andar de manera natural mientras se dirigía a la cocina y se llenaba un vaso de agua. Siempre había sido así, llena de movimientos sensuales, aunque yo procuraba no fijarme mucho—. ¡Jony! —Asomó la cabeza por la puerta y me miró, llamando mi atención—. ¿Qué le has dicho?

—Uhhh, pues que me lo pensaría...

—¿Es por Jessica o por José?

—Por ambos, aunque me preocupa más la presencia de Jessica.

Ella asintió de acuerdo.

—¿Por qué no vamos y vemos lo que pasa? Si estamos los dos juntos será más fácil pasar el mal trago de sus comentarios venenosos. —Sonreí.

Los comentarios venenosos que me lanzara a mí no me molestaban en lo más mínimo desde hacía mucho, los que no creía poder soportar era los que le lanzaba a Susana. Me entraban ganas de retorcer el estirado cuello de Jessica, de ponerla en su sitio con su propia medicina... ¿Cómo podíamos haber acabado con unos familiares tan penosos? El destino era un jodido cabrón cuando quería porque lo cierto es que a Susana y a mí no nos lo habían puesto nada fácil.

Hacía algo así como siete años, ella y yo teníamos muy claros nuestros papeles, ella tenía una madre envidiosa y manipuladora y ambos un padre exigente y, así como Susana procuraba no cruzarse en el camino de papá, yo evitaba por todos los medios relacionarme mucho con su madre.

Sin embargo, con el tiempo, los adultos aunaron fuerzas y dejamos de luchar en solitario para iniciar una guerra abierta contra esa unidad dictatorial. Con el tiempo, ambos aprendimos a superar esa deplorable vida familiar como podíamos: yo gritaba y enrojecía de furia, y Susi maquinaba para hacer imposible la vida a todo aquel que la dañase.

Ahora éramos adultos y las cosas habían cambiado, al menos por mi parte. Yo ya no permitía que nadie me mirase por encima del hombro, había trabajado mucho y muy duro como para merecerme el respeto de cualquiera y a quien no le gustase, que mirara para otra parte. Por eso, en los cuatro días que había pasado en la mansión, apenas me había cruzado con ellos, me irritaba solo de pensar en tener que mantener la compostura frente a esa

mujer despreciable que hacía mucho que había dejado de considerar mi madre, que, de hecho, jamás había sido mi madre y José me resultaba tan desconocido que no veía posible tener una conversación con él. Solo eran cuatro años, pero parecía que el tiempo se había convertido en una barrera insalvable que me convertía en un extraño en mi propia casa.

Al final accedí a ir a comer al día siguiente y con eso me gané una suave caricia en la cara y una enorme sonrisa en el rostro de Susi y, por extraño que pareciera, me sentí dispuesto a afrontarlo todo, lo que fuese con tal de verla sonreír así.



Domingo – 15 de enero

El domingo me puse cómodo en el sofá de la mansión mirando la espalda de Susi mientras ella hablaba por teléfono. Solo estábamos nosotros dos en el salón, José estaba atendiendo una llamada en el despacho y Jessica todavía no había dado señales de vida. Cuando Susana terminó la llamada, se sentó a mi lado.

—¿En qué piensas? —me preguntó.

—Dímelo tú. Con esos ojos a veces me parece que puedes leerme el alma. —Se sonrojó de la cabeza a los pies y desvió la mirada—. Perdona, no sé qué me pasa hoy. El regreso a este lugar me está destrozando los nervios.

—No pasa nada. A las mujeres nos gusta recibir piropos de vez en cuando —bromeó.

—En este pueblo perdido de la mano de Dios no debes recibir los suficientes...

—¿Estás flirteando conmigo? —Era una broma, pero me di cuenta de que realmente lo estaba haciendo y odié la sensación de placer que conllevaba.

Toda la vida huyendo de lo mismo. Y, una vez más, notaba cómo perdía el control de mi propia vida. Me gustaba, no podía negarlo, ella era la única mujer a la que de verdad admiraba, la única que siempre me conmovía. ¿Ella se sentiría solo como mi hermana? Podría jurar que no, pero a veces ella... Se retraía, guardaba sus pensamientos bajo llave y me era imposible decidir.

Había soñado más de una vez con su cuerpo desnudo, sonrojado, húmedo y eso indicaba que volvía a estar en el punto de partida, antes de que me marchase, cuando ya en esa época soñaba con besar sus labios o me obsesionaba con su olor. ¿Qué hombre desearía a una mujer que es de su

familia? Con veinte años todavía era todo muy confuso y soñar con la adolescente que comparte casa contigo es muy frustrante.

¡Dios! Tenía que tomarme unas vacaciones de mis vacaciones o enfermaría. Tal vez no estuviese tan mal que volviese una semana a Madrid a ver cómo iba todo y luego volver aquí el fin de semana. En una semana me daría tiempo a poner las cosas en perspectiva, lejos de la tentación.

¡Decidido! Eso haría. Me marcharía al día siguiente en el primer autobús que hubiese.

—¿Te vas?! —las voces de José y de Susi sonaron al mismo tiempo cuando di la noticia.

—¿Cómo que te vas? —preguntó José.

—Está decidido. Me marcho mañana a las ocho. Ya he llamado y me han confirmado que hay plazas disponibles. Mi asistente personal lo tiene todo preparado para que me recoja un coche en la estación.

Susana bajó la cabeza hacia su plato y siguió comiendo en silencio mientras José nos miraba alternativamente a uno y a otro. Al final sacudió la cabeza y dedicó el resto del tiempo que estuvimos allí a intentar comenzar alguna conversación en la que yo no contestara con monosílabos y Susi dejara de asentir a todo y contestara de una vez por todas. No lo consiguió.

Nos despedimos rápidamente y nos montamos en el coche de Susana.

—Lo siento...

—¿Por qué?

—Si te vas por mi culpa. —Apreté las manos en mi regazo ante las ganas que me entraron de agarrarla y zarandearla por semejante tontería, también por tener tanta intuición.

—No me voy por tu culpa, Susi. ¿De dónde has sacado eso?

—Bueno. Has estado tenso toda la semana desde que me dijiste que te quedarías a ayudarme y... Sabes que lo último que quiero es obligarte a estar donde no quieras —calló.

—No te preocupes. No es por eso, simplemente tengo un contrato que terminar. Volveré a finales de semana.

—¡Ah! ¡Volverás! —Su cara se apartó un momento de la carretera y sus ojos me atravesaron—. ¿En serio?

—¡Claro! ¿Pensabais que me iba para siempre?

—Como no has dicho nada, solo que te ibas.

Ya más animada por la noticia, aparcó frente al dúplex y, desabrochándose el cinturón, me abrazó fuertemente.

—Gracias, Jony.

Cuando estábamos a punto de entrar, la puerta de al lado se abrió y un ansioso perro se lanzó contra mí, plantando sus patas en mis piernas.

—¡CAN! —el vecino de Susi no parecía nada contento y tiraba de la correa metálica del perro, sin conseguir apartar al chucho de encima de mí.

No me desagradaban los animales, así que le quité importancia con la mano y rasqué la barbilla del perro tranquilamente mientras observaba cómo ellos se saludaban y Susi sonreía alegremente, olvidada ya toda angustia por mi marcha. Aquello me hizo pensar en que jamás me había preocupado de si ella había conocido a alguien, aunque con veinte años todavía era muy joven, seguramente ya había tenido alguna relación.

—¿Cómo es que te has ido del trabajo? —El vecinito fruncía el ceño mientras intentaba inútilmente que el perro no saltara y corriera a su alrededor.

—Es algo genial, Javi. ¡Vas a alucinar cuando te lo cuente! Pero ahora tenemos algo de prisa porque Jony tiene que hacer las maletas.

—¿Te vas? —Sus ojos brillaron alegres, aunque lo disimuló muy bien y parecía realmente apenado—. Supongo que alguien hecho a la ciudad se aburrirá bastante por aquí.

—Supones mal —contesté serio. Yo no iba a disimular que no me sentía cómodo con él.

Aunque Susi no se diera ni cuenta, su vecino se sentía fuertemente atraído por ella, solo había que fijarse en la postura de su cuerpo, siempre pegado a ella, y en cómo la miraba intensamente.

—Se va solo unos días. —Susi, despreocupada, entrelazó su brazo con el de Javier y miró amorosamente al perro sin darse cuenta de que su vecino me miraba inquisidor.

Intenté mostrar cara de póquer a pesar de que por dentro estaba deseando separarlos lo máximo posible. Quizás un pueblo o dos de distancia...



Lunes – 16 de enero

El lunes, poco después de las diez y media de la mañana, un coche negro me recogió en la estación. Tras pasar por mi piso para dejar la mochila que llevaba con un par de camisas, unos pantalones y ropa interior, me llevó a las oficinas de Suny S.L. donde me dirigí directamente al despacho de mi asistente personal antes de pasar por al mío.

—Mari, por favor, adelántame todas las reuniones que tuviera para las dos próximas semanas, vuelvo a marcharme a Cervera de Buitrago y quiero dejarlo todo atado.

—Muy bien. ¿Qué tal te ha ido el regreso a las raíces? —Mariluz siempre me había caído muy bien y ella se preocupaba mucho por mí, como si de mi madre se tratara, por eso trabajábamos tan bien juntos, todo era sincronización y buen rollo. Desde el principio supe que esa mujer valía su peso en oro y por eso su salario estaba muy por encima de la media.

—Lleno de sorpresas, algunas buenas y otras malas, pero ya veremos cuando vuelva...

Me encerré en mi despacho dispuesto a adelantar todo el trabajo que fuera posible, para que, así, mi vicepresidente no tuviera problemas con todos los proyectos nuevos.

Llevaba toda la mañana firmando papeles y atendiendo a clientes que tenían mi número personal. No sabía muy bien qué hora era, pero no haber desayunado me estaba pasando factura, por lo que avisé a Mari de que saldría a comer durante una hora y le pedí que pospusiera para entonces cualquier asunto que requiriese mi atención.

—Jony, ¿por qué no te vas a casa y descansas? Pareces más agotado que

cuando te fuiste... No te está haciendo bien. Deberías pasar estas vacaciones en tu pisito con tranquilidad y aprovechar que para una vez que descansas tienes que hacerlo bien. ¡No sé qué bicho te ha picado para irte a un lugar del que hablas peor que de la peste!

Me reí ante su sugerencia y le besé cariñosamente la mejilla.

—Ya sabes que si me quedo en la ciudad seré incapaz de desconectar. Además, este era un favor que me pidió mi padre y ya sabes que eso no es moco de pavo...

—Lo tuyo no tiene remedio... Si tuvieras aquí alguna morenita que te esperase en casa ya verías tu cómo no te ibas. Lo que necesitas no son unas vacaciones, sino una familia y la rutina del hombre casado... —Seguía riéndome cuando la puerta se cerró tras de mí.

En el fondo me di cuenta de que estaba harto de la vida que llevaba y de que, seguramente, lo único que buscaba era sentar la cabeza, pero por alguna razón en mi cabeza solo veía una rubia pequeñita y muy sexy que manejaba mis sentidos a su antojo. Una mujer prohibida para mí en todos los aspectos.

Cuando volví al despacho empecé de nuevo a firmar papeles y a llamar como loco a todas las empresas con el fin de terminar en ese día lo que normalmente me hubiese ocupado dos o tres días.



Miércoles – 18 de enero

Así pasé hasta el miércoles. Esa mañana me había levantado de un humor extraño y no toleraba el mínimo error, por eso, cuando llegó mi buen amigo Gonzalo, la mitad de mis empleados habían huido a trabajar lo más lejos posible de mi despacho.

—Me han dicho que viniste este lunes.

—Sí, tenía trabajo que hacer...

—Ya lo he notado. Cuando he llegado a recepción la sonrisa de la chica era tan compasiva que he supuesto que he venido el día adecuado para hablarte de todo el dinero que tienes. —Rio.

—La verdad es que sí. No sé, creo que me he levantado con el pie izquierdo....

—No me extraña. ¿No ibas a cogerte unas vacaciones y volver hoy?

—Sí, pero ha habido un cambio de planes y he venido a adelantar todo el trabajo posible para poder volver a Cervera de Buitrago...

—¿Tu padre se ha puesto pesado? —Gonzalo caminó hasta la ventana que había tras mi escritorio y su mirada vagó por el paisaje.

—No. Quiero ayudar a Susana a abrir su propio negocio.

—¡Ah! Tu hermana.

—Sí.

—¿Qué clase de negocio vais a abrir?

—No estoy muy seguro. Creo que una tienda de objetos de coleccionista o una tienda de decoración de segunda mano. Alguna cosa de esas vintage. — Gonzalo se sentó en la esquina de mi escritorio mirándome sospechosamente —. Se me olvidaba. Quisiera que mirases una cuenta. No es mía...

—Es de Susana —me interrumpió.

—Sí. He descubierto que tiene bastante dinero y quisiera invertir una pequeña cantidad. Quiero que tú lleves esa cuenta.

—¿Quién me paga? ¿Tú o tu hermana?

—Ponla en la lista de la empresa. —Se levantó y se puso a mi lado.

Su mirada estaba fija en la foto que había en el escritorio en la que aparecíamos los cuatro.

José y Jessica estaban enfocados delante de la mansión, mientras que Susi y yo aparecíamos abrazados fruto de un accidente. En esos momentos, Susana se dirigía hacia nosotros para hacerse la foto cuando tropezó y la sujeté para evitar que se cayera, ganándose así otro comentario sarcástico de su madre. El resultado era lo que parecía una foto familiar con dos hermanos abrazándose y unos padres sonrientes.

—Siempre me he preguntado por qué tenías esa foto en tu escritorio si tu odias a esos dos —dijo señalando a José y a Jessica.

—Me recuerda el motivo por el que estoy aquí. Me ayuda a esforzarme más.

—¿Y Susana? —Miré la foto, serio.

—Me recuerda que hubo personas a las que nunca les importó lo mal que me portase, lo indiferente que me mostrase. Siempre me quisieron por ser yo, no por lo que podía darles.

—Jonatan, te lo digo desde el cariño de amigo, no te involucres en cosas que no puedes terminar.

—No lo hago, solo que las cosas han cambiado por allí y necesito algo de tiempo. José sufrió un infarto y al parecer eso le ha cambiado la vida.

—Ya veo. —Gonzalo no parecía muy convencido, pero se abstuvo de comentar nada más—. En todo caso, dame esos papeles que quieres que mire y vea cómo está el mercado.

Gonzalo se marchó con la promesa de llamarme en cuanto invirtiese el dinero de Susi y recordándome que yo tenía una vida propia allí en Madrid. Nada se me había perdido en el pueblo, como él lo llamaba.

El olor del horno de leña invitaba a comer succulentas carnes y el vino que había frente a Vincenzo añadía un extra para su estómago, sin embargo, él era incapaz de disfrutar de nada. ¡Maldito muchacho! Desde que ese joven había

llegado al pueblo nada estaba bien, menos aún su humor que subía y bajaba como el de un adolescente. ¿Todo para qué? Nadie sabía decirle qué hacía el hermano de Susana en el pueblo y, de repente, su sobrino vino el otro día diciendo que el muchacho se había marchado de nuevo a Madrid.

Susi no había vuelto al trabajo, pero sabía a ciencia cierta que esta huraña mujer no había despedido a la joven, así que, ¿qué podía haber pasado?

—Ruiz, ¿tienes ya algo en mente? —preguntó el camarero del restaurante

—No, cóbrate el vino que me voy, hoy no estoy de humor para degustar nada... —El chico asintió y fue a la barra a por la cuenta. Vincenzo miró a su sobrino, parecía más serio de lo habitual—. ¿Qué te ronda, hijo?

—Nada.

—¡Suéltalo, hombre! Se te va a arrugar la cara antes de tiempo como sigas frunciendo así el ceño.

Su acompañante miró fijamente su vaso de limonada y relajó el rostro. Nunca hubiera dicho que eran familia, ese chico era tan transparente como el cristal de su vaso, pero eso nada tenía que ver con el profundo afecto que le tenía; incluso había pensado en presentárselo a Susi, pero lo cierto es que lo último que quería era que su pequeña se adentrara en el mundo que él y los suyos frecuentaban...

—Creo que estás demasiado obsesionado con la chica de la peluquería —soltó deprisa el muchacho—. Estás desatendiendo otras cosas y si no delegas responsabilidades, por lo menos céntrate. La muchacha no es nada nuestro, ¡olvídate de ella!

—Lo haré, pero solo cuando estén todos los cabos atados. No soporto verla tan sola, lo sabes.



Sábado – 21 de enero

Ese día me levanté temprano y me dirigí hacia la estación contento conmigo mismo.

Había hecho en una semana más que nunca. Ahora podría dedicarme a ayudar a Susi con su negocio sabiendo que el mío iba como la seda.

Llegué a mediodía y busqué el coche amarillo con el que vino a recogerme la última vez. Cuando lo vi en segunda fila, caminé hacia él.

—¡Buenos días!

—Bienvenido de nuevo. —Sonrió y arrancó el coche.

—Así que de nuevo te ha tocado recoger al hijo pródigo...

—Bueno. Lo echamos a suertes y a mí me tocó el palito más corto, así que... —se burló.

—Si no fuera porque sé que Jessica jamás caería tan bajo apostando... Debería darte una lección por querer burlarte de mí. —Sonreí y saqué de la maleta de mano un par de documentos y una cajita que yo mismo había envuelto—. Esto es para ti.

—¿La caja o los papeles?

—Todo.

—¡Ah! —Su mirada sorprendida se apartó de la carretera y a mí me paró el corazón—. ¿Qué hay en la caja?

—Cuando lleguemos la puedes abrir para averiguarlo. —Estuvo quejándose por hacerla esperar todo el trayecto hasta su casa.

Cuando bajamos del coche, una niña se acercó corriendo. Con sus coletitas castañas y una muñeca en un carrito de paseo de juguete era la personificación de la inocencia, imagen que se estropeaba nada más abría la

boca, como pude observar.

—¡Susana! Por fin te encuentro, *joer*. El señor Ruiz me dio esto para ti esta mañana. Dijo que había ido al centro de estética el jueves y que al ver que no habías ido preguntó por ti a la Amelia. No tenía muy buena cara, al parecer la pedorra esa le dijo alguna grosería....

—¡Mierda! Gracias, María. —Susi abrió la nota y leyó el contenido con cara seria—. Voy a matar a Amelia, si es que no lo ha hecho ya alguien...

—¿Qué pasa? —Su comentario me había dejado un poco aturdido.

—Luego en casa te lo cuento ¿Te parece? Ahora vamos a comer algo y me das el dichoso regalo.

—¿Regalo? Esto no es un regalo, es que no me quedaban bolsas y encontré un poco del papel de regalo que compré en navidad. —Su cara se tornó roja y su boca se cerró de golpe—. ¡Es broma!

—¡Malo! —Rio.

Cuando nos sentamos y di un trago a la bebida, me relajé contra el asiento. Estaba algo cansado del viaje y de haber estado toda la semana trabajando, pero, aun así, tenía la mente clara y despejada. En realidad, si lo pensaba, creo que hasta tenía ganas de burlarme un poco de ella, bromas cariñosas que hicieran brillar esos chispeantes ojos.

Cuando se acomodó mejor en el asiento la miré, estiré el brazo y le di el paquete.

—¡Ábrelo! —Ella me miró y cogió el paquete de mi mano. Observé que lo hacía con sumo cuidado para no tocarme. Se quedó mirando el papel fijamente—. Si no lo quieres puedo...

—¡No! No es eso. Es que no suelo recibir regalos a menudo, a no ser que sea mi cumpleaños o Navidad, entonces...

—Tú solo ábrelo —susurré.

Ella desenvolvió rápidamente la caja y, tras abrirla y sacar el broche, me miró estupefacta.

—¡Cielos, Jony! ¡Es precioso!

—Pensé que te gustaría. Según la dependienta está hecho con madreSelva y cristales de Swarovski.

—¡Muchas gracias! —Se lo quité de las manos y lo puse en la solapa de su abrigo, aprovechando que todavía no se lo había quitado.

Cogí sus manos heladas y las apreté con fuerza buscando transmitirle todo lo que sentía, pero sin lograrlo.

—Quería darte las gracias y no sabía muy bien cómo.

—¿Gracias por qué?

—Por no odiarme. —Noté cómo me sonrojaba y su mirada no se apartaba de mí, de mi cara.

—Jonatan. —Su voz fue muy suave y dulce—. No tengo razones para hacerlo. Debería darte las gracias yo por ayudarme, si te fueras no sé qué es lo que haría.

—Susi... —Aparté la mirada y vi que no le había enseñado los documentos que había traído de Madrid—. Bueno. Aquí tienes los papeles. Es necesarios que los firmes para que pueda invertir en tu nombre. Por supuesto, no haré nada antes de consultártelo, pero...

—Confío en ti, Jony, en tu juicio. —Dicho esto, firmó rápidamente todos los papeles, echándoles apenas una hojeada.

—Te invito. Pide algo a domicilio y comamos buena comida. Esta semana he ganado bastante dinero así que creo que no me quedaré pobre si pides mucho. —Ella se hizo la ofendida y yo me reí—. Tienes cara de niña enfurruñada, Susi.

—Y tú de niño sabelotodo, Jony. —Me sacó la lengua y se levantó de un salto de la silla.

Eran las seis cuando terminamos de comer y recoger todo, y cuando vi el papel que la niña le había dado antes.

—Susana, ¿qué ponía en la nota que te han dado esta mañana?

—Mmm... —Se giró hacia mí mientras se mordisqueaba distraída la punta del pulgar y siguió mi mirada hasta el papel—. ¿Por?

—Curiosidad...

—La verdad es que es algo raro. Tenía un cliente bastante peculiar... Ya sabes que la gente mayor es muy misteriosa cuando quiere. —Sonrió y se puso a colocar los platos secos—. El Sr. Ruiz es, digámoslo así, un buen amigo, casi como un segundo padre. Al no verme se habrá inquietado, eso es todo.

—Ajá... No sé si te sigo...

—Solo me ha dado su número de teléfono. Es bastante protector conmigo y a veces puede ser un poco paranoico.

Me puse serio inmediatamente.

—Explícate.

Y me lo explicó. Y yo me quedé un poco sorprendido con la idea de que mi hermana se veía con un tipo de esa naturaleza y que a ella le pareciese normal, ¡casi entrañable! Me quedé en blanco cuando ella empezó a relatarme

la paliza que recibió su ex cuando la dejó por otra. En lo tocante al tema amoroso preferí no pensar mucho, pues una extraña sensación de ardor se instalaba en mi pecho y una fría indignación me sacudía, pero no creía que lo mejor fuera relacionarse con gente como esa.

—Veo cómo sacas las cosas de quicio en tu mente. No es como te piensas, Jony.

—Creo que lo que yo pienso es lo correcto y que lo que tú crees es lo que está mal.

—No es como si él siguiera liado en actos ilegales. Lo dejó hace tiempo y si no le pillaron, entonces ya no se puede hacer nada.

—Pero tampoco es lo ideal tomar confianza, Susi...

Lo discutí con ella durante horas, pero al final los dos nos fuimos a dormir sin conseguir nada del otro.

CAMBIOS Y REVELACIONES

SUSANA

Lunes – 23 de enero

La mañana comenzó de la peor manera posible cuando me levanté tarde y me fui directamente al cuarto de baño tropezando con mis propios pies, con las prisas y sin pararme a preguntar abrí la puerta justo en el momento en el que Jonatan salía de la ducha. Él ni se dio cuenta, por lo que pude observar su cuerpo desde atrás, sin que me viera. Debí haber salido inmediatamente, pero nunca había visto a Jony así y jamás podría volver a mirarlo de la misma manera.

Su espalda era bastante ancha, de músculos que se movían con cada movimiento creando una pintura de sombras y luces muy erótica, al igual que los brazos o las piernas que, con sombra de vello, parecían ejercitadas. Todo en él estaba musculoso, mojado y... ¡cielos! Y duro. Él se giró y yo cerré de un portazo avergonzada, corriendo escaleras abajo e ignoré a Jonatan, que había salido al pasillo con una toalla alrededor de las caderas que solo impedía que viera parte de su cuerpo.

A ese mal empezar le siguió un desayuno tenso con nosotros dos sentados en la mesa de la cocina. Yo no dije nada y él no dio señales de querer empezar una conversación.

El día anterior había quedado para ver un par de locales en los pueblos cercanos. Tenía claro que la venta estaba en zonas con más posibilidad de atraer clientes que mi pequeño pueblo de ciento y pico habitantes. Así que no solo llegaba tarde a la cita con el dueño de un bar reformado, sino que tampoco había habido ducha, ni el desayuno había sido realmente bueno.

Genial, ¿no?

La búsqueda de un lugar idóneo para mi proyecto no resultaba todo lo fácil que yo había previsto y la gente había resultado ser muy poco honesta en los anuncios. «Con estructura en perfecto estado» quería decir que alguna pared tenía moho, goteras o grietas, pero el dueño aseguraba que lo importante

estaba en perfectas condiciones; «muy coqueto» solo podía significar un espacio reducido hasta la claustrofobia; y el mejor de todos había sido cuando fui al «Local en localización inmejorable, con todo», ¡ja! Sí que tenía de todo... Moho, goteras, cucarachas, habitaciones llenas de escombros, paredes derrumbadas y todo en una de las calles más transitadas del pueblo... Del pueblo menos transitado del planeta...

Me estaban volviendo loca poco a poco y ya no sabía si reírme o llorar o matar a alguien...

Todavía no era ni mediodía cuando llegué a casa dispuesta a revisar todos los locales que había visto la semana pasada, dispuesta a decidirme por uno.

Fingía leer, con la cabeza ya estallándome, mientras escuchaba a Jonatan en su cuarto hablando por teléfono con alguien de su empresa —al parecer había algún problema con el trato tan importante que quería cerrar— cuando escuché que alguien tocaba la puerta. Al ver de quién se trataba, supe que el mal día solo había comenzado.

—¿Puedo pasar?

—Cla... Claro Señor Ruiz. ¿Cómo es que pasa usted por aquí?

—Pues nada, llevo un tiempo sin verte y te echaba de menos. Ando algo liado con un problemilla de negocios y casi no paro quieto y ahora, encima, ni si quiera puedo verte a la hora de mi manicura... Ya me ha dicho la necia de tu jefa que te has tomado una excedencia... Si te soy sincero, he venido a verte para saber si tenías algún problema...

—Ya... El número de teléfono.

—Ya sabes, Susi querida, que me preocupo mucho por ti y por el pueblo se habla que ha venido tu hermano... Sé los problemas que tienen en casa, cielo, y no quiero que pases por algo malo sin apoyo. Me tienes aquí para lo que quieras, pequeña.

—Vaya... ¡Muchas gracias, Señor Ruiz! —Sonreí agradecida, aunque un tanto inquieta—. Pero, de verdad, no quiero que se moleste tanto... En realidad, sabe que llevo muchos años sobreviviendo a mi familia y no necesito protección de nadie —bromeé un poco para quitarle hierro al asunto.

—¡Oh, no! No es que piense que tú sola no puedes con todos ellos, ¿sabes? Creo que me recuerdas un poco a mi hija, Sofie, ya te he hablado de ella. Murió hace mucho.

—¡Dios! No lo sabía, cuánto lo siento. —Me miró y frunció el ceño.

—No lo sientas —sonrió entonces, dando por zanjado el tema—. ¿Me invitas a sentarme?

—Por supuesto. Pase.

En ese momento bajó Jonatan por las escaleras con la mirada oscura clavada en mi invitado.

—Buenas. —Su voz ronca resonó en toda la estancia—. Veo que también sabe dónde vives. ¿No es fantástico?

—Jony...

El Sr. Ruiz me interrumpió con una mano en el hombro.

—Discúlpeme, no nos han presentado.

—Tengo entendido que ambos sabemos lo suficiente del otro.

—Jony, basta ya —le corté yo.

Jonatan me miró serio, la inquietud reflejada en su ceño fruncido. En ese momento, me acordé de todas las veces que había estado en ese estado por mi culpa. Todas las ocasiones en las que él se ofuscó con José o con Jessica por algo que me habían hecho.

—¡Ah! Susi, me alegro mucho. Es malo no tener nunca a un hombre que te proteja debidamente.

—Perdone, pero yo he tenido un hombre cerca...

El Sr. Ruiz me interrumpió con una de esas miradas que matan.

—No era un hombre, era un gusano que te dejó por la primera jovencita que pasó por su camino —dijo terminante.

—Señor Ruiz... —mi voz sonó tensa.

—¡No me llames así, querida! Creo que es hora de que me llames por mi nombre de pila. Me llamo Vincenzo, Vincenzo Ruiz.

—Señor Ruiz... —insistí yo—. Venía a verme y ya lo ha hecho, ¿deseaba algo más? Porque la verdad es que ahora andamos algo ocupados...

—Ya, entiendo la situación, Susi querida, solo quería saber de ti... por lo de tu excedencia...

—Ya, pero...

—Pero nada —me interrumpió Jonatan—. No se va, Susi. Quisiera hablar con él antes de que se marche. Además, ya le habías invitado a sentarse ¿no?

El Sr. Ruiz asintió de acuerdo con Jony y los dos se adentraron en el salón acomodándose en el sofá. Miré desde la puerta mi casa y pensé en lo rápido que parecía haberse convertido en mi único refugio. Refugio que ahora se veía invadido por las voces masculinas del salón.

—Bien... bien... Tienes una casa muy bonita, Susi. —Vincenzo parecía la mar de a gusto sentado en mi sofá.

Su camisa blanca, a juego con la tapicería del sofá, le daba todavía más paz

a la escena y convirtiendo a Jony, que iba con unos vaqueros negros y un jersey oscuro, en un enorme contraste. Joven, mayor. Blanco, negro. Paz, puro nervio.

—¡Vaya! Algo de lo que me alegro hoy. —Jony se recostó contra el respaldo y me miró fijamente—. Por un momento temí que dejaras pasar a todo el mundo.

—Discúlpame... ¿Jonatan? —Vicenzo también se relajó contra el sofá y con una expresión muy serena en el rostro, comentó—. Yo no soy todo el mundo, pero, a pesar de eso, Susana es una chica muy prudente y sé de buena mano que no deja pasar a cualquiera.

—Me parece que a quien dejen o no pasar a mi casa no es de vuestra incumbencia —indiqué indignada—. Es más, me parece que los dos estáis comenzando a agobiarme con tanta testosterona.

—La buena prevención nunca es suficiente, aunque agobie, querida Susi.

—No está de más ser precavida.

Hablaron los dos a la vez y, por fin, mi vaso de la paciencia se colmó, a pesar de que no tenía ni idea de que estaba ya lleno.

—Bueno, ¡esto es el colmo! Os informo de que llevo toda mi vida protegiéndome sola, toda la vida acompañada de personas dañinas, así que ahora no me vengáis con prevención o precaución porque de eso soy inventora. ¿Acaso tengo que recordaros quiénes sois? ¿Debemos hablar de si tener por consejero a un hombre con un misterioso pasado, que ha admitido que paga a mi jefa con dinero falso, es buena idea o de si debo mantener la relación que me une al hermano que siempre me ha juzgado, que se alejó de mí sin decir ni una sola palabra?

—No es como tú lo dices... —El señor. Ruiz se levantó y cogió mis manos, abrigándolas entre las suyas—. Cada uno por nuestro lado solo queremos lo mejor para ti, o por lo menos por mi parte, eso es todo lo que busco y si he de luchar contigo para que te alejes de todas las maldades del mundo, lo haré, querida. Puede que sea un hombre de dudosa honorabilidad, pero eso no me hace menos merecedor de un corazón capaz de querer y amar. ¿Puedes entenderme?

Asentí débilmente con mi pequeño ataque de rabia ya disuelto y miré fijamente mis pequeñas manos casi ocultas por las suyas. No quería admitirlo, pero los dos estaban en su derecho de preocuparse por mí, aunque yo no quisiera. Cada uno era libre de hacer lo que quisiera...

—Estoy seguro de que él solo busca tu felicidad, aunque discrepe en lo

referente a mi persona, nada puede disimular su gesto de preocupación cuando te mira. —Entonces miré los ojos de Jony y comprobé que asentía mientras sus ojos buscaban atravesar mi alma—. Perdónanos ya mismo y cuéntame qué diantres haces durante tu excedencia.

Nos sentamos junto a Jony en el sofá y tranquilamente le conté toda la historia, desde casi el principio, y le mostré todo lo que llevábamos.

—¡Pero, Susi, es magnífico! Desde luego tú no te preocupes por nada, me pienso encargar de que lo tengas todo listo mucho antes de lo que esperas. Todavía tengo algunos contactos aquí y allá que seguro te vienen de perlas, ¡ya verás!

—Ni se le ocurra hacer trapicheos con lo tocante al negocio de Susi. ¡Lo que le quedaba!

El sonido de un móvil me distrajo de la contestación que iba a darle a Jony. Vincenzo descolgó y, tras unas cuantas frases cortas, colgó.

—Discúlpenme, pero me tengo que marchar. A mi hermano acaban de timarlo y voy a prestarle la ayuda de mi abogado. Qué voy a contaros a vosotros de la familia, ¿verdad? —Hizo una anticuada inclinación de cabeza—. Buenos días pasen, jóvenes.

Se marchó tal cual vino, de repente, y él mismo cerró la puerta al salir, dejándonos a Jony y a mí en un tenso silencio que finalmente estalló en mil pedazos cuando él se recompuso.

—¡Joder, Susi! La otra noche me quisiste hacer creer que este hombre era un agradable viejecillo que ni ganas tenía de meterse en líos y ahora me encuentro con que es un hombre con la personalidad de un maldito mafioso italiano.

—Jony, yo solo te dije lo que yo pensaba. Te comenté eso porque durante nuestras conversaciones notaba que había cosas que se callaba, pero en ningún momento te aseguré que fuera la más absoluta de las verdades. Además, nos va a ayudar, eso nos ahorrará mucho tiempo, meses. ¿No puedes alegrarte y ya está?

—Susi... —Sus manos me sujetaron de los hombros, clavándome los dedos en la piel—. Me preocupo por ti ¿no lo entiendes?

—No, ¡no lo entiendo! —Exclamé—. Y yo me fío de él.

—No te niego que cabe la posibilidad de que el hombre tenga un corazón de oro, pero, para mi tranquilidad, me gustaría que dejases de verlo, aunque supongo que si te lo prohibiese a ti te importaría un bledo.

—¡Por supuesto que me importaría una mierda! No eres quién para

prohibirme nada.

—Ya...

Sus manos se separaron de mi piel dejándome la sensación de frío. Sus ojos todavía estaban oscuros, pero mientras me miraba fui contemplando cómo se volvían caramelo líquido. Su cuerpo se acercó de nuevo y la proximidad me gustó tanto que me aterró.

—No sé qué es lo que me haces, Susi.

—¿De qué?

—Tengo ganas de estrangularte, pero a la vez me gustaría... —Sus manos volvieron a mis hombros, esta vez para deslizarse por mis brazos y llegar a mis manos, cuyos dedos se entrelazaron con los suyos—. Hay momentos en los que juraría que te pasa lo mismo, pero no estoy seguro, ¿sabes?

—No te entiendo. Yo no...

—Mejor... Mejor.

Y salió por la puerta que hacía unos momentos se había cerrado detrás del Sr. Ruiz. De Vincenzo Ruiz



Martes – 24 de enero

Cuando al fin elegí un local a la mañana siguiente tuve muchas ganas de salir corriendo a contárselo a Jonatan para que me diera su opinión de ejecutivo, pero él se había pasado toda la tarde anterior fuera de casa y cuando había llegado se había encerrado en su cuarto sin decir una palabra. No sabía muy bien qué hacer. Nunca pensé que esto que sentía fuese posible, menos que me pasara con él ¿Qué sentido tenía? Jonatan era mi hermano ¡Joder! Él me hacía sentir segura y querida, pero a la vez me sentía disgustada con su comportamiento, me obligaba a reconocer sentimientos que seguro no estaban bien. Sabía lo que él buscaba cuando me traspasaba con su mirada, como si quisiera apoderarse del mayor de mis secretos, pero yo no me sentía preparada para lo que parecía que ambos estábamos buscando... Las cosas debían volver a la normalidad, pero era incapaz de negarme el placer de su compañía, ni aunque fuera durante una sola tarde.

Cuando llamé a su dormitorio nadie respondió así que giré el pomo con cuidado y me asomé. No había nadie. Llamé también en el cuarto de baño, pero allí tampoco estaba. Busqué en toda la casa hasta que al fin di con él en el patio, donde el sol parecía salir tímido entre las nubes, dejando una preciosa vista del bosque y se había sentado leyendo unos papeles de una enorme carpeta.

—Jony, puedo interrumpirte un minuto, ¿verdad? —Sonreí cuando él me miró y arqueó una ceja mientras asentía—. ¿Puedes mirar a ver si te gusta el local que he escogido? No estoy muy segura. Me gustan dos, pero este es el que mejor posición tiene. —Observó la tablet que yo le pasé, donde tenía toda la información.

—Lo quieres en un buen lugar, pero ¿has pensado que tiene un almacén muy pequeño? Si tuvieras que almacenar muebles tendrías que alquilar un almacén aparte de este...

Lo pensé un segundo. La verdad es que el otro tenía un almacén enorme, pero se hallaba casi a los límites del pueblo vecino y no me acababa de convencer...

—¿Qué le pasa a este? —Preguntó Jony señalando un local que yo había descartado desde el principio.

—Se sale de mi presupuesto. —El volvió a arquear una ceja y abrió la boca, pero le interrumpí—. Ya sé que me vas a decir que tengo bastante dinero para alquilarlo, pero he pensado que si no funcionara el negocio necesitaré dinero para vivir.

—No te iba a decir eso, principalmente, porque yo también pienso así. Lo que quería decirte es que no te preocupes por el precio porque yo pienso invertir en tu negocio una pequeña cantidad...

—¡Ni hablar! —Un rayo de furia me atravesó, seguido de inmediato por mi eterno compañero, el orgullo.

—Susi...

—Bastante me has ayudado ya como para que encima me prestes dinero. Puedo hacer esto sin ayuda de nadie, Jony.

—No es un préstamo. Yo me llevaría una parte de lo que ganases. —Me di la vuelta dispuesta a marcharme indignada, pero él continuó—. Seríamos socios, pero solo tú tomarías las decisiones. —Aquello me frenó en seco. ¡Cielos, eso sería genial!

Así Jonatan siempre estaría pendiente del negocio y vendría más a menudo. Eso me llenó de mariposas el estómago e hizo que sonriera.

Sin embargo, verle más a menudo no era mi preocupación principal o no debería de haberlo sido, porque también me preocupaba un poco la relación que él tenía con papá. Todavía se portaban de forma demasiado cortés, como si no supieran por dónde agarrarse.

Jony se levantó bruscamente de la silla y me sacó de mis cavilaciones.

—¿Qué me dices, Susi? Bastantes personas te asegurarán que no soy un mal socio. —Sonreía de forma graciosa, como si él mismo no se lo creyese del todo, pero a mí no me preocupaban sus aptitudes laborales.

—Te creo, pero no quiero convertirme en una carga para ti. Sabes que me encantaría tener una excusa para que vengas más a menudo, te he echado

mucho de menos y no creo poder estar así otros tres o cuatro años —confesé triste—, pero no quiero ser el motivo que te obligue a volver a un lugar que no te trae buenos recuerdos.

—Pues entonces —dijo agarrándome una mano—, de ahora en adelante, en estas semanas que pase aquí yo te ayudaré con el local a cambio de que tú me ayudes a crear buenos recuerdos por los que merezca la pena volver.

—¿Antes no merecía la pena? —Mi voz sonó triste, apagada a mis oídos y tiré de mi mano, alejándome de su contacto.

—Susi, el único motivo por el que hace un tiempo hubiese vuelto hubiera sido el que tú me llamaras, me necesitaras cerca. Yo también te he echado mucho de menos... —Con un brazo me rodeó los hombros y me acercó a él para darme un ligero abrazo, ligero, pero tierno. Me quedé muy quieta, disfrutando del calor y de la seguridad que ese gesto me infundía. Sin embargo, no pude controlar la tristeza que me invadió y que inundó mis ojos —. ¿Lágrimas?

—Me gusta que me abrases. —Apenas podía pensar con él tan cerca.

—Y a mí abrazarte, guapa —se rio él.

—No te rías..., antes no me abrazabas así..., me rodeabas con los brazos y hacías como si fuese un abrazo de verdad, pero te sentías incómodo haciéndolo, así que yo procuraba alejarme lo antes posible.

—Susi —suspiró—. Te juro que no era incomodidad lo que sentía. Simplemente me daba un poco de miedo lo que me hacías sentir, desear. Justo como ahora.

—¿Ahora? —Alcé la mirada entre sus brazos, notando cómo el aire cambiaba a nuestro alrededor. Justo como cuando se avecinaba una tormenta, el aire chispeaba y mis sentidos entraban en una especie de túnel donde solo podía sentir lo que se hallaba más próximo a mí.

—A veces creo que me lo imagino todo —susurró, mirándome con esos preciosos ojos volviéndose más claros a cada segundo que pasaba—. ¡Dios! Eres y serás siempre mi perdición.

—¿Qué quieres...? —No me dio tiempo a terminar la frase porque, sin darme ninguna pista, sus labios habían descendido hasta los míos y se mantenían ahí moviéndose muy suavemente, esperando mi reacción, inundándome de un calor radiante que viajó por mis venas y activó todas mis terminaciones nerviosas volviéndome hipersensible a las manos que me sujetaban fuertemente por los hombros, al pecho masculino que rozaba mis pechos.

Solo pude mirarle asombrada. Oí de lejos un pequeño gemido y, al instante, los labios de Jonatan presionaban los míos bruscamente, multiplicando por mil las emociones que antes me habían parecido inmensas. Su lengua jugando con la mía en una caricia húmeda y profunda que solo duró unos segundos, pero fue suficiente para que, al separarse de golpe de mí, yo sintiera cómo me temblaban las piernas, prácticamente incapaces de sostenerme.

Sus brazos me sujetaron hasta que nuestras respiraciones se calmaron y tras dar un paso atrás soltó una maldición en voz baja.

—¡Demonios, Susi! ¿Ni si quiera ves lo que pasa? ¿De verdad te cuesta tanto imaginártelo todo?

—Jony...

Él gruñó algo en voz baja y se marchó hacia el interior de la casa. ¡Jamás podría volver a pensar con normalidad! Todas las neuronas de mi cerebro se habían fugado junto con mi lógica en el momento que él me besó. Pero... ¡¿Será posible?! De pronto la incredulidad pudo conmigo, llevaba unas semanas bastante moviditas, pero esto... ¡Primero me besa y luego se enfada! ¡Había sido él el que lo había empezado y por Dios que no sería él el que lo terminase!

Subí de dos en dos las escaleras, furiosa con él, conmigo y con el mundo en general, y abrí sin llamar la puerta de su cuarto, haciendo que rebotase contra la pared y obligándome a sujetarla antes de que se cerrase de nuevo. Jonatan estaba tumbado en la cama con la cabeza apoyada sobre sus brazos. Me miró y su expresión me decía que dejase las cosas como estaban y me marchase, pero no le hice caso y, con las manos en las caderas, me dispuse a decirle cuatro cosas.

—¡Zopenco! Eso es lo que eres...

—¿Qué...?

—Un imbécil, estúpido, un... un... Es muy injusto que me beses, luego farfulles y al final te marches dejándome... dejándome con la palabra en la boca... ¡¿pero qué hostias te pasa?! —grité finalmente.

—Susana, márchate por esa puerta y dejemos el asunto tranquilo. —Se sentó en la cama y me miró seriamente mientras hablaba.

—Mira... Jony... —suspiré. La rabia seguía ahí, pero su fiereza se había esfumado y, de pronto, empecé a sentirme muy cansada de todo...—. Por favor, solo quiero entender. Necesito hablarlo...

—¿Hablarlo? En realidad, no tienes ni idea de lo que pasa.... —dijo

furioso.

Me quedé pensativa durante unos segundos, observando su rostro mientras él miraba el mío. Siempre había sabido que era muy guapo, incluso me creí enamorada de él con trece años, pero Jony no dejó que la cosa fuera a más.

—Puede que tengas razón... —Giró la cabeza para mirar en otra dirección mientras asentía—. No tengo ni idea de nada... Me mandas señales confusas que me mantienen en vela por las noches y... me doy cuenta de lo que pasa...

—¿Cómo que te das cuenta? —Su rostro al mirarme se descompuso y sus ojos se volvieron negros del todo—. ¿De qué te has dado cuenta, Susi?

—Déjalo, Jony. Hace años que me enseñaste que es mejor dejarlo pasar, que con el tiempo desaparece. Creo que simplemente es amor mal dirigido. Ya... ya sabes. —Al ver su mirada empecé a tartamudear—. ¡Jonatan, por Dios! Sabes a lo que me refiero. Hemos sido... hemos sido niños que no han recibido el cariño... el amor que nos correspondía y lo hemos enfocado mal. No hay más.

—Yo ya no soy un niño, Susi. —Saltó de la cama como un resorte, parándose delante de mí.

—Eso no importa. Simplemente es amor fraternal algo confundido. Punto, no es nada más.

—Yo jamás te he dicho nada parecido. ¿Ves cómo no lo entiendes? Tú piensas con esto —dijo dándome un toquecito en la cabeza—, pero yo, cada vez que te miro, enloquezco, mi cuerpo me pide una buena sesión en esta misma cama o en la tuya. —Me agarró de las manos y tiró hasta que ambos nos sentamos en el borde de la cama—. Tú y yo durante una semana seguida, juntos, sudados, cansados, saciados... ¡joder, Susi! Me paso la mayor parte del día pensando en tu cuerpo, en cómo andas, en tus pechos, tus caderas —resopló.

—Tú... tú... —Jony me levantó de un tirón de la cama y sujetó mis brazos antes de que pudiera escapar retrocediendo.

—Yo nada, Susi. Te pasas el día tocándome y yo lo único que quiero es lamer cada parte de tu cuerpecito. —Mientras hablaba, su mano había acercado la mía a su boca y lentamente me lamía cada dedo, los mordía y luego su lengua mojaba la yema—. ¿Lo sientes? Entonces sabrás que me da igual ese amor fraternal del que hablas porque apenas puedo pensar en nada. Me licuas el cerebro.

Noté cómo la sangre se me iba del rostro y cómo una oleada de deseo se apoderaba de mí. Un extraño dolor se entremezclaba con la pasión y una

alegría que no debería de sentir. La pasión no debía de inundarme con él. Puede que llevara semanas soñando con él, en la ducha... tal cual lo había visto aquel día, pero eso no evitaba que me sintiera sucia por dentro. Le miré queriendo transmitirle todo lo que sentía y, cuando él me soltó, salí de la habitación como si los perros del infierno me persiguiesen. Cuando llegué a mi habitación eché el pestillo y me derrumbé sobre mi cama donde las lágrimas empezaron a fluir libremente. Me sentía muy confusa, muy extraña. Yo no quería sentir lo que sentía por él, ya había pasado por eso y había sido muy duro ignorarlo.



Viernes – 27 de enero

El día amaneció soleado, lo que me animó mucho. Me levanté temprano y desayuné corriendo para llegar temprano al local que me había recomendado Jonatan. Los obreros llegarían a las diez y yo quería estar una hora antes por lo menos para recoger algunos objetos y estanterías que habían quedado del dueño anterior.

Todo se estaba llevando la mar de rápido gracias a la inestimable ayuda de un callado e introvertido Jony, y sospechaba que también gracias a los contactos del Sr. Ruiz. El miércoles, tras haber llamado al dueño del local que Jony me había recomendado el día anterior, fui con él a un gestor de Buitrago de Lozoya, un pueblo cercano, quien nos ayudó con el alta censal y el régimen de autónomos y nos informó sobre el impuesto de actividades económicas, libros de visitas, el número patronal, la inscripción en el registro mercantil y demás, ya que había un sinfín de trámites que debía de cumplimentar antes de dar comienzo a mi proyecto. Me puso de plazo quince días para que todo estuviera listo, antes de que pudiera inaugurar la tienda, lo que realmente fue un golpe de realidad bastante certero y comprobé que nada era tan fácil como yo tenía planteado desde un inicio.

De cualquier forma, ese mismo día tuve una reunión con el dueño del local, con quien quería negociar el precio del alquiler, ya que el lugar no estaba en muy buenas condiciones. Sin embargo, cuál fue mi sorpresa al comprobar que el hombre estaba más interesado en vender, pero que obviamente pedía una cantidad superior de lo que se veía normalmente por estos pueblos...

No me lo pensé mucho, Jony no pareció descontento con esa decisión — aunque, dado su estado de ánimo no podía saberlo con seguridad—, pero a mí

me parecía un robo. Regateamos hasta que conseguí que bajara un poco el precio, lo cual fue bastante difícil —¡menudo carácter tenía el hombrecillo!— y solo conseguí que lo bajara un par de cientos. Estaba contentísima, tanto que me permití soñar de camino a casa. Sería una tienda preciosa, donde podría sacar mi alma creativa y plasmarla en cada producto; la gente vendría a cientos y todo sería un precioso legado para mis hijos...

Suspiré, la realidad seguramente no se parecería en nada; sin embargo, estaba orgullosa de mis logros y bastante satisfecha sabiendo que Jonatan estaba junto a mí en este proyecto.

Cuando llegué a la tienda, observé lo que dentro de unas semanas sería mi negocio... Nuestro negocio, corregí.

La fachada necesitaba una mano de pintura, pero yo misma haría el trabajo cuando pusieran todo el interior decente. Entré anotando mentalmente que la puerta chirriaba y la vidriera que había encima estaba rota en una esquina. La verdad es que lo único que merecía la pena conservar eran los objetos que había desperdigados por el suelo y las estanterías que tenían grabados florales, porque lo demás estaba casi en ruinas. Las paredes mostraban desconchones donde quiera que mirase y el suelo de madera estaba cóncavo en el centro de la estancia. El local lo formaban un área cuadrada donde se encontrarían la caja y los objetos de más valor en una vitrina y, seguidamente, formando casi una “L” otra sala rectangular que yo pensaba dividir por la mitad formando así otra área cuadrada donde muebles, lámparas, maniqués y tapices acompañarían a las estanterías repletas de productos artesanales y otra zona privada donde se encontrarían el almacén y un pequeño despacho. Solo necesitaba falsas paredes para crear mi sueño, pero, hasta que los obreros no dieran el visto bueno, el local no sería nada más que un almacén cochambroso y gris.

A las diez y media llegaron los obreros, fontaneros, electricistas y demás compañías para empezar con la obra. Me hubiese gustado que no se juntasen todos en el local, porque no hubo manera de organizarse, pero, si quería abrir lo antes posible, no podía permitirme el lujo de ir relajada.

Cuando todo estuvo decidido y aprobado, pasé el tiempo yendo de un lado a otro respondiendo preguntas de distintas índoles, por lo que, a la hora de la comida, cuando todos se fueron a descansar, yo me senté en una caja que alguien se había olvidado guardar en el almacén y observé mi alrededor deseando que todo terminara pronto.

A las once de la noche conseguí abrir la puerta de mi casa, dejarlo todo en

la mesita auxiliar sin muchos miramientos y sentarme en el sofá para poder cerrar los ojos y dejar la mente en blanco por primera vez en todo el día.

Me sentía exhausta a pesar de que yo no había hecho el trabajo. Los diferentes especialistas me habían prometido que en una semana estaría la mayor parte de la obra acabada y solo quedaría dar los retoques finales.

Me dirigí hacia la cocina extrañada de no ver a Jony por ninguna parte. Después de prepararme un bocadillo, subí las escaleras hacia su habitación. No estaba en su cuarto, ni en ninguna otra parte de la casa. Miré el reloj de pulsera y vi que solo habían pasado unos minutos desde que llegué a casa. ¿Dónde se habría metido? Desde aquel beso no había vuelto a la normalidad... No es que yo hubiera olvidado, pero intentaba hacer como si no pasara nada con ahínco, esforzándome por comportarme normal y que él no hiciera lo mismo me dificultaba terriblemente la tarea.

Jony comía fuera de casa, imaginaba que en algún bar de la zona y cuando estábamos los dos en casa se encerraba en su habitación con la excusa de que debía trabajar un poco... ¡Trabajar! Pero si estaba de vacaciones...

Al ir a colocar las cosas que había dejado descuidadamente sobre la mesita auxiliar vi que debajo de todo había una nota doblada con mi nombre.

„Susana, me marcho a la mansión ahora que los invitados de Jessica se han ido. Creo que me equivoqué al aceptar quedarme en tu casa en lo que durara mi estancia aquí. Esto se me está yendo de las manos y me siento muy incómodo aprovechándome de tu hospitalidad. Si necesitas cualquier cosa llámame al móvil a cualquier hora.

Jonatan. „

En mi interior no pude evitar pensar que huía, el muy cobarde, pero, por otro lado, me alegré de tener esta especie de tregua en la guerra interior con mis sentimientos. Me pasé toda la noche en vela, pensando en qué podía hacer para arreglar las cosas. A la luz del día pude ver que ambos necesitábamos tiempo para entender lo que sentíamos, pero eso no quitaba que me había pasado la noche rememorando la pasión con la que me había besado, recordando sus palabras... “*Tú y yo durante una semana seguida, juntos, sudados, cansados...*”.



Viernes – 3 de febrero

Tuvo que pasar una semana hasta que ideé una forma para que Jony se reuniera conmigo sin que sospechase de mis planes. La tienda ya había quedado prácticamente lista, solo quedaba pulir el suelo, quitar el polvo a las estanterías y lo más importante: ¡comprar la mercancía! Ya tenía algunas cosillas que había estado restaurando y a las que en esta última semana les había dado el toque final. También había hecho un pequeño inventario con los muebles que tenía en casa ya restaurados desde hacía tiempo y había seleccionado algunos que me vendría bien poner en venta en la tienda.

Estaba que saltaba de la emoción y quién mejor para compartir esa alegría que con el socio de mi empresa. Llamé a José desde la tienda aprovechando que ya tenía línea.

—¿Qué le has hecho a Jony, Susi? —me preguntó antes incluso de saludarme.

—¿Qué? ¡Yo no le he hecho absolutamente nada! —exclamé indignada.

—Pues lleva toda la semana encerrado en su habitación trabajando como si la vida le fuera en ello y apenas sale. Lleva ya tres días que pide que todas las comidas se las sirvan en su cuarto —Suspiré. Eso no era buena señal.

Quizás fuera más difícil de lo que yo creía conseguir convencerle para que saliera a comprar conmigo, pero tenía que intentarlo, no podía permitir que él conservara malos recuerdos de su estancia aquí, se lo había prometido y las promesas debían ser sagradas. Aunque, si no quería engañarme a mí misma debía admitir que tras una semana sentía añoranza de su compañía.

—Dile que se ponga, por favor. —Esperé un par de minutos y por fin Jony se puso al teléfono—. ¡Hola! Me preguntaba si querías ayudarme. —Usé mi

voz más alegre y crucé los dedos.

—¿Qué necesitas?

—Bueno. He pensado que te gustaría venir conmigo y ayudarme a elegir los muebles y quizá luego pasarnos por un par de sitios que yo conozco en busca de artículos para poner a la venta en la tienda. Por favor —susurré al ver que él no contestaba. Oí un suspiro y sonreí sabedora de que lo había conseguido tan fácilmente.

—De acuerdo, pásate a recogerme en veinte minutos, te espero en la puerta.

¡Genial! Tras colgar me permití ese saltito de alegría que llevaba conteniendo toda la semana.

Quince minutos después estaba frente a las rejas de la mansión viendo cómo Jonatan se dirigía con paso firme hacia mí. Siempre me había atraído la forma que tenía de andar, ágil y directa, como si fuera un peligro que avanza hacia su presa irremisiblemente. Era la forma de andar segura de alguien que se sabe poderoso.

—Ya estoy, ¿a dónde vamos?

—Hoy al ser viernes hay un par de mercadillos en un pueblo cercano, pero lo mejor será ir a tiendas de segunda mano, donde podrán tener las verdaderas joyas.

—¿Cómo vas a negociar los precios? Yo creo que si eres sincera te subirán más los precios que si creas una buena estrategia.

—He pensado en dejarte la elección a ti, que seguro que sabes negociar mejor que yo —reí suavemente.

—Creo que... —Se puso una mano sobre la barbilla, fingiendo una pose pensadora antes de continuar—. Sí, mejor que yo sea el que hable con los vendedores de los muebles, siempre has sido demasiado ilusa. —A pesar de que sabía que lo decía en broma no se lo discutí.

Recorrimos durante dos horas todos los puestos del mercadillo, algunos almacenes que había diseminados por la carretera y alguna que otra tienda que nos encontramos por el camino de casualidad. Tras comprar un par de organizadores y estanterías, cómodas y espejos, dejamos la dirección del local para que nos lo entregaran a lo largo de la semana.

Jony sugirió que nos alejáramos un poco de Madrid en busca de lo que nos faltaba, pues con lo poco que habíamos comprado no hacíamos nada. Reímos y hablamos durante todo el viaje, recorriendo Buitrago de Lozoya,

Somosierra, pasando también por Cerezo de Arriba y Cerezo de Abajo... Intentamos evitar por mutuo acuerdo temas escabrosos, nos reímos de mis travesuras infantiles y él me hizo un pequeño resumen de su vida en el centro de Madrid; sin embargo, no pudimos evitarlos durante mucho, pues tanto tiempo en un coche daba pie a confesiones.

—Dime una cosa, Susi... —Le miré intrigada al oír el tono serio de su voz—. La última vez que hablamos me dijiste que yo te había enseñado a dejar pasar las cosas... a ignorarlas. ¿A qué te referías?

—Bueno... No sé si debo... Es una tontería, déjalo pasar ¿vale? —Intenté sonreír sin mucho éxito.

—No quiero. —Me miró fijamente—. Dímelo, sea lo que sea, quiero saberlo.

—No es malo, solo que... me avergüenza. —Al ver que Jony no desistía, cedí—. Vale, pero que quede claro que es una tontería... Una vez, teniendo yo trece años, tú estabas saliendo con esa chica... No recuerdo cómo se llamaba... —Hubo tantas, pensé—. Y yo en ese momento había empezado a sentirme de otra forma cuando tú estabas cerca. Me gustaba cuando me prestabas atención, cuando te parabas un rato para hablar conmigo, ¿sabes?

—Sí, me acuerdo, me hablabas de los gatitos que había tenido la gata de Don Toño y de lo mucho que te gustaba tu nueva profesora... —Sonrió.

—Ya, pero no solo eso, sino que me gustaba que me mirases porque me hacías sentir el centro del universo, y yo... Bueno, me gustaba estar guapa para que, no sé, te fijases más en mí... Solo tenía trece años y nunca me había sentido así por un chico, pero tú debiste darte cuenta de que me había, no sé, encaprichado un poco contigo.

Me callé, avergonzada, sintiendo cómo la sangre se me acumulaba en los pómulos haciendo que me ardiese el rostro. Bajé las ventanillas y busqué la botella de agua que guardaba detrás de mi asiento, pero cuando justo la encontré con la punta de los dedos, Jony se inclinó hacia atrás cogiéndola para dármela ya abierta.

—Continua —susurró Jony. Le entregué de nuevo el agua, aprovechando cómo él se volvía a reclinar para observarle. El pobre parecía más tenso que la cuerda de una guitarra, sin embargo, no parecía dispuesto a dejar el tema hasta saberlo todo.

—En una de esas veces que vino tu novia a visitarte a la mansión yo te estaba siguiendo mientras te preguntaba si podías preguntarle a papá si me dejaría traer una mascota a la casa... —Jony se tensó más, incluso y me

agarró de un brazo y señaló hacia un lado para indicarme que parara en una zona de servicio cercana.

—Sí, recuerdo que querías acoger a uno de los gatos de Don Toño. Yo estaba saliendo con la hija de la panadera.

Asentí y cuando aparqué en la gasolinera continué hablando mientras fijaba mi vista en alguna parte delante de mí, recordando perfectamente los detalles.

Había sido un verano muy caluroso y los gatos del granjero habían sido el entretenimiento de mi grupo de amigas. Ese día había salido de mi cuarto en cuanto escuché la puerta del cuarto de Jony abrirse y le había seguido hasta la entrada de la mansión, sin saber que él se dirigía a abrir la puerta a su novia, que le visitaba dos veces por semana desde hacía dos meses. Duraba más que las otras, pero yo sabía que tampoco con ella aguantaría mucho. Cuando por fin se había dignado a mirarme, me quedé quieta y de mi boca no salió una palabra más.

Su mirada era interrogante, como si se acabase de darse cuenta de que yo estaba a su lado. Abrió la puerta sin decir nada y después, simplemente, me contestó que lo mejor era que le olvidase y dejara de molestarle. Obviamente me sentí muy ofendida, más incluso cuando vi que su novia se reía ante el comentario. Puede que estuviera acostumbrada a que Jessica hiciera lo mismo, pero no iba a permitir que esa chica siguiera haciéndolo, así que la miré fijamente y le dije lo que pensaba desde hacía bastante tiempo.

—Le dijiste que ya te reirías tú cuando ella no fuese más que otra ex llorona —recordó Jony.

—Sí. —Bajé la cabeza, avergonzada aun después de tantos años.

—Ya... Y yo me enfadé porque, precisamente, pensaba cortar con ella esa tarde, pero tras lo que tú habías dicho no podía hacerlo sin quedar como un imbécil, así que te dije algo para que te enfadaras... —Yo asentí suavemente con la vista clavada aun en mis piernas—. ¿Qué dije?

—Si no te acuerdas, ¿por qué no dejas el tema tranquilo?

—Porque para ti tiene una importancia que seguro no fue mi intención que tuviera. Veo cómo significó algo para ti que yo jamás intuí. Apenas recuerdo ese día y te aseguro que no fue nada memorable. Tuvimos una regañina, ¿y qué? Teníamos muchas...

—¡Me dijiste que me olvidara del chico que me gustase porque jamás significaría nada para él! —chillé indignada.

No me podía creer que no se acordara de semejante frase cuando para mí fue lo más parecido a una bofetada. Fue un comentario muy cruel que nunca

imaginé que me dijera, pero no me paré a pensar y, simplemente, subí las escaleras de dos en dos antes de cerrar de un portazo la puerta de mi habitación y echarme sobre la cama ahogándome en un mar de lágrimas.

—¡Por Dios, Susi! Era un imbécil en aquella época y estaba resentido con todo el mundo por haber tenido que salir el año anterior del colegio privado, no debiste hacer caso a lo que decía. No pensaba eso. —Jony se quitó el cinturón de seguridad y me cogió las manos.

—¿No?

—¡Por supuesto que no! ¿Quién no iba a quererte si eres maravillosa? — Mi corazón reaccionó latiendo tan rápido que pensé que hasta él podía oírlo.

—¿Maravillosa? —Asintió—. La verdad es que mamá me lo insinuaba continuamente, así que cuando lo dijiste tú supuse que debía ser cierto de alguna manera... Pensé que te habías percatado de lo que sentía por ti y de esa manera me decías que lo olvidara todo, y sobre todo a ti. —Jony suspiró y, quitándome el cinturón de seguridad, me atrajo hasta él para abrazarme mucho más fuerte que la última vez.

—Susi. Eres una mujer maravillosa... —Frunció el ceño y bajó la cabeza, ocultándome la expresión de sus ojos, pero no la tensión que había en su cuerpo—. Quiero pedirte perdón por lo que te dije el otro día, ¿sabes? Desde que vine no he hecho otra cosa que culparte por lo que me hacías sentir, por eso estaba tan brusco y encima voy el otro día y... el beso...

—No importa...

—¡Sí importa! —Hizo una mueca y me miró fijamente—. No puedo continuar queriendo algo que nunca debió ser mío, en mi interior algo está definitivamente mal y soy incapaz de verte como mi hermana. No debes hacerme caso, seguro que por ahí fuera hay algún estúpido que todavía no se ha dado cuenta de que eres la mujer más maravillosa que hay en el mundo.

—Estás exagerando y lo sabes... No necesito que me suban la moral, Jony. Sé quién soy y cómo soy. Puede que no sepa muy bien lo que quiero, pero eso no es un problema.

—Es solo que no quiero que te sientas menos que nadie. —Por fin se separó de mí buscando mis ojos, buscando mi comprensión.

—Lo sé. Gracias. —No había más que decir.

—Volvamos a casa.

Llegamos a la mansión a la hora de comer y vimos que Jessica nos esperaba en la puerta vestida de punta en blanco con uno de esos vestidos con los que yo podría pagar el alquiler durante dos meses. Nunca había entendido

esa fascinación que encontraba por la ropa cara. Yo me conformaba con que mi ropa me durara y no se estropease a los dos meses de comprármela.

—¡Qué bien que halláis llegado ya! Están a punto de servir la comida y he pensado que os gustaría que comiésemos todos aquí. en una bonita reunión familiar. —¿Y qué más?! Pensé.

No me fiaba ni un pelo de los motivos por los que mamá había decidido compartir su mesa con nosotros, pero tampoco había ningún motivo para negarnos sin quedar a malas con ella. Miré a Jony para averiguar lo que pensaba, pero él la miraba a ella y sus rasgos no dejaban ver qué pasaba por su cabeza.

Accedimos y entramos al calor de la recepción. La casa se hallaba en silencio y los tacones de Jessica resonaron como disparos que pusieron todo mi cuerpo en alerta, en previsión de alguna de sus crueles ideas. Cuando entramos al comedor vi que José ya estaba sentado a la mesa ya puesta, con un periódico en las manos y de fondo se oían las noticias en una vieja radio.

—Sentaos, enseguida sirven la comida. —Jessica sonreía con dulzura mientras se servía un vaso de vino—. Espero que os guste el arcoíris de salmón que hay de primero. Susi cariño, tu no podrás comer el segundo, que lleva cuscús. No te importa ¿verdad? —Sonreí para mis adentros.

—Bueno, sabiendo que íbamos a venir a comer, bien podías haberte dado cuenta antes. —Su cara consternada ante mi tono de voz no me engañó ni por un momento.

—¡Vaya, cariño! No te enfades, no se me había pasado por la cabeza. La verdad es que no he pensado en esta comida familiar hasta que no he oído tu coche. —¡Ya, seguro!—. Bueno, no importa, seguro que te viene bien comer solo el primer plato para así poder perder esos kilitos de más que te sobran, cariño.

La miré tranquilamente, acostumbrada a ese tipo de críticas que solo tenían el fin de volverme insegura, algo que llevaba haciendo toda la vida y que a mí ya ni me importaba, pues sabía que mi peso era la envidia de cualquier mujer. Aun así, me sorprendió mucho que Jony saliera en mi defensa con un comentario mordaz.

—No creo que Susi se solidarice contigo, Jessica. No puedes pedirles a tus invitados que sigan tu ejemplo cuando es obvio que no lo necesitan. —La cara de mi madre se puso de todos los colores y miró a José enfurecida.

—¿Ves cómo me ataca a la mínima? ¡¿No piensas decirle nada?! —Gritó—. No, claro que no. Tú nunca me defiendes. —Y, seguidamente, se dispuso

a salir de la sala. José se levantó, dejando el periódico muy despacio sobre la mesa.

—Vuelve aquí ahora mismo, Jessica, y siéntate ¿No querías una comida familiar? Pues la tendremos.

Jessica dio media vuelta y miró colérica a José. No debía sentirse muy segura de sí misma si no se había ido ya.

—Siéntate, vamos a comer en familia, sean cuales sean las consecuencias. Él no te ha ofendido, te ha puesto en tu lugar, así que de ahora en adelante procuraría atar esa lengua. —Tras decir eso se sentó y volvió a su lectura.

Yo miré inquisitiva a Jony, pero este parecía tan sorprendido como yo del comentario de papá.

Al parecer, José quería ganarse de nuevo la confianza de su hijo. No era raro, el hombre lo había pasado mal en la vida y se había dado cuenta demasiado tarde de que no estaba bien lo que hacía, solo había sentido sus actos cuando ya no le quedaba casi nada de verdadero valor. Tan solo esperaba que Jony le diera una oportunidad para redimir sus acciones.

Por otro lado, estaba mamá. Me había extrañado su comportamiento, ya que unos años atrás no le hubiese importado lo más mínimo que José la recriminara; habría salido de la sala con el porte de una reina, retando a todos los presentes a que dijeran algo. Jessica tenía formas muy sutiles, hasta crueles, de vengarse y a nadie le apetecía ser el objetivo de sus iras.

El comedor había quedado en silencio y, cuando llegó el servicio con la comida, ya nadie tenía mucho apetito, pero todos comimos y a nadie se le ocurrió sacar un tema de conversación hasta que José terminó el primer plato.

—Bueno, contadme qué os traéis entre manos. Hace ya un mes que viniste Jony y, aun así, no te he visto muy a menudo, las pocas veces que he sabido de ti estabas trabajando. Lo que me recuerda que he oído comentar que tú, Susi, has comprado un local que estás reformando. ¡Menuda noticias me estabas ocultando! —Sonrió.

A pesar de que nos estaba hablando a los dos, solo miraba a Jonatan. Supuse que quería mostrarse atento y dejar que nosotros le hablásemos de nuestros planes como haría una verdadera familia.

Miré a Jony al notar que José miraba de reojo, buscando averiguar si confiaba lo suficiente en él como para contarle la verdad o si, en cambio, evitaría el tema y mentiría. Decidí demostrarle que las cosas habían cambiado entre José y yo, pero no quería que Jessica se enterara así que tomé una decisión.

—La verdad es que es un tema algo largo. —Mi voz salió aburrida mientras mis ojos miraban fijamente a José queriéndole indicar que estaba fingiendo—. Más tarde, si quieres, lo hablamos mientras me enseñas la biblioteca, quisiera tomar prestados un par de libros de tallado que necesito.

Jony no mostró signos de que se sorprendiera, pero algo en su postura me decía que estaba alerta. Sabía que para él era una sorpresa que hubiese perdonado todo lo que José me hizo, todo lo que sufrí en aquella casa, pero hacía tiempo que había entendido que las personas a menudo se equivocan en sus decisiones y que los adultos con pasados tormentosos podían pagar sus frustraciones con la persona que menos lo merecía. Seguía pareciéndome un comportamiento espantoso, pero yo no era quién para juzgar a nadie. Para mí el pasado estaba medio enterrado y hacía constantes esfuerzos para enterrarlo definitivamente.

JONATAN

Si me hubiesen preguntado cómo fue la comida familiar, solo hubiese podido relatar hasta el momento en que vi cómo mi padre y mi hermana quedaban en verse en la biblioteca, porque me quedé noqueado viendo cómo entre ellos fluía una corriente de secretos y confidencialidades. No había imaginado que su relación hubiese mejorado tantísimo, a pesar de lo que ella me había contado hacía más de dos semanas. Me daba rabia pensar que Susi había conseguido lo que yo me esforcé tantísimo en lograr sin ningún resultado.

Terminamos de comer y José preguntó quién quería tomar café, a lo que Jessica rehusó y se marchó dignamente de donde no se la quería, según ella. Mi padre, ignorando el comentario, nos indicó que le siguiéramos a la biblioteca, señalándonos al entrar que nos sentáramos.

—Bien, contadme qué es lo que os traéis entre manos.

Susi empezó entonces a relatarle cómo yo le había informado del dinero que tenía y cómo decidió entonces, gracias a mis consejos, coger un local para abrir su propia tienda de antigüedades. Lo presentaba como una historia en conjunto, mirándome cuando hablaba de mis intervenciones, pasando por alto el que yo no dijera ni una palabra, mientras, entusiasmada, le contaba sus planes a José.

—La verdad es que no hubiese contemplado coger un local tan grande si no fuera porque Jony ha invertido una cantidad de su dinero... —Pensativa me miró—. Ahora solo queda que haya merecido la pena, ¿no crees, papá? Espero que no haya gastado dinero para nada. —Una ligera tristeza asomó en sus ojos, pero enseguida desapareció.

—Te aseguro que, con Jonatan como socio, ese local no puede ir mal —rio José—. Sé de buena tinta que es un as en ese aspecto. Yo mismo he ganado una pequeña fortuna con su empresa.

—¿Cómo? —Preguntamos los dos al unísono.

—Bueno, no pensarías que ignoraba tus logros, ¿verdad? Hace tiempo que invertí una pequeña cantidad cuando tu negocio salió a bolsa y, hasta ahora, no ha hecho más que crecer.

Él me miró directamente a los ojos y pude contemplar cierta congoja en su mirada. Susi se levantó y empezó a rebuscar silenciosamente entre los libros que llenaban las estanterías, queriendo dejarnos espacio.

—Si te soy sincero, al principio lo hice para que cuando tu empresa quebrase, pudiera echártelo en cara —confesó arrepentido—, pero al poco tiempo me di cuenta de que eso no iba a pasar y me sentí muy orgulloso de ti.

La ira se mezcló con un sentimiento de frustración debido a lo bien que me hizo sentir el que por fin mi padre me dijera que estaba orgulloso de mis logros, algo que llevaba muchos años esperando, pero que llegaba con demasiados tiempo de retraso.

—¿Quieres decir que ahora que el negocio va bien te sientes orgulloso? Si hubiese ido mal seguramente no hubieses cambiado de opinión, José —comenté amargo.

—Puede que haya hecho muchas cosas mal, muy mal, pero hace tiempo que me di cuenta de ello y como ya le comenté a Susi, tengo asuntos pendientes con los dos. Con Susana ya he hablado y, aunque ella insiste en perdonarme, yo sé que no tengo perdón... —Miró cómo Susi se ponía de puntillas para alcanzar uno de los libros de artesanía antigua. Sabía lo que veía mi padre. Veía a una chica demasiado buena a la que la vida había tratado muy mal. No se podía negar que tenía carácter, pero todos sabíamos que era bastante difícil hacerla llegar al límite—. No se puede decir que tenga toda la vida por delante para eximirme, pero intentaré recompensarla por todos estos años.

—Ya, pero...

—No hay peros. A ti también te debo mucho, más incluso de lo que te imaginas. No fui el padre que te merecías y nunca tuve la fuerza necesaria para cambiar, para protegeros a los dos.

Las horas fueron pasando mientras José me contaba la historia de cómo había descubierto una triste mañana que se sentía cansado de los juegos que se traía Jessica y de cómo había recapitulado hasta darse cuenta de que lo que más le había importado en un principio ya no estaba, me había marchado de su lado y difícilmente podía él reprochármelo. Me contó cómo, el día que me marché, se enfureció y pagó su dolor con Jessica, quien, desde ese momento, le respetaba más y temía su ataque de ira. Susi se había marchado en algún

momento diciendo que iba a su coche a guardar los libros que había escogido.

—Desde ese momento mi atención se centró en Susana. La pobre pagó todos y cada uno de los momentos en los que la frustración me ahogaba porque tú no estabas. Fueron contadas las ocasiones en las que la ira me cegó hasta el punto de levantar la mano, pero son esos momentos los que me perseguirán toda mi vida.

Miró hacia las ventanas y sus manos se cruzaron para tratar de para el temblor que las recorría. No sabía con exactitud qué era lo que sentía en esos momentos, solo notaba que la rabia había desaparecido y en su lugar había un denso cansancio. Susi debió pasarlo muy mal en aquella época siendo atacada por dos bandas, sin nadie que la protegiese de tanta crueldad.

—Ella me perdona —dijo suspirando—. Me sorprendió mucho el día que tuve el infarto ella fuera tan fuerte, más que ninguno de nosotros, y se quedó a mi lado, a pesar de que yo sabía que era lo último que le apetecía. Intenté entablar conversación con ella, pero me costó más de lo que me imaginaba. Susi simplemente me miraba con esos ojos llenos de lágrimas, tan tristes... — Su mirada volvió a dirigirse a mí y vi en sus ojos un cansancio más profundo que el mío, una carga que debía pesarle lo suyo—. Fue bastante después cuando le confesé lo arrepentido que me sentía. Ella se había hecho con el control de mi vida, ¿te lo imaginas? Es una mandona y no lo supe hasta que estuvo aquí en casa cuidándome. Cuando se lo conté, ella simplemente me miró y me dijo que me perdonaba todo, que, si estaba dispuesto a cambiar, ella no tenía por qué juzgar mi comportamiento pasado.

—Ella es así —comenté.

—Sí. Le pedí que me perdonase todo lo que os había hecho, pero sé que contigo no es igual, ¿verdad?

—Conmigo no lo tienes tan fácil. —Era la verdad y no pensaba maquillársela.

—Sé que eres muy fuerte y que para ti era habitual mi mal humor, me ignorabas cuando no te convenía lo que te decía y restabas importancia a mis amenazas, pero, sin embargo... —Se sentó más derecho en el sillón, apoyándose en la mesa—. Siempre noté cómo te ponía rojo de rabia, de ira, cuando ella lloraba.

—No creo que... —No sabía muy bien qué decir.

Él se levantó de detrás del escritorio y se sentó en el sillón que había a mi lado. Sus manos temblaban y su mirada evitaba la mía.

—Debo contarte algo muy importante. El otro día no pude y desde

entonces he perdido un poco el valor, pero veo lo que sucede, lo que está pasando y no puedo dejar que sigas tu vida sin saberlo.

—¿El qué? Es algo relacionado con la caja que me enseñaste el otro día, ¿verdad?

—Sí.

Suspiró levantándose y acercándose a una de las estanterías con puerta de cristal. Buscó durante unos segundos en sus bolsillos hasta que dio con un pequeño llavero que usó para abrir la cristalera y sacar la caja de la última vez.

—Debí dártela hace años, pero nunca quise que me dejaras solo, así que mentí y oculté la verdad intentando olvidarla yo mismo. Para mí siempre has sido y serás mi hijo, pero ahora veo que lo mejor es que la verdad se sepa.

—¿De qué hablas? —pregunté confuso por sus palabras.

—Jonatan, yo... tenía treinta y cuatro años y mi fortuna empezaba a resultar demasiado para un hombre solo. Sentí deseos de formar una familia, pero debo admitir que nunca se me dio demasiado bien congeniar con las mujeres, así que pensé que no necesitaba una mujer para tener un heredero al que moldear para ser digno del imperio que en mis sueños tenía.

En mi pecho comenzó a crecer un doloroso vacío, un presentimiento nefasto que amenazó a mi corazón haciéndolo latir torpemente. Miré fijamente la caja que descansaba en las manos de José mientras él se sentaba de nuevo en el sillón a mi lado.

—Contacté con una mujer con problemas con las drogas que deseaba dar a su hijo en adopción. El bebé iba a nacer en pocos meses y si nadie lo quería, iría a parar a los servicios sociales.

—¡Dios mío! —jadeé—. Esto es una especie de broma macabra ¿no? No me puedo creer que seas tan ruin como para seguir jugando conmigo de esta forma. ¿Ahora pretendes hacerme creer que no soy hijo tuyo?

La rabia nublabla mi mente y los pulmones se negaban a coger aire con normalidad, quizás debido a que el vacío que había crecido en mí era ahora inmenso, ennegreciéndolo todo a mi alrededor.

—Jamás deseé jugar con tu vida, Jony. En esa época no sabía que iba a conocer a Jessica, ni que me iba a casar de penalti...

—¿¡Qué!?! —La conmoción me tenía fuera de juego. Miré sobre mi hombro comprobando que Susi no hubiera regresado—. ¿Esperas de verdad que crea eso?

—No hago más que decirte la verdad, no te mereces seguir creyendo una

mentira. —Alzó la voz angustiado—. Te adopté y tardaron tres años en darme definitivamente tu tutela, pero meses después conocí a Jessica y ella se quedó embarazada de Susi. ¡Tenía que casarme con ella! No era lo que quería, pero no iba a dejarla sola en ese estado.

—No puedo creerlo —dije levantándome y retrocediendo hasta la puerta—. Adoptado... Esto tiene que ser un sueño, una pesadilla espectacularmente realista.

Me marché furioso por la puerta y me encerré en mi antiguo cuarto, buscando una salida de aquella alucinación. El corazón ahora me iba a mil y la cabeza me daba vueltas mientras latía y latía.

Me senté en el banco que había al pie de la ventana, desde donde veía a Susi sentada en su coche, leyendo en el asiento del conductor. Oí la puerta principal abrirse y vi a José llamar a la ventanilla captando la atención de ella, diciéndole algo. Susi sonrió y apretó fuerte la mano de él antes de encender el motor y salir dando la vuelta en la entrada mientras se despedía con una mano.

La cabeza me daba vueltas y, si no fuera porque sabía que era casi imposible, creería que me estaba dando un ataque al corazón ¿Cómo podía haberme pasado esto? Hacía unas horas era el hermano loco que deseaba a su hermana y ahora... ¿y ahora? No sabía qué iba a hacer y no me sentía con fuerzas para nada así que bajé las persianas y me metí en la cama, deseando que al despertar todo fuera una pesadilla que me devolviese a mi vida infernal de siempre.



Sábado – 4 de febrero

Mis piernas me enviaban calambres por la espalda y el estómago y me caían gotas de sudor en los ojos, la respiración se me quedaba atascada y, en el costado, un punzante dolor me obligaba a mantenerme encorvado, pero no podía parar. El terror, la angustia y el cansancio luchaban en una ardua batalla que ninguna parecía poder ganar, pero lo peor no era eso, sino la soledad que parecía querer llevarme con sus oscuras y neblinosas garras a un lugar donde jamás podría tener de nuevo la oportunidad de alcanzarlo...

Estaba tan cerca...

Justo cuando otra gota entró en mi ojo derecho y cuando estaba convencido que mis piernas se doblarían haciéndome derrumbarme agotado, vislumbré en la oscuridad un pedazo de tela que estaba seguro pertenecía a aquello que llevaba tanto tiempo buscando, ¡casi lo tenía!

Estiré los brazos, rogando que estos estuvieran lo suficientemente fuertes para poder sujetar ese pequeño trozo de ropa. Sin embargo, no necesité correr más, pues la tela pareció girar y el objetivo de mi persecución de pronto se me enfrentó cara a cara.

Por un tiempo, pensé que era ella, mi eterna compañera en sueños, la mujer que me volvía loco tanto despierto como dormido, pero frente a mí no había nadie, era un simple espejo que no me reflejaba a mí, sino a través del que veía una habitación femenina. La tela que perseguía no era otra cosa que las cortinas que decoraban la ventada del dormitorio en el que había pasado algunos ratos, acompañado de mi compañera de infierno.

Susi...

Desperté con la angustia bañándome y sintiendo que me faltaba la

respiración. El día anterior había sido demasiado para mí. Demasiado para cualquiera, estaba seguro.

Aprovechando que ese día me había levantado temprano llamé a Gonzalo. Habían pasado más de dos semanas y no sabía nada de mi contable.

Tras charlar unos minutos con él, me confirmó que ya había revisado la cuenta de Susi y estaba barajando varias posibilidades. Tras discutir sobre los pros y los contras, por fin llegamos a una solución y me aseguró que la semana siguiente me enviaría los papeles por correo. Me negué a contarle nada cuando me preguntó por mí al notar mi estado de absoluta apatía. Nada parecía importarme lo suficiente, me sentía cansado y roto. Y muy furioso.

Había pasado una noche bastante mala y no me podía sacar de la cabeza la conversación que mantuve con José, oyendo en mi mente cada palabra, buscando sentido a todo este lío.

Añadido a todo el embrollo estaba el conocimiento de que Susana y yo ya no éramos familia. Ese pensamiento daba continuas vueltas en mi mente, buscando un lugar donde asentarse y florecer convertido en esperanza. Esperanza que yo procuraba matar tan pronto surgía. No podía pensar en eso, no me sentía cómodo con la idea porque, puede que yo me sintiera de cierta forma liberado, sabía que ella no tenía por qué verlo así.

Durante todo el tiempo, mi mente regresaba una y otra vez al momento que José me lo contó, también al día en que besé a Susi y, a lo que era peor, si ya no era el hijo de José Zayas y nunca había sido el de Jessica Burton, tampoco era el hermano de Susana... Entonces ¿quién era yo?

Así iba a ser imposible trabajar, por lo que me levanté de la mesa que usaba de joven para estudiar y que ahora estaba repleta de papeles llenos de números y de propuestas para reportajes de lo más corrientes. Parado delante de la ventana observaba el frontal de la parcela, lo que Jessica había convertido en un primoroso jardín que su jardinero cuidaba con mimo. Con el paso del tiempo ese jardín había sido testigo de muchísimas cosas, como del día gris que se presentaron una señora y una niña con intención de quedarse para siempre en lo que hasta ese momento había sido mi hogar, o como las noches furtivas en las que me escapaba de la mansión para besuquearme en la parte más lejana de la parcela con la chica de turno... Recordaba la foto que estaba en mi despacho, la que representaba mi vida de forma tan precisa. José y Jessica fingiendo ser la pareja del año, centrados en cámara buscando ser los protagonistas y Susi y yo desenfocados, abrazados por accidente, representando lo que era nuestra vida... Juntos por accidente, pareciendo

felices sin querer, sin darnos cuenta. Rememoré la cara de Susi cuando le dije el dinero que tenía y su inmediata reacción, recordaba sus ojos la vez que la besé en el jardín de su casa, cuando me echó en cara no haberla abrazado nunca de verdad.



Domingo – 5 de febrero

—¿Diga?

—Necesito verte, ¿podemos quedar en tu casa en media hora? —Mi voz sonaba igual de ronca que la de Susi, pero hasta que no escuché la suya, el peso sobre mi pecho no pareció aligerarse.

—Humm, pues claro. —Podía notar la duda en su voz—. ¿Pasa algo malo?

—Solo necesito hablar contigo. Nos vemos. —Colgué.

Miré el reloj y vi que marcaba las seis de la mañana. Pobre Susana, seguro que estaba cansadísima después de una semana de duro trabajo, pero, tras despertarme de la misma pesadilla del día anterior, ya no aguantaba más mi voz dentro de mi cabeza, quería hablar con alguien que no fuera yo mismo o mis empleados de Madrid.

Media hora después estaba delante de la puerta de Susi, con un dolor de cabeza que me nublaba la vista y dudando si contarle lo que sabía a ella. Llamé al timbre lo más suavemente posible para no despertar a ningún vecino, en especial a uno cotilla que se moría por los huesos de mi... de Susana.

Ella me abrió poco después con el rostro sonrosado por el sueño y su bata blanca firmemente anudada. Era una mujer muy hermosa y la calidez del sueño la envolvía, haciendo que mi mente se la imaginase en la cama, su cuerpo pegado al mío en un tierno abrazo mientras el sueño de una larga y tranquila noche se alejaba. La veía volverse entre mis brazos y alzar su rostro para dejar que mis labios recorrieran cada milímetro de su piel, saboreando su dulzura.

—¿Jony? —Susana me tocó el brazo, devolviéndome a la realidad.

—Perdona, tenía la cabeza en otro sitio.

—Da igual, venga, pasa.

Ella me precedió hasta la cocina, donde ya tenía encendida la cafetera, y apartó la sartén del fuego cogiendo con la espátula una tortita y dejándola encima del resto. El olor resultaba delicioso y mi estómago gruñó en protesta por la mala alimentación de los últimos días.

—Yo también tengo mucha hambre —se rio ella después de oír mi estómago—. Pero debo admitir que hoy, precisamente, podría haber cambiado el desayuno copioso por un sueño hasta tarde.

Me miró interrogativa mientras me pasaba un plato de tortitas y el bote de sirope de chocolate. Lo cogí todo y busqué en la nevera el bote de nata, dándome un poco de tiempo antes de volver junto a ella para que las imágenes de antes se desvanecieran del todo.

—¿Qué ha pasado Jony? —preguntó suavemente cuando me senté a su lado en la mesa del salón.

—Yo... El viernes hablé con José.

—¿Con papá? —Sonrió—. Bien, me preocupaba que no fueseis capaces de arreglar la situación...

—No hay nada que arreglar, Susi —la interrumpí—. Las cosas no están mejor, al contrario.

—¿Qué dices? ¿Por qué?

Corté un par de trozos de las tortitas y los mojé en sirope, pero antes de metérmelos en la boca decidí que, por mucha hambre que tuviera, mi estómago estaba demasiado revuelto para probar nada. Aparté el plato y me giré para ver su cara mejor.

—José me ha... Nos ha estado engañando —rectifiqué—. Cuando me confesó la verdad no pude creérmelo, todavía no me lo creo, pero ¿qué iba a ganar diciéndome eso? Solo puedo pensar en eso, en eso y en que ya no somos...

—Jony, estas farfullando y no entiendo ni una palabra de lo que dices. ¿Qué te ha dicho papá que te ha trastornado tanto?

—Susi, déjame hacerte una pregunta y contesta con total sinceridad. —La agarré de las manos y ella se giró para quedar frente a mí—. ¿Recuerdas que me prometiste crear buenos recuerdos nuevos para que tuviera motivos para volver?

—Sí, claro.

—¿Lo dijiste en serio?

—¡Por supuesto! ¿Por qué lo preguntas?

—Voy a necesitar que cumplas tu promesa cuanto antes.

Una idea descabellada empezó a tomar forma en mi mente, una forma muy dulce de crear un recuerdo imborrable para ambos, un recuerdo que me permitiera saborear su piel sin necesidad de más mentiras, ni más impedimentos.

Tomé aire dispuesto a poner sobre la mesa mis más oscuros secretos, mis más prohibidos deseos, a sabiendas de que ella se negaría al principio, pero con la esperanza de que la falta de parentesco entre nosotros fuera más fuerte que su testarudez. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, el timbre sonó varias veces y el ladrido de un perro me hizo sospechar quién podía ser el culpable.

—Un segundo, voy a ver.

Susana abrió la puerta, pero desde donde estaba no la veía, ni a ella ni a la visita, así que me levanté sigiloso, intentando que ninguno se diera cuenta de mi presencia.

—Era imposible no notar el olor de tus tortitas, cielo —comentó Javier con una sonrisa pícara.

—Ahora estoy ocupada —susurró ella—. Mi hermano está en casa y parece un poco nervioso. ¿Nos vemos luego mejor?

—Emm... Claro, no te preocupes. La verdad es que solo necesitaba verte después de lo de anoche.

Ambos sonrieron. Lentamente, él la sujetó de la cintura, atrayéndola hacia su cuerpo para besarla suavemente, en sus ojos rebosaba el deseo y ella le acariciaba el pelo mientras sus labios continuaban unidos sin percatarse de mi presencia. Carraspeé incómodo, con el corazón ardiendo de dolor, roto por dentro, y ellos se separaron bruscamente. Susi me miró roja como la grana, mientras que él me observó con fastidio.

—Perdón, no quería interrumpir, solo venía a ver quién era. Te espero dentro, Susi.

Cuando unos minutos después ella regresó a la mesa, yo ya había recompuesto mi mente a pesar de que en mi interior todo era un caos de emociones contradictorias. ¿Qué derecho tenía yo de negarle a ella un verdadero amor solo porque la deseara más que a nada en el mundo? A pesar de que mi cuerpo ardiera por ella, incluso aunque el dolor me acosaba cuando recordaba el camisón de encaje que llevaba la primera noche que dormí en su casa, nada de eso le daría la felicidad mientras que, muy a mi pesar, tenía que reconocer que su vecinito bebía los vientos por ella y puede que realmente pudiera hacerla feliz.

—Perdona la escena.

—No tienes que disculparte. No sabía que estabas saliendo con él

—Fue algo que surgió la otra noche, yo... Me confesó que llevaba mucho tiempo fijándose en mí. Es... no es algo, digamos, serio. Es algo confuso y yo también me sentía muy confusa y, no sé, surgió.

—Claro, es normal. Quizá debiera irme.

—¡No! —exclamó—. No digas tonterías, estas muy nervioso. Cuéntame qué pasa inmediatamente.

—Pensé que podría contarlo, pero puede que no esté preparado...

—Pero, Jony...

—Déjalo. Otro día lo hablamos, ¿vale? Pero deja que yo mismo lo entienda, porque no sé ni por dónde empezar.

Tras levantarme de la silla, cogí mi abrigo y me marché sin mirar atrás. No tenía que haber ido, no cuando ni yo mismo sabía lo que quería. ¿Sería peor decírselo que contarle la verdad? Ella sentía algo más, lo notaba, pero nada tenía sentido en mi mente y lo mejor sería esperar y ver cómo se desarrollaba la situación.



Lunes – 6 de febrero

Era lunes, día de entrega. Susi no me había llamado para pedirme ayuda, pero supuse que agradecería tener un par de manos extras para ayudarla a colocar y así de paso aprovechaba para intentar aclarar mis ideas, mis sentimientos. ¿Podría alguna vez tener la fuerza de voluntad suficiente para no verla? ¿Para no acudir en su ayuda, aunque ella no me lo pidiese? Más importante aún, ¿sería lo suficientemente fuerte para alejarme de ella ahora que podía ser feliz con su vecinito?

Al llegar al local comprobé que estaban colocando el soporte donde iría el cartel con el nombre de la tienda y me sentí asombrado con el cambio que se había producido desde la última vez que pasé por allí.

Todo estaba diferente, más llamativo y elegante, llamaba a pasar y a entrar en calor. Desde el pequeño escaparate podía ver cómo Susi limpiaba la caja registradora, mientras que un par de hombres subidos a una escalera en precario equilibrio observaban el hueco donde debía ir uno de los halógenos.

Al abrir la puerta, un tintineo advirtió a Susi de mi presencia y la vi sonreír.

—¿Has venido!

—Pensé que te vendría bien una ayudita.

Ella asintió y me indicó que la acompañara hacia la zona privada. La puerta estaba cubierta con una especie de marco de madera y tela, por lo que el manillar quedaba escondido, se podía abrir gracias a que alguien había colocado una cuña que impedía que cerrase del todo.

—¿Qué le pasa a la puerta?

—Nada, es una sorpresa que podrás ver el día de la inauguración — comentó misteriosa. No hacía más que sonreír y poco a poco se me contagió su entusiasmo.

Caminamos por el pasillo hasta llegar a una puerta metálica en la que un

cartel indicaba que era el despacho. Susi no paraba de hablar, contándome lo afortunada que había sido, la rapidez con la que habían trabajado todos los especialistas, lo cara que estaba la pintura y lo poco que le gustaba tener que esperar hasta que las licencias estuvieran listas.

—Pero lo mejor es que este cuarto ya está listo. Es tan bonito...

Abrió la puerta con un suspiro y entré en una sala tan extravagante como perfecta. Las paredes tenían el dibujo de una playa soleada, pero una de ellas estaba llena de pequeñas ventanas redondas que simulaban ser burbujas de la espuma del mar y que dejaban pasar un montón de luz natural.

—¡Vaya! Es muy bonito.

—Me encanta, si tengo que pasar mucho tiempo aquí seguro que será mejor teniendo estas vistas.

—A la larga ni lo notarás —la piqué

—¡Ni lo sueñes! Será imposible no disfrutar de esta imagen tan bonita.

Poco a poco la mañana fue pasando y varios pedidos de muebles llegaron en camiones de reparto desvencijados. No creía que tuviéramos la suerte de que llegaran todos en perfecto estado, sin embargo, tuve que admitir que ninguno tenía golpes, ni ralladuras y los transportistas fueron bastante amables, teniendo en cuenta que tuvieron que meterse por la callejuela lateral para llegar a la puerta de descarga.

Al finalizar la tarde, justo cuando estábamos a punto de apagar las luces y cerrar, Susi me cogió de la mano y me llevó hasta la caja, metiéndose ella detrás para sacar un paquetito rectangular que dejó encima de la mesa, entre los dos.

—Quería devolverte el regalo que me trajiste de Madrid —contestó a mi mirada interrogante—. Pero también quería mantener mi promesa de crear buenos momentos, así que me gustaría que aceptaras mi regalo.

Abrí la cajita despacio, dejando que mi mente guardara cada segundo de ese momento, permitiendo que su olor me envolviese y sintiéndome realmente divertido al ver cómo ella se impacientaba.

En el interior de la caja había una cadena de la que colgaban una moneda algo desgastada y una medallita de plata con una laboriosa “S” tallada.

—Pero... esta medalla es tuya. —La miré asombrado.

—Sí, me la regaló papá el día de mi comunión. Y la moneda es la que usaste el primer cumpleaños que pasé en la mansión y no en el internado. Cuando nos mandaron a dormir tú me dijiste que esperara despierta a que llamasen a la puerta.

—Es verdad. Tenía dieciséis años y me puse mi mejor traje porque quería hacerte el mejor espectáculo de magia del mundo. —No me había acordado de esa noche hasta que ella lo había mencionado.

—Ibas muy guapo —rio ella—, y entraste en mi cuarto con un gran sombrero de copa donde guardaste mi coiletero favorito y lo convertiste en esa moneda.

Me reí divertido, nunca supe dónde había mandado el dichoso coiletero, pero a ella no pareció importarte perderlo.

—No puedo aceptarlo...

—¡Claro que puedes! Así podrás recordarme siempre, junto con uno de los mejores momentos que pasamos. Me encantaba que pensaras siempre en mí, era como tener a mi propio príncipe azul. —Avergonzada se giró hacia el panel de luces, apagándolas todas y dejándonos a oscuras. Fue tan bonito... Me tocó tanto el corazón que me negué a dejarla sentirse mal cuando lo cierto es que yo me sentía igual a mi manera.

—Tú eras la única con la que me sentía capaz de ser buena persona, así que eso te convierte en mi hada madrina, ¿no?

—Yo no hago realidad los deseos de nadie, Jony... —susurró antes de abrir la puerta del local, quedándose fuera esperando, que yo saliese para cerrar con llave y echar la verja.

El camino de vuelta a casa fue silencioso, cada uno inmerso en su propia mente. ¿A qué se refería al decir eso? Puede que ella no creyese en esas cosas románticas, pero me daba la sensación de que, por el contrario, Susi era terriblemente soñadora, aunque quisiese negarlo.



Viernes – 10 de febrero

El miércoles llegó a la mansión un sobre para mí con una bonita invitación de la tienda de Susana. Tenía un llamativo logotipo y el papel estaba tratado para que pareciese antiguo. La tienda se abriría por primera vez al público al día siguiente con una pequeña fiesta en la que habría champán y pequeños regalos para todo aquel que comprara un mínimo de diez euros. Arturo me informó de que José había pensado que seguramente ellos no se pasaran hasta que la tienda no estuviera más consolidada, lo último que le convenía al negocio sería a Jessica malmetiendo entre la clientela e intentando minar la seguridad de la dueña. Estuve totalmente de acuerdo y agradecí que José no hubiese querido decírmelo en persona. Seguía bastante enfadado e intentaba evitarles todo lo que podía. Llevaba varios días comiendo en el asador del pueblo, no tenía ninguna gana de mirar la cara de esos dos mentirosos.

Así que el viernes entré por la puerta solo, asombrándome cuando me recibió el sonido de las campanillas y el ruido de conversaciones en voz alta, decenas de conversaciones. ¡Cielos! La tienda estaba llena a rebosar y Susi, con un bonito vestido blanco, atendía en el mostrador en el que había bastante gente esperando su turno.

Cuando me vio me indicó que me acercara.

—Lo que hace dar regalos ¿verdad? —susurró para que nadie excepto yo lo oyera.

—Esa siempre será la mejor estrategia para llenar un local.

—Casi no me lo puedo creer. Pensé que nunca conseguiría llenar la tienda.

La observé detenidamente mientras atendía a la clientela. Brillaba con luz propia, sus ojos, sus mejillas. Todo se iluminaba y, sumado a una sonrisa que le ocupaba toda la cara, era como ver el sol. La gente entraba, cogía una de las cestas que estaban preparadas para que no tuvieran que tener todo en las manos y se adentraba en el local en busca de pequeños tesoros para agrandar

sus colecciones o empezar nuevas.

Aprovechando que Susi estaba tan ocupada, decidí darme una vuelta y ver cómo había quedado todo.

Habían cambiado y pulido el suelo. De las paredes de madera colgaban, en un ordenado caos, cuadros, telares y tapices que llamaban al cliente a comprar belleza. Me fijé en las estanterías que contenían los objetos que habíamos encontrado el día que fuimos de comprar. La parte delantera tenía talladas flores de lis y en una de las estanterías colgaba un cartel en el que se leía “Artículos locales”. Para mi absoluto asombro, durante la semana habían ido llegando muchas personas con talento para coser, tejer, tallar y un sinfín de cosas más, dispuestas a ofrecer sus obras por un tanto por ciento del precio que pusiera Susi.

En una pared lateral, entre las dos salas, estaba la puerta en la que había un pequeño y dorado cartel de privado. La puerta ya no tenía ese horrible marco, sino que estaba bellamente decorada con un mural que representaba un bosque lleno de hadas y mariposas y llamaba la atención de toda la gente. El artista había conseguido integrar su firma en el paisaje de fondo de una forma fascinante, haciendo que encajara como algo natural. Los niños se paraban cerca de ella y tocaban las alas de los pequeños seres que parecían asombrosamente reales.

—Es increíble ¿verdad? —Una mujer embarazada me miró sonriente mientras tocaba distraídamente el frondoso paisaje.

—Sí, reconozco que el autor tiene mucho talento...

—La dueña del local me ha prometido ponerme en contacto con el artista para que me pinte un mural en la habitación de los bebés... Mi marido cree que es poco práctico. —Rio burlonamente y su mirada se posó en los niños que se entretenían tocando a los seres mágicos—. Cree que al ver dibujos en la pared se les puede ocurrir hacer dibujos en todas las paredes de la casa.

—No sería de extrañar. —Asentí.

—Sí, pero así tendré motivos para poder pintar la casa cada cierto tiempo, ¿no cree? —Su sonrisa aumentó y miró hacia alguna parte por detrás de ella—. A mi marido no le gustan mucho los cambios, así que tengo que idear nuevas formas para reformar y pintar.

Con un guiño, la mujer se marchó al lado de un hombre alto que me miraba de forma amenazadora, clara invitación para que me alejara de su mujer.

Seguí mi camino y fui a la parte más lejana del local, donde un tocador de cerezo competía contra un armario que, según el cartel, era de los años

cincuenta. Había también estanterías llenas de copas, vasos y jarrones de cristal de todos los colores y formas. Pero lo que llamaba la atención a la gente era la hermosa alfombra de lana sobre la que descansaba el tocador, con diseños en espiral y pequeñas cuentas en los bordes.

Pensé que no estaba mal para ser el primer día. Susi se había esforzado para que, a pesar del poco material que tenía, la tienda pareciese estar llena de tesoros escondidos.

Eran las cuatro de la tarde y todavía había demasiada gente en la tienda como para plantearse cerrarla y, aunque Susi mantenía la sonrisa, se la veía cansada y nerviosa.

—Deja que me ocupe yo y vete a comer. —La saqué a empujones de detrás del mostrador—. Deberíamos haber pensado en contratar a alguien para que te ayudase.

—Pero...

—No hay peros. Yo ya he comido y tú llevas aquí desde las siete de la mañana. Nueve horas me parecen más que suficientes por ahora. Si cuando vuelvas a las cinco sigues igual de cansada, vete a casa y descansa.

—Sí, hija. Lo mejor será que dejes a tu marido que se ocupe de todo. Pareces exhausta. —Comentó la mujer, que esperaba para que la cobrasen. Mi corazón se paró bruscamente y vi cómo Susi se ponía roja como la grana.

—No somos pareja, señora. —No veía por qué tenía que dar más explicaciones, por lo que ignoré la mirada interrogadora de la mujer. Se me había olvidado que aquí la gente no era como en Madrid, aquí no se conformaban con un comentario, ellos tenían que saber toda la historia.

Susana recogió su bolso y su chaqueta y se encaminó a la calle, arreglando todo lo que se había desordenado de tanto cogerlo y dejarlo en la estantería. Cuando todo estaba como al principio, se despidió con la mano y salió. No me gustaba mucho tener que ejercer de cajero, para qué negar que llevaba el mando en la sangre, sin embargo, tenía que reconocer que me sentía muy satisfecho participando en el proyecto de Susi, aportando más que el capital y, aunque tenía claro que esto no se iba a repetir —los clientes eran gente majísima hasta que algo no les parecía suficientemente barato, o hasta que no recibían la atención que se esperaban, incluso se ofendían cuando no quería contarles algo de mi vida—, podía vernos trabajando hombro con hombro en este pueblito o en cualquier parte.

Pasaban diez minutos de las cinco cuando volvió a la tienda con un montón de papeles en la mano.

—Venga, déjame seguir a mí, que necesito que les echés un ojo a esto.

—¿Qué es? —Susi puso el montoncito encima del mostrador enseñándome los currículos de un montón de jóvenes del pueblo—. ¿Cómo has conseguido tantos en tan poco tiempo?

—He ido a la casa de la cultura que, al parecer, hace gestiones para los desempleados y me han dado este montón. Todos estarían disponibles para trabajar a primeros de la semana que viene.

—De acuerdo, les echaré una ojeada, pero tú relájate y trabaja tranquila. El primer día no puedes agotarte.



Lunes – 13 de febrero

El sábado no hubo tanto fluir de gente, pero seguíamos necesitando a alguien, así que me pasé todo el día entrevistando a todos los jóvenes parados de distintos pueblos. Éramos la novedad y, cuando la gente se acostumbra, las ventas bajarían considerablemente, pero, aun así, lo mejor era contar con alguien que pudiese hacer al menos media jornada para que Susi descansase cuando yo me fuera.

La verdad es que nunca me hubiese imaginado la cantidad de gente joven que llegaba buscando trabajo. Gente no solo dispuesta a trabajar duro, sino con un nivel mucho más alto de lo que esperaba. Había muchos con títulos universitarios y otros tantos con amplios conocimientos en el comercio, y por supuesto estaban todos esos jóvenes que se habían salido del instituto en busca de dinero y mujeres y hombres más mayores que necesitaban un ingreso extra en sus casas a causa de la crisis económica que asolaba el país.

El lunes pasó de ser un constante entrar y salir de clientes a un par de personas cada media hora, más o menos, y yo pude dedicar más tiempo a la búsqueda del empleado perfecto. Si yo iba a volver a Madrid y Susi debía manejarse solo con esa persona, no quería que ella cargara con un empleado poco eficaz, así que empleé todo mi esfuerzo en ser selectivo, teniendo en cuenta la situación familiar de cada candidato.

Una persona con necesidad de ingresos me parecía más posible que trabajase duro para mantener el puesto, pero había de todo en esta vida. Quizá las madres fueran candidatas más de mi gusto, pues el puesto solo sería de media jornada y una persona más joven podría aspirar a algo mejor remunerado.

La primera cita la tenía con una chica de veintitrés años, con estudios secundarios y bastante experiencia en la venta. Una joven de cabellos

castaños lisos y rostro de hada que sonreía mucho, que parecía encantadora, pero que no me dio la impresión de necesitar mucho el puesto, aparte de que, por lo que me contó, pensaba marcharse a Burgos en cuanto ahorrara lo suficiente para pagar el alquiler.

Tras ella entró Susi acompañada de un hombre moreno y delgado con una piel morena típica de la gente que trabajaba en el campo. No tenía estudios, pero si una familia que dependía exclusivamente de él, por lo que dediqué más tiempo a saber sobre sus experiencias laborales y aptitudes para el comercio. Carecía de todo, su vida había sido trabajando en sus tierras, vendiendo la fruta que recolectaba, por lo que lo sentí mucho al decirle que no tenía el perfil que buscábamos. Sin embargo, guardé su currículum. Podría sernos útil más adelante.

Pasaron dos jovencísimas chicas más antes de que pudiera dar por concluida la ronda de entrevistas, bastante decepcionado. Buscaba algo que me inspirara confianza en esa persona, pero tendría que esperar a ver a las que se pasaran esa tarde.

A la hora de la comida cerramos y propuse que nos fuéramos a comer al restaurante que había en la calle principal de Cervera de Buitrago. Tenía muchas ganas de pasar un rato tranquilo con Susana y la verdad es que, al final, la comida fue estupenda y el tiempo invernal parecía haber hecho un alto: el sol brillaba y, aunque no calentaba, hacía que nos diesen ganas de seguir así, sentados sin pensar en nada más que en la comida y en la compañía. Reímos y charlamos de todo y de nada, a pesar de que ella parecía cansada, pero eso no le restaba entusiasmo por lo que era el día a día de la tienda. La vi enrojecer cuando comenté todas las veces que habían supuesto que éramos pareja y todas las veces que nosotros lo habíamos desmentido sin dar muchas explicaciones. No tardarían en enterarse de que éramos de Cervera y de que yo vivía en la mansión, atando cabos, pero hasta que no lo hiciesen, Susi parecía tan reacia como yo a descubrir nuestro parentesco.

Cuando estábamos terminando el café, Susi se giró y saludó sonriente a Javier, que llegaba desde lo alto de la calle donde al parecer había aparcado su coche. Nos saludamos, ambos reticentes a intercambiar muchas palabras y yo me negué a pasar por esa situación, así que dejé que se fueran a la tienda y yo me dirigí hacia la oficina de correos a preguntar por mi paquete, pero el hombre que estaba tras el mostrador no encontró nada a mi nombre.

—¿No hay nada para Jonatan Zayas? —insistí, pero la contestación fue la misma. No había nada—. ¿Y para José Zayas o Jessica Burton?

Nada. ¿Qué diablos habría echo mi contable con las acciones? Marqué su número de teléfono y esperé contando los tonos de llamada. A la cuarta me respondió Gonzalo con el tono que siempre usaba cuando estaba pensando en números.

—¿No me ibas a mandar hoy las acciones?

—Sí.

—¿Cuándo las mandaste? Aquí todavía no ha llegado nada a correos. — Empecé a impacientarme porque sabía que Gonzalo estaba más pendiente de lo que fuese que estaba haciendo que de lo que yo le decía.

—¡Ah! Espera... —Oí el sonido del susurro de papeles y de algo que se caía—. Bien... Veamos, Jonatan. Las acciones no te las mandé por correo. Viktor se pasó por aquí hace dos días y dijo que tenían pensado pasarse por allí...

—¿Pasarse? —le interrumpí—. ¿Quiénes?

—Él y esa chica que vive en tu edificio. Pensé que como iban a ir a verte también podían entregarte el sobre cerrado que contiene las acciones de tu hermana...

—Bien... ¿Cuándo piensan llegar aquí?

—Creo que querían llegar por la tarde, pero obviamente no sé a ciencia cierta cuándo han salido de Madrid.

Colgué nervioso. Viktor y yo éramos amigos desde que llegué a la capital y busqué piso. Él alquilaba una de las habitaciones de la casa en la que convivían él y un estudiante. De cualquier forma, no era Viktor quien me preocupaba sino Irene, la chica que vivía en mi edificio y que se pasaba el día coqueteando con todo hombre que le pasara cerca. No era mala persona, no con intención, por lo menos, pero a veces podía ser muy cruel si tenía competencia.

Joder. ¡Ahora sí que la habíamos liado! ¡Gracias, Gonzalo!. No tenía motivos para sospechar de la visita de esos dos, pero algo me decía que iba a crearme problemas...

Pasé toda la tarde ocupado concertando más entrevistas para el día siguiente, entrevistándome con algunos candidatos sin ningún resultado y, a la vez, sintiéndome miserable cada vez que escuchaba cómo Susi y su vecino se reían fuera, cada vez que el silencio me llenaba la mente de imágenes de esos dos compartiendo confidencias o deseando salir a dejar claro que estaba allí y no me rendía con ella, pero sí que lo hacía y por eso me mantuve pegado al asiento. Cuando sonó la campanilla de la puerta y oír cómo se

despedían, me decidí a salir, pero Susana no estaba por ninguna parte y la tienda no estaba sola. Al mirar vi a dos rostros conocidos que ni se me había pasado por la mente ver en ese lugar.

—¡Jonatan, por fin te encontramos! —Viktor se incorporó del mostrador y me dio un fuerte abrazo mientras yo observaba cómo Irene se paseaba por la estancia cogiendo cosas, tocándolas y luego volviendo a ponerlas en su sitio.

—¿Qué hacéis vosotros dos aquí?

—Gonzalo. —Irene se acercó a mí y me dio un fuerte abrazo pegando todo su cuerpo al mío, inundándome con su perfume y separándose lentamente mientras me miraba a los ojos—. Menuda bienvenida das a tus amigos...

—Perdonad, pero no os esperaba. ¿Qué hacéis aquí?

—Te dejaron un paquete en la recepción del edificio y se lo llevé a Gonzalo, con la suerte de que Viktor estaba allí visitándolo y, al enterarnos de que te habías venido para acá, decidimos venir a verte. —Sonrió—. Lo que no imaginábamos era que te encontraríamos trabajando en un tugurio como este...

—¿Un tugurio como este? Veo que tus amistades siguen siendo iguales, Jony- —Susi apareció por la puerta que llevaba al almacén con una caja con copas en los brazos y el pelo revuelto.

Su cara mostraba lo ofendida que se había sentido tras el comentario de Irene, pero yo solo podía pensar en el motivo por el que estaba despeinada, si por el trabajo o por compartir caricias con un hombre. Uno que tenía perro y vivía al lado.

—¿Y tú quién eres? —Al instante vi cómo se oscurecían los ojos de Viktor, se ponía recto y cómo su sonrisa pasó de ser amigable a seductora en un solo parpadeo—. No creo recordar que Jonatan nos hablara de ti, seguro que si alguien me hubiese dicho que existías no habría tardado tanto en dar contigo, guapa.

—Es la dueña de la tienda. —La voz me salió tensa y Susi me miró interrogante—. Y ni se te ocurra intentarlo, Viktor. Para ti está vedada.

—¿Vedada? Entiendo... Es tu chica, ¿no?

—¡No! Soy su...

—Jefa —interrumpí a Susi.

—¡Ah! Entonces, colega, no tienes el derecho de prohibírmela. —Esa era la verdad y no encontré un motivo lo suficientemente válido para que él no pusiera sus ojos en Susi.

—¿Acaso no veis que sigo aquí? ¡Menudo par de sinvergüenzas estáis

hechos! —exclamó ella todavía más enfadada

—Perdona, reina, nada más lejos de mi intención que ofenderte. Quizá me dejes arreglar este fallo con una copa, tú y yo... —Susi bufó indignada y, tras lanzarle una mirada mortal a Viktor, se marchó.

Miré a Susi y vi que ella caminaba ya hacia el estante de la cristalería con la espalda muy recta.

—Tu jefa es un poco arisca, ¿no? Parece que os conocéis desde hace mucho. —Irene se había metido detrás del mostrador a mi lado y pasaba sus dedos suavemente sobre la máquina registradora.

—Recuerda que esto es un pueblo y que yo no me fui de aquí hasta los veinte.

—Ya... —No estaba muy convencida, pero se abstuvo de decir más.

Cuando llegó la hora de cerrar salimos los tres de la tienda, Irene, Viktor y yo. Susi se había marchado hacía un rato con la excusa de que tenía que ir a hacer unos recados fuera del pueblo. Había notado la tensión en su espalda cada vez que salía del despacho y cuando me avisó de que se iba. Recuerdos de una actitud muy parecida vinieron a mi mente después de despedirme de Viktor e Irene al lado de la mansión. Ellos dormirían en el albergue que había en el pueblo.

Contando yo con dieciocho años hice una fiesta celebrando haber terminado el instituto con buenas notas e invité a varios amigos a la mansión aprovechando que empezaba el verano. José me dio permiso y me avisó de que él y Jessica se iban a la playa ese fin de semana, por lo tanto, en la casa solo estaríamos Susana y yo. Me fastidió un poco que no se la llevaran a ella, pero era porque sabía lo mucho que Susi quería ir a la playa y pensar en que no se la llevaban me molestó y protesté.

—¿Por qué no os lleváis a Susi?

—Jessica la ha castigado por sacar notas bajas en algunas asignaturas. Además, estando tú aquí, no veo necesidad de contradecirla. —Dicho esto cogió sus maletas y las dejó al lado del coche para que el chófer las metiera en el maletero.

La noche de la fiesta advertí a Susi de que no bajara de su habitación. No quería que se mezclara con el tipo de gente que suele invitarse a sí mismo a las fiestas ajenas y sabía que aquella noche habría en la mansión más gente de la que yo había invitado en un principio.

Empezó la fiesta y procuré estar atento de que nadie se fuera del salón o de

la terraza hacia la parte de arriba. La música estaba alta y las bebidas corrían como agua. Mayormente había refrescos y cócteles sin alcohol, pero apostaba lo que fuese a que más de uno había traído botellitas de ron, vodka o cualquier otra cosa por el estilo, y eso quería decir que a más de uno se le ocurriría ir a investigar la planta de arriba.

Rondaba la media noche y yo estaba entretenido hablando con una de las chicas que iban detrás de mí por aquella época cuando vi a Susi caminando entre la multitud con un pantalón corto que no le tapaba ni la mitad del muslo y un top.

—¿Se puede saber qué haces?

—He bajado porque... —No le di tiempo a terminar, estaba tan furioso por el modo en que la observaban todos los chicos que, sin miramientos, la cogí del brazo y empecé a tirar de ella escaleras arriba.

—¡No puedo creerme que se te haya ocurrido bajar de esa guisa al salón sabiendo que habría un montón de gente mirándote!

—Jony, te estoy queriendo decir que...

—¡Nada, Susi! Ni en mis fiestas, el único día que papá me da libertad, puedes evitar hacer estas cosas... ¡No, espera! Seguro que pondrás la excusa que usaste la última vez. Es lo único que había en el armario.

Llegamos enfrente de la puerta de su habitación y entonces ella se revolvió contra mi mano, pero no pudo impedir que abriera de golpe la puerta y el espectáculo que allí veían mis ojos me dejó mudo.

—¿Se puede saber que ocurre aquí? —mi voz resonó por toda la casa y la pareja que se encontraba en la cama de Susi se levantó de golpe y, en su torpeza por tapar su desnudez, nos dieron a Susi y a mí un espectáculo de lo más patético. No reconocí sus caras, por lo que supuse que eran amigos de alguien a quien yo había invitado. Solté el brazo de Susana y la miré estupefacto—. Lo... lo siento, Susi.

—Esto es lo que te quería decir. Y ahora si me disculpáis voy a la sala de lavadoras a por sábanas limpias.

Todavía podía recordar su espalda recta y su gesto orgulloso.

En esa ocasión se había sentido, seguramente, herida y hoy, al verse de nuevo en una situación incómoda con amigos míos, había reaccionado con igual tensión. O quizás había notado que no la quería presentar. ¿Habría pensado que por vergüenza?



Al día siguiente, Susi llegó después de mí. Se la escuchaba reír desde lejos y un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando vi que no venía sola. Se había traído la caballería: Javier. Me molestó un poco que necesitase sentirse segura de ese modo sabiendo que yo estaría allí. En cierto modo me pareció una advertencia al estilo: “Si tú puedes incomodarme con tus amigos yo puedo hacer lo mismo con los míos...”. Y lo peor es que funcionaba. Yo deseaba agarrarla y llevármela a un lugar privado donde poder explicarle que no tenía nada que temer, que mis amigos no eran como los de la adolescencia, pero en el fondo sabía que no era cierto. Tanto Viktor como Irene eran la clase de personas que te puedes encontrar por la ciudad, más sofisticados, sí, pero menos maduros sentimentalmente, y prueba de ello había sido el comportamiento de Viktor la tarde anterior.

—¡Buenos días! —dijeron al unísono.

—¡Buenos! ¿Qué tal te fueron los recados ayer? —Vi que, a pesar de venir acompañada, su humor había vuelto a la normalidad cuando me miró. Sus ojos eran dos estrellas.

—¡Me fue genial! Aprovechando que no estabas solo fui a ver a dos mujeres de las que me habían hablado. Hacen las mejores colchas de toda la región, pero son muy precavidas y tenían miedo de que una gran empresa las timara intentándoles pagar menos de lo que su mercancía valía. Ayer me pasé por sus casas, hablé con ellas y, gracias a Dios, llegamos a un acuerdo. — Observé cómo sus ojos se dirigían a Javier en busca de una admiración que él reflejaba en sus ojos cada vez que la miraba.

—Ya... Me alegro de que consiguieras un buen negocio con las mujeres. Por cierto, perdona que no te presentara como es debido ayer, la verdad es que no sé por qué no dije quién eras.

—No te preocupes, Jony. —Susi agarró la mano de Javier y se giró—.

¡Vamos, Javier! Te voy a enseñar lo que hemos hecho.

—Que no te engañe, Javier —dije sin pensar—. Los aplausos son para ella, yo solo me he dedicado a la caja y la contabilidad. Ella es la autora de la distribución y el marketing.

—¡Ah! ¿Sois socios? —Javier paró por un segundo haciendo que Susi se girase interrogante por el brusco parón—. No sabía que tu hermano estaba tan involucrado, pensé que solo se iba a quedar unas semanas.

—Sí, Jony me ha ayudado mucho. —Susi habló despacio y miró dubitativa a su vecino, como si de repente le hablase en otro idioma—. Ha invertido capital en mi empresa y me está ayudando a empezar.

—Perdón. Es que la última vez que te vi me dio la sensación de que las cosas estaban un poco tensas. Habrá sido mi imaginación, perdonad.

Susi se relajó de inmediato y sonrió dulce. Me miró y se sonrojó ligeramente antes de negar con la cabeza en respuesta a la disculpa de Javier.

—Será mejor que te enseñe la tienda pronto si no queremos que se nos llene de clientes y no pueda acompañarte.

—¡Oye! ¿Y yo no soy un potencial cliente? —Javier se rio y dejó que ella le arrastrara por todo el local hasta que él la detuvo en la puerta de privado.

—¡Menudo paisaje, cielo! ¿Quién te lo ha hecho?

—La verdad es que está teniendo mucho éxito, tengo una tarjeta del pintor en el mostrador, coge una antes de irte.

Poco después de la hora de abrir, Javier se fue y Susi y yo nos quedamos solos, esperando al primer cliente. Entonces aproveché la ocasión y la cogí de la mano, tiré de ella y la senté en un taburete que había traído esa mañana.

—Perdóname.

—¿Qué? ¿Por qué? —Alzó la cabeza y me miró directamente a los ojos.

—Por no presentarte, de verdad que lo siento mucho, pero sentí el impulso de mantenerte en secreto. No sé, no lo entiendo ni yo, pero no quería que nadie supiera más de nosotros que lo estrictamente necesario.

—Ya... A mí también me pasa a veces, no tiene importancia. —Susi puso ojos tristes. Creo que nada en el mundo puede ablandar tanto mi corazón como una mirada de esos ojos, sin embargo, ahora había una fuerza escondida que la hacía brillar con energía a pesar de llevar los hombros caídos y sombras en la mirada—. Jony, los amigos de ayer...

—Sí, dime.

—¿A qué han venido? Si no es inmiscuirme, claro.

—Vinieron a traerme unos papeles que yo te tengo que dar esta tarde. Se

trata de las acciones que compré en tu nombre.

—Ah, vale. —Su tono no me convenció en absoluto.

—Sea lo que sea lo que quieras preguntarme, Susi, hazlo ya.

—Sentía curiosidad, solo eso. —Bajó la mirada y entrelazó las manos. Me recordaba a una niña pequeña a la que están exigiendo una confesión bajo amenazas.

—Dilo ya, Susi. Prometo no morderte ni ponerme histérico. ¡Mira! Si lo prefieres me doy la vuelta y...

—Vale, vale —me interrumpió la broma y sonrió—. Me preguntaba si la chica es... Ya sabes, tu novia allí en Madrid.

—¿Mi novia en Madrid? —Pregunté incrédulo. Sin embargo, no pude evitar que un asomo de carcajada asomase a mi voz—. ¡Pero, Susana, por favor! ¿Qué clase de hombre te crees que soy? No tengo una novia en cada puerto, como das a entender, Irene es solo mi vecina y una buena amiga — dije remarcando la última palabra.

Susi estaba roja como la grana y desvió su mirada mientras, en un acto de inconsciente orgullo, tensaba la espalda y elevaba los hombros.

—Solo tenía curiosidad, como ya te he dicho. Mira dejemos el tema.

—¿Estás celosa? —pregunté en un susurro, medio en broma, medio en serio.

—¡No digas tonterías, Jony!

Susana se levantó y se marchó muy digna hacia el almacén. Pero no pudo evitar que viera su expresión. ¡Cielos! Estaba celosa. Sentía ganas de saltar y mi corazón latía a mil por hora, pero no quise darle alas a una emoción que de seguro no traería nada bueno.

A la hora del cierre para comer, Irene y Viktor nos esperaban para invitarnos a ir con ellos a tomar algo. No es que me apeteciese demasiado, pero vi una oportunidad para poder presentar mejor a Susi, así que sin mirarla, que intuía que tendría cara de pocos amigos, acepté en nombre de los dos y mientras Viktor e Irene se ponían en marcha calle arriba, tomé la mano de Susi y me acerqué a su oído.

—Solo quiero tomarme una copa y remediar el error de ayer, ¿nos vas a dar la oportunidad? —Al retirarme y soltar su mano, miré sus ojos indecisos y su boca fruncida, solo necesitaría insistir un poco.

—No quiero... No me apetece mucho. Además tenía un par de cosas que hacer.

—Susi, puede que no sean el tipo de persona que te encontrarías en este

pueblo, son algo extravagantes y muy ruidosos, pero no son mala gente.

Bajó la mirada hacia sus deportivas mientras se sacudía los vaqueros de manera distraída, estaba adorable y a la vez no podía dejar de pensar que en alguna parte había un genio explosivo que podía sacar cuando menos me lo esperase, aunque cuando levantó la mirada más que carácter o dudas, vi miedo. Irene se había parado en un escaparate un poco más adelante entre chillidos de entusiasmo y Viktor nos miraba interrogante, pero me daba igual.

—No sé, no hace falta que os acompañe, ve tú.

—¿Por qué? Yo quiero que te conozcan, que los conozcas. Puede que creas que me apetece ir con ellos a tomarme algo, pero te diré que lo único que me apetece ahora es estar contigo y... ya sabes, crear recuerdos. —La cogí de nuevo de la mano y tiré un poco de ella para que, lentamente, nos pusiéramos en marcha. No opuso resistencia, lo que era una buena señal—. Mira, Susi, en realidad te quiero demostrar que no todos mis amigos van a ser como los de aquella fiesta en la que se metieron en tu habitación, ¿te acuerdas?

—Claro. Fue una experiencia muy incómoda —sonrió.

—Sí y yo me sentí fatal por haberme comportado así, aunque sea tarde, lo siento. Pero ahora puedo demostrarte que antes que nadie vas tú, así que, ¿por qué no intentamos pasar un rato divertido con esos dos cabezas locas? —La miré fijamente, queriendo dar más énfasis a mi pequeño chiste, pero ella se miraba los pies y mordía su labio inferior—. No me estás diciendo algo.

—No... no creo que les caiga bien. —Los pómulos le ardían rojos de bochorno y con la mano libre retorció una y otra vez el bajo de su blusa.

Me miró de reojo, imaginé que queriendo confirmar que la observaba, lo que hizo que, al comprobarlo, se pusiera todavía más roja y que sus ojos dejaran de ser dos pozos de timidez y pasaran a mostrar fastidio.

No quería incomodarla y menos que fuera obligada a ir a un sitio donde no se sentía segura, y lo que menos quería era que sacara su carácter y me lo estampara en la cara por lo que, aprovechando uno de los callejones de la calle y comprobando que nadie importante nos miraba, tiré de ella hacia el callejón y la acerqué tanto a mí como me fue posible, tanto como me exigía mi propio cuerpo y la besé. No fue nada explosivo ni apasionado, solo un pequeño roce, algo que pudiese haber sido accidental, lo que llamaríamos un pico que me dejó con muchas ganas de más, con ganas de sentir su cuerpo todavía más cerca, de sentir sus pechos contra mi pecho, sus brazos alrededor de mi cuello y sus muslos alrededor de mí, pero fingí que no había pasado nada y retrocedí un paso, ignorando a propósito el rubor que había inundado

los pómulos de ella.

—Me molesta muchísimo que te infravalores de esa manera porque no existe nadie, y escúchame bien, nadie a la que tus preciosos ojos, tus comentarios graciosos y tu forma de ser le desagraden. ¿Acaso consideras que mis amigos son menos que eso?

—¡Yo no he dicho eso! —se quejó indignada—. Y perdóname, pero yo no me infravaloro, simplemente son gente de ciudad acostumbrados a otro tipo de personas.

—¿Gente como yo?

—Sí... ¡No! No sé, Jonatan. Son tus amigos, no míos y a lo mejor se lo pasarían mejor sin...

—Sin... ¡nada! Fin de la conversación. Dime ahora claramente, si salimos y los llevamos a algún lado donde podamos tomarnos unas cervezas o si salgo y les digo que ya quedaremos en otra ocasión cuando podamos los cuatro. Yo no quiero estar con ellos, ya te lo he dicho, quiero estar contigo.

—¡De acuerdo! Vamos a tomarnos esa maldita cerveza, pero te advierto que a la mínima señal de incomodidad me marchó y a tomar por culo. —Se giró bruscamente y salió del callejón con paso firme.

Nos sentamos todos en una de las terrazas cubiertas que, desde hacía unos años, invadían las aceras en busca de la clientela fumadora que se negaba a pagar un euro veinte por estar sin su eterno vicio.

Durante unos segundos me perdí en mis pensamientos, observando el peculiar grupo que formábamos los cuatro, Irene y Viktor tan cosmopolitas, con su ropa a la última, sus miradas recelosas a la gente que les rodeaba, sus gestos tan de ciudad como guardar a buen recaudo el móvil, comprobar que todos los bolsillos y las cremallera del bolso estuvieran bien cerrados. Podían parecer pequeños detalles, pero para las personas que habían vivido desde siempre en un pueblo que no llegaba a los doscientos habitantes, aquellos detalles centelleaban como un cartel luminoso con la palabra forastero parpadeando; y, por el contrario, miré a Susi, con su ropa ligeramente desgastada, su precioso pelo recogido descuidadamente —nada comparado con los looks cuidadosamente despeinados que tanto se llevaban entre famosos— y sus continuos saludos a las personas que pasaban a nuestro alrededor, ella era tan de pueblo... Tan de pueblo, menuda frase.

Pero eso no resultaba como todos nos lo imaginamos cuando oímos esa frase, tan de pueblo, ¿tan de pueblo que va hecho un adefesio? Para nada, Susi podía llevar ropa gastada, pero su forma de vestir siempre resultaba muy

favorecedora; ¿tan de pueblo que su pelo era un matojo enredado? Lo cierto es que pocas veces la había visto despeinada, su pelo siempre mostraba un práctico recogido o lo llevaba suelto, brillando sobre sus hombros. Susi era tan de pueblo que resultaba calmante y tranquilizador verla comportarse con naturalidad, sin el envaramiento de la gente de la ciudad.

—¡Jony! —La mano de Viktor cayó sobre mi hombro despejándome.

—Perdona, ¿qué me decías?

—Aquí no viene nadie a atendernos, así que Susana se ha ofrecido a entrar, pero antes dile qué quieres.

—¡Ah! ¿Qué habéis pedido?

—Veamos... —Susi miró su móvil y recitó—. Dos cervezas y un té de naranja y, en caso de que no tuvieran té, un vino blanco...

—Pues a mí otra cerveza.

—Perfecto, ahora vengo.

Entró en el bar y noté cómo Irene rozaba mi brazo en busca de atención. Hoy iba más deportiva que de costumbre, con unos leggins negros cubiertos por una minifalda de algodón y una blusa negra.

—Cielo, ¿qué te pasa? Te noto ensimismado. Seguro que estás trabajando demasiado, y tú no estás acostumbrado al trabajo de calle. No sé muy bien qué necesidad tenías de montar un negocio aquí, en el culo del mundo...

—Te recuerdo que crecí aquí —la interrumpí.

Irene y Viktor cruzaron sus miradas y ambos se inclinaron hacia delante. Estaba claro que había llegado el turno de las explicaciones, aunque no tenía ni pizca de ganas de contarles nada. Cuando estaba en Madrid no me importaba compartir confidencias con ellos, hablar de nuestras vidas entre gin-tonics y tequilas, pero ahora no me sentía cómodo, no hablando de Susi o de la tienda.

—Jonatan, sabemos que nos ocultas algo y no nos vamos a ir hasta que nos cuentes lo que te pasa, amigo. —Viktor me palmeó la espalda—. Además, yo también quiero saber qué tramas montando una sociedad a estas alturas. ¿No te parece que ya tienes mucho ajeteo con las oficinas de Madrid?

—Tengo un vicepresidente que hasta ahora solo se dedicaba a cobrar, ya era hora de que trabajara un poco —comenté seco—. Mirad, cuando volví no esperaba encontrarme con tantos cambios, José sufrió un infarto y parece querer recuperar tiempo perdido, lo cierto es que está muy cambiado y Susi... —callé. ¿Cómo iba a explicárselo si ni yo mismo lo entendía...?—. Bueno, la conozco desde hace muchos años, nuestras vidas se parecen mucho y siempre

me he sentido responsable de ella, pero tras mi marcha a Madrid perdimos contacto y es algo que siempre he lamentado.

—No tendréis un rollo romántico, ¿no? —Viktor me miró inquisitivo con una sonrisa de medio lado que le hacía parecer un duendecillo.

¿Tenía un rollo romántico con Susi? No estaba seguro, pero tenía que reconocer que la deseaba como a ninguna otra, me atormentaba su cuerpo en sueños e incluso despierto, su aroma me llenaba de sudores fríos.

—No es eso. Le tengo aprecio y simplemente he visto la oportunidad de hacer dinero. Simple y llanamente.

—Me alegro, porque a esa gata me la zampo yo. —Soltando una sonrisa lobuna se levantó para ayudar a Susi, que salía en ese momento cargada con vasos y con el monedero entre los dientes—. Deja que te ayude, pequeña.

—Gracias.

Cada uno cogió su bebida, Irene se había tenido que conformar con un vino blanco, y tras los primeros segundos en los que temí que todo el mundo se quedaría callado, Susi, sorprendiéndome, le preguntó a Irene que le parecía el pueblo.

—Pues bien, creo. He visitado sitios con más estilo, pero no puedo pedirle mucho a esta calle con aire de pueblo —rio.

—Ya... —La cara de Susi fue mortal, pero parecía que no pensaba saltar ante semejante comentario—. Pues la verdad es que es cierto que esto no es más que una callecita con algunos comercios y poco más, pero seguro que te sorprenderías de la cantidad de visitantes que tenemos.

Irene no tuvo tiempo de responder antes de que Viktor, empujándome para estar más cerca de Susi, reparara la falta de tacto de su amiga con comentarios alegres sobre la zona. Mientras hablaba no paraba de sonreír y de halagar a Susi, alabando su naturalidad, sorprendiéndose porque recordara todos los nombres de sus vecinos, interesándose sobre qué pensaba sobre los turistas o sobre qué costumbres había en zonas tan alejadas de las grandes ciudades.

—¿Y dónde vas a comprar? Por aquí he visto una carnicería y un local que vendía pan y bollos, pero que, en realidad, se dedica a la prensa y revistas.

—Yo he visto una peluquería y dos bares bastante desérticos.

—En la peluquería, que en realidad es un centro estético, trabajé yo hasta hace muy poco. Viktor, la compra no me queda más remedio que ir a ciudades cercanas en busca de centros comerciales o, en caso de emergencia, hay un pequeño comercio que vende un poco de todo, pero los precios son el triple de lo que te cobran los supermercados.

—Sin embargo, tenéis administración de loterías —comentó curioso.

—Hace unos años la lotería se compraba en el estanco, pero la estanquera murió y de sus dos hijos, la mayor no quiso dedicarse al tabaco y entre los hermanos decidieron separar los negocios.

—Me sorprende cómo en un pueblo se sabe siempre todo de los demás, ¡menuda falta de intimidad! —Irene fingió indignarse y de un trago se bebió lo que le quedaba de vino—. Jony, mi amor, estoy convencida de que yo sería incapaz de vivir en un sitio así. Te tienes que volver a Madrid, ¿vale? Sin ti cerca no sé vivir.

Un silencio se instaló de repente en la mesa, pero Viktor, que hoy parecía el reconciliador, agarró a Susi de las manos y le contó lo parecido que eran sus anillos a los diseños de un gran diseñador, mientras miraba de reojo a Irene recriminándola. Sin embargo, Irene no se dio por aludida y pronto movió su silla a mi lado, empujándonos a Susi y a mí.

—¡Jony! —gimió—. Ya no te interesa lo que ando haciendo en Madrid, ni me has preguntado ni te has fijado en mi nuevo color de reflejos. ¿Acaso te interesa más esa tienducha que tus verdaderos amigos? —Frotó sus manos con las mías y aprovechó la cercanía para restregar sus senos contra mi brazo, permitiéndome, en el proceso, darme cuenta de su falta de sujetador. Miré impotente a Susi, pero ella parecía absorta en la conversación con Viktor, el cual había acercado su silla a la de ella y la sujetaba de las manos, acariciándoselas distraídamente, lo que parecía tenerla muy incómoda. No hacía más que retirar las manos, pero al poco Viktor ya había vuelto a rozárselas, acariciarlas o poner las suyas muy cerca.

—Mira, Irene, la verdad es que estoy demasiado saturado de cosas como para fijarme en tu pelo, de cualquier manera, siempre estas guapa. —Ella sonrió—. Pero de verdad que me estás bombardeando con tus exigencias, cariño, y yo no estoy para atenderlas.

Sin más me levanté y le pregunté a Susi si había terminado. Cuando ella asintió, ambos cogimos nuestras cosas y nos marchamos en un agradable silencio, dejando en el bar a mis asombrados amigos.

No tenía ninguna intención de permitir que ninguno de los dos me hiciera pasar un mal rato, sin embargo, al ver cómo Viktor sacaba su arsenal con Susi, sentí un pellizco de celos, un amago de posesividad que me ponía muy nervioso. Susana era mía, pero no en un sentido posesivo y básico, porque de básico no tenía nada, era algo complejo que me inundaba al mirarla, que llenaba algún vacío que siempre había estado ahí, pero al que nunca había

prestado atención.



Era mediodía del viernes más movido de mi vida cuando una llamada rompió el silencio en el que se había sumido la tienda desde hacía cinco minutos. Creía que nunca iba a parar de entrar gente, sin embargo, la caja estaba llena y mi cabeza latía tanto que, seguramente de un momento a otro, estallaba sin previo aviso.

—Hola, querido —dijo Jessica tras mi saludo—. Están aquí tu amigo y tu novia preguntando por ti. Desde luego les he dicho que ahora no estabas, pero que tú y Susi vendríais a comer y los he invitado a compartir mesa con nosotros. No te parece mal ¿verdad? ¿A qué hora llegareis vosotros?

—Jessica, Irene no es mi novia y Susana y yo no teníamos previsto ir hoy a comer, como tampoco lo hemos hecho el resto de los días en los que abrimos la tienda. ¿Qué te ha hecho pensar que íbamos a ir hoy?

—Bueno yo... ¡Si es que esto me pasa por tonta! Yo solo quería que os lo pasarais bien con tus amigos... Ya sabes que Susi no tiene muchos amigos y pensé que como Irene y tú estáis juntos, pues Susi y Viktor podían a lo mejor hacer buenas migas —Silencio. Carraspeo—. Bueno, si quieres lo cancelo, pero no sé qué van a pensar tus amigos. —Volvió a callar y luego dio el golpe de efecto que sabía me haría cambiar de opinión—. Además, José lo está pasando muy mal, se siente terriblemente arrepentido y seguro que le alegrarías el día si te dejases ver. Ya sabes que su corazón...

—Está bien, Jessica. Yo iré, pero no respondo por Susi. La tendrás que llamar y preguntárselo. Este es el número del despacho.

Una vez colgué, me senté intentando relajarme un poco, evitando pensar que al final mis amigos descubrirían mi parentesco con Susi y que, finalmente, volvería a estar sentado en la mesa con una familia que había resultado no ser mía. Jessica sabía que no tenía intención de perdonarles fácilmente. En cierto sentido me sentía como un niño pequeño al que han

dado demasiados golpes y cuando llega la primera persona que no tiene intención de dañarle no sabe cómo comportarse, si cubrirse o no, si atacar o no...

Una hora después me encontraba sentado en el coche de Susi camino a la mansión. No parecía muy contenta, sin embargo, algo le debía rondar la mente porque no se había quejado ni una sola vez. Pocos minutos después de que yo cortara la conversación con Jessica, Susi había salido del almacén y me había preguntado si estaba al corriente de la comida que su madre había organizado.

—Espero que por lo menos Jessica haya pedido algo de comer a lo que yo no sea alérgica —bromeó Susi.

—No creo que José le permita hacerlo.

Llegamos justo a tiempo. Arturo nos abrió la puerta sin necesidad de llamar, como si nos estuviera esperando desde hace un buen rato. Jessica estaba detrás del mayordomo retorciéndose las manos con nerviosismo.

—Os esperábamos antes.

—Lo sentimos —dijo Susi—. La tienda no se había vaciado hasta hace un rato.

—Ya... —Jessica miró de uno a otro y tras una enigmática sonrisa se giró indicándonos que la siguiéramos hasta el comedor donde estaban ya todos sentados—. Pues con vosotros ya aquí podemos empezar a comer.

José y Jessica se encontraban en extremos opuestos de la mesa, el uno frente al otro y Viktor e Irene se habían sentado en un lado de la mesa dejando así las dos sillas de enfrente vacías. Me senté en el sitio más cercano a Jessica para así poder evitar los venenosos comentarios que le pudiese dirigir a Susana. Irene, sentada frente a mí, me sonrió y Viktor me saludó con un asentimiento de cabeza, pero tras ese breve y escueto saludo posó sus ojos en Susi y una sonrisa lobuna le llenó el rostro. ¿Sabría que éramos familia o pensaría que simplemente nos habían invitado a comer a todos?

Conocía la cabezonería de mi compañero de piso y esperaba que supiese comportarse. Aunque quizá lo que realmente esperaba era poder controlar mis ansias asesinas al ver cómo Viktor empezaba un sutil coqueteo con el que la sangre se amontonó rápidamente en las mejillas de Susi. Deseé que ella le dijera que tenía novio, que mantenía una relación con Javier, como mínimo eso frenaría un poco el avance de mi amigo; sin embargo, ella no daba muestras de notar el ataque al que Viktor la tenía sometida.

—De verdad creo que no es para tanto —comentó en respuesta al halago

que Viktor había hecho a su forma de vestir—. Llevo una ropa muy sencilla.

—Creo que no habla de la ropa en sí, querida —dijo Jessica suavemente, pero lo suficientemente alto para que todos los comensales se enteraran—. Todos podemos comprobar que esa ropa no ha salido precisamente de una tienda de alta costura... Sin embargo, Viktor ha querido ser amable y elogiar tu decisión de conjuntar esa ropa barata para crear un conjunto más elegante, si es que eso es posible.

Susana enrojeció hasta la raíz del cabello, pero no cedió y, tras dar un pequeño trago a su vaso de agua, replicó orgullosa.

—Jessica, por mucho que te agradezca tu explicación, sobra. Todos podemos ver que mi ropa no cuesta lo mismo que la tuya, pero todos comprenderán que, al estar todo el día en casa, ociosa, tienes que mirar más tu forma de vestir. Todos entendemos que cuando uno lleva una vida más estéril, la necesidad material se engrandece, no te preocupes.

Jessica se atragantó con el vino y escondió una mueca tras la servilleta. Me entraron unas ganas inmensas de aplaudir, pero la cara de Jessica era un poema y no merecía la pena echar más leña al fuego. José debió pensar lo mismo y decidió calmar las aguas entablando conversación con Susi sobre su negocio. Sin embargo, Jessica no podía dejar las cosas tranquilas, poco después comentó como quien no quiere la cosa.

—¡Se me olvidaba! Jony. me apena decir que necesito de nuevo tu cuarto, sabes que no te lo pediría si no tuvieras donde irte, pero como Susi y tú os habéis apañado muy bien en su casa cuando llegaste... No te importa, Susi ¿verdad?

—No, claro que no. —Su voz era apenas un susurro.

Y así, el primer plato pasó entre conversaciones superficiales y miradas asesinas y el segundo estuvo repleto de los comentarios empalagosos que Viktor no paraba de lanzarle a Susana... Sin embargo, no paraba de extrañarme las miradas de reojo que le lanzaba Susi a Irene cada vez que esta hablaba, quien no la conociera bien no distinguiría el odio en su mirada, pero yo la conocía y esa mirada la había visto un millar de veces dirigida hacia las distintas chicas que pasaron por casa y por mi cuarto, en mi adolescencia. ¿Sería que estaba celosa? No, qué tontería. Sacudí la cabeza en un vano intento de despejar mi mente y desechar la absurda idea que se me acababa de ocurrir.

Llegamos al postre, no sé muy bien cómo, sin que la conversación derivara en insultos o acusaciones, y nadie necesitó alzar la voz. No obstante, noté

cómo Jessica sonreía cada vez que Susana se sonrojaba ante las atenciones de mi compañero de piso y mientras Irene comentaba lo bonito que era el pueblo y las ganas que tenía de encontrar un lugar tan lleno de paz para tener una residencia de verano sin darse cuenta de los puñales que Susi le lanzaba con la mirada. Algo tramaba, de eso no había duda. No pasó mucho más antes de que quedaran claras sus motivaciones.

—Susana, querida, ¿por qué no llevas a Viktor a dar una vuelta por el pueblo y le enseñas la zona? Y tú, Jonatan, podrías hacer lo mismo con Irene, así podrás enseñarle tu casa en el árbol.

—La verdad es que Jony y yo tenemos muchas cosas que hacer esta tarde en la tienda, pero me consta que tú tienes tiempo de sobra para mostrarles todo lo que ellos quieran ver. —La voz de Susi era tranquila y firme, pero yo vi en sus ojos el temor y la firme negativa así que me dispuse a secundar esa decisión.

—Susana tiene razón. Además, Viktor e Irene tienen que ir preparando sus maletas porque, según creo haber entendido, se van hoy al anochecer... — Irene y Viktor asintieron—. La próxima vez será.

—La próxima, entonces... ¿Quién quiere café?

Cuando todos terminamos en el comedor, nos reunimos Irene, Viktor, Susi y yo en el recibidor para despedirnos de ellos y marcharnos a la tienda. Mientras le daba un fuerte apretón de manos a Viktor se me ocurrió hacer un experimento y así comprobar si me equivocaba o de verdad Susi escondía algo. Me acerqué a Irene y dejé que, como era habitual en ella, pegara su cuerpo al mío desvergonzadamente y me besara en los labios muy suavemente, mientras yo miraba disimuladamente a Susana, la cual se retorció las manos con gesto nervioso y sus ojos se mantenían velados y oscuros, fruto de un fuerte sentimiento. Viktor captó mi mirada y su gesto reveló su sorpresa. Lo había entendido y, en un microsegundo, sus ojos se entrecerraron traviosos. Contemplé furioso cómo, en una imitación vulgar de las películas, Viktor agarraba a Susi de la cintura y la doblaba dejando su cara muy cerca de la suya.

—Me ha encantado conocerte, princesa —le susurró.

—Ya... igualmente —contestó ella incómoda. Viktor la soltó suavemente y le dio dos besos rozándole las comisuras de los labios.

Irene contemplaba la escena indiferente, jugueteando con las llaves del coche. Cuando por fin se fueron, Jessica, que había observado la escena de lejos, se acercó para despedirse comentando.

—Susana, ¿cómo quieres encontrar marido si sigues siendo tan estrecha como de costumbre? Mira cómo Irene sí sabe cómo atraer la atención de un hombre, ¿no es cierto, Jonatan?

—No creo que ir por ahí dejando que a una la toqueteen sea la mejor manera de encontrar esposo, Jessica —contestó fríamente mientras yo asentía de acuerdo con ella—. Pero creo que en cierto sentido tienes razón y más adelante me plantearé ser más directa y no esperar a que alguien me ofrezca lo que quiero, simplemente lo cogeré. Aunque no creo que nunca llegué a ser tan fresca como tú, madre querida —dicho lo cual se marchó ignorando el chillido indignado de Jessica.

Pasamos la tarde en la tienda muy ocupados entre clientes y cuentas por lo que no hablamos mucho hasta que, a media tarde, la clientela disminuyó y nos permitió parar un momento. Todo estaba listo para recibir al día siguiente los nuevos muebles que Susi había encargado para darles un toque familiar a cada uno, un toque único. Hablamos de la economía de la tienda y Susi me comentó unas cuantas ideas que le habían estado rondando por la cabeza. Al hablar de ideas y dinero acudió a mi mente el sobre con las acciones que todavía no le había enseñado.

Apenas un par de miles repartidos en pequeñas empresas que no representaban un gran riesgo. Empresas que no variarían mucho las acciones, apenas una ligera subida de vez en cuando, pero que, en las manos adecuadas podían significar grandes ingresos en el día de mañana. Confiaba en Gonzalo tanto como en mi pierna derecha y sabía que, en caso de peligrar, él conseguiría hacer el mejor movimiento posible.

Tras pasar unos minutos explicándole a Susi cómo iba el mundo de las inversiones, volvimos a la rutina de atender en la pequeña tienda, yo en el despacho y Susi dando vueltas por el local entablando relación con los clientes, ya que ella tenía la firme convicción de que no había mejor manera de vender algo a la gente que haciendo que se encariñaran con un trato amable y cercano, y en caja cuando era necesario.

El nerviosismo me recorría la sangre desde la comida, en especial desde el frío comentario de Susi. ¿En qué pensaba cuando dijo eso? ¿En Javier tal vez? Recordaba lo que me había dicho de que no cumplía los deseos de nadie, pero ¿se referiría a lo mismo? Las sospechas me rondaban a cada segundo que pasaba y se mezclaban con la mirada de celos que Susi le dirigió a Irene al despedirnos. Empezaba a ver que había cosas imposibles de evitar y, entre ellas, estaban los sentimientos a los que poco les importaba la etnia,

el color de la piel, las creencias, la sangre y situaciones inoportunas. ¿Cómo sería capaz de pasar todo el fin de semana en la misma casa que ella? No lo sabía.

UN FINAL

SUSANA

El siguiente lunes la tienda estaba primorosamente decorada con los nuevos productos. Me había pasado días enteros negociando con los vendedores de muebles de segunda mano para que me proveyesen de los mejores muebles que encontraran y asistí a un par de casas que se subastaban completas con los muebles por separado.

Entre eso y que Jony había estado todo el fin de semana muy raro, el estrés me comía. Tras la marcha de sus amigos, no había parado quieto, era incapaz de quedarse en el sofá o en un sillón, o en su cama... Deambulaba inquieto y, a pesar de que ya le había preguntado qué le pasaba, él negaba que algo fuera mal, pero yo sabía que en su cabeza rondaba algo, algo importante. En cierto sentido, me sentía mal por no haberlos tratado mejor, pero me había resultado del todo imposible poner buena cara cada vez que aquella mujer posaba su mirada en Jony, en especial cuando no separaba los ojos de sus vaqueros, que mostraban de maravilla su anatomía, marcando fabulosamente su culo y sus largas piernas. Y ni falta hacía hablar del empalagoso de su amigo Viktor, que me había llenado de halagos con esa sonrisa de lobo que tenía y que a mí no me impresionaba.

Aparte de su extraño comportamiento en general, tras la marcha de Irene y Viktor, Jony había vuelto a casa muy raro el domingo después de la visita a José en la mansión. Su humor había sido infernal y no paró de soltar maldiciones en toda la tarde por cualquier cosa, por todo y por nada, y yo había dado gracias porque no cayera sobre mí ninguna de ellas.

No le había visto en todo el día, pero sabía que estaba listo para irse porque le había oído salir de la ducha y encerrarse en su habitación para vestirse. No tardaría en llegar a la tienda... solo esperaba que su mal humor hubiese desaparecido.

La puerta se abrió y entraron los primeros clientes, que miraron la tienda con sorpresa la nueva decoración que se centraba en febrero, el mes de los

enamorados. Poco después, la tienda se encontraba medio vacía, pues en un momento varias parejas se habían agenciado casi todo el género, lo que era magnífico y fatal al mismo tiempo. Magnífico porque eran ingresos y fatal porque seguía habiendo gente en el local, pero Jony todavía no había llegado y no había nadie para reponer artículos y guardar los muebles que ya se habían reservado. Me pasé un buen rato pidiendo disculpas por la falta de objetos y repetí una y mil veces que algunos artículos ya no estaban en venta, aunque siguieran en exposición.

Por fin, a mediodía, Jony abrió la puerta y se dirigió al mostrador. Me fijé en que sus hombros estaban caídos y en que sus ojos parecían completamente negros, de un color tan oscuro que daba miedo, pero eso no me amedrentó y le exigí una explicación por su tardanza.

—Tengo que hablar contigo un segundo en privado. Pon el cartel de cerrado y reúneme conmigo en el despacho. —Y sin más se fue hacia dentro.

—Uf, hoy no me libro de su mal humor.

La puerta estaba entreabierta y asomé la cabeza antes de pasar. Jony lucía cansado, sentado en el sofá, con la cabeza recostada en el respaldo y un brazo sobre los ojos.

Cuando llegó a Cervera de Buitrago no parecía tan frustrado, y temía ser yo la culpable de las nuevas arruguitas que poblaban su ceño y de que en sus ojos hubiera siempre algo que ocultaba a todo el mundo.

—¿Te encuentras mal, Jony? Pareces más cansado que cuando llegaste. — Pasé y me senté junto a él.

—No es eso, Susi.

Se quitó el brazo de los ojos y se frotó el puente de la nariz mientras se incorporaba. Realmente parecía cansado. No de un modo físico, sino peor, interno. Un cansancio del alma.

—¿Entonces?

—Sabes que si no fuera por ti ya me hubiese ido hace tiempo... Espera, deja que me explique antes —dijo al ver que iba a contestar y disculparme—. No me quedo por hacerte un favor, porque entonces lo único que hubiese tenido que hacer es ayudarte a buscar un empleado competente que te ayudara, uno cualquiera de los que han pasado por el despacho.

—¿Entonces? —repetí.

—No sé, Susana. Soy incapaz de alejarme de ti, de decirte adiós, aunque solo sea temporal...

—¿Y eso es tan malo, Jony? Yo me siento muy feliz de estar contigo.

De repente se levantó y comenzó a deambular por el estrecho cuarto, como un temible león enjaulado en unos cuantos metros cuadrados que no son suficientes para su majestuoso andar. Estaba tan nervioso que el temblor de sus manos era evidente, y sus ojos seguían tan oscuros como una noche sin luna y eso me ponía todavía más tensa. Tenía ganas de obligarle a sentarse y abrazarle hasta que me dijera que todo iba a ir bien.

—Dios. —La palabra salió baja y tensa, entre dientes y él resopló aparentemente frustrado.

—Mira —suspiré—. Llevo esperando a que me digas lo que te pasó aquel día para que me llamasen a las seis de la mañana tan alterado, pero me he cansado. Dímelo ya. Como sea, suéltalo sin pensarlo porque, si no, no me lo vas a contar nunca y está claro que es algo muy serio. ¿Es por culpa de papá?

—No... Sí. —se pasó las manos por el pelo, tenso, y me miró fijamente, quizá valorando cómo contarme eso que tanto le dolía—. ¡Soy adoptado!

Tras soltarlo de golpe, como si estuviese arrancándoselo del alma, se derrumbó sobre el sofá y enterró la cara entre sus manos, mientras yo intentaba reponerme del shock.

¿Adoptado? Tenía que ser una broma.

Entonces fui yo la que se levantó, incapaz de mantenerme quieta y me asomé a una de las ventanas circulares sin ver siquiera lo que había fuera. Apenas podía sentir nada que no fuera mi corazón latiendo descontrolado.

—¿Adoptado? ¿Quién te lo ha dicho?

—Pap... José.

—Es mentira, ¿no? —Me giré y le miré intentando atravesar la barrera de sus manos para poder ver su expresión—. Quiero decir, que eso no puede ser cierto... Ocultarlo durante tanto tiempo...

En ese momento recordé lo que me había dicho esa mañana.

„Las cosas no están mejor, al contrario“.

„Solo puedo pensar en eso, en eso y en que ya no somos...“.

—No somos hermanos... —susurré.

—Eso fue también una de las primeras cosas que pensé, ¿sabes? —Bajó las manos levantando el rostro para mirarme serio—. Y en cierta forma esto es peor por eso mismo. Debería estar hundido, destrozado, pensando que en realidad toda mi vida ha sido una mentira tras otra, pero, no puedo matar la alegría que me invade cada vez que lo pienso, cada vez que recuerdo que no tenemos sangre en común, que tu cuerpo no me está prohibido de la misma forma que antes. Puede que ahora tengas novio o lo que tengas con tu

vecinito, pero puedes estar segura de que nada me hubiera parado si creyera que lo que hay entre nosotros es bueno.

—¿Y no lo es? No te entiendo, ahora más que nunca sería natural lo que sentimos.

—¡Joder! ¿No lo ves? —dijo levantándose bruscamente, con los músculos del cuello hinchados y un profundo rastro de dolor en la cara—. ¿Acaso no ves lo raro de nuestra relación? Llevo bastante tiempo notando cómo te comportas como si nuestros lazos familiares no existieran. Apenas eres capaz de esconder nada en esos ojos. ¡Dios! Y puede que ahora todo sea natural, como tú dices, pero antes no lo era. Nada de esto está bien.

—¿De esto?

—Sí. Tú y yo... Como tú dijiste, esto no es más que amor mal entendido, estoy seguro de que no sentiría algo tan fuerte si no fuera porque hasta hace poco era algo vedado para mí. No sabes lo que estas semanas han significado para mí.

Tan repentinamente como se había levantado se acercó a mí y me agarró los hombros con fuerza. Sus dedos me hacían daño y un débil quejido se me escapó entre los labios.

—¡Lo siento! —Aflojó el agarre de sus manos—. Esto me está volviendo loco... ¡Tú me estas volviendo loco! Cada día te veo, ahí en el mostrador. Veo cómo entablas conversación con cualquiera que te escuche, cómo los escuchas, aunque sus vidas te importen un bledo, los escuchas y les sonríes como nunca me has sonreído a mí y acabo sintiendo celos de cualquiera que reciba tu atención.

¿Mi atención? Siempre estaba demasiado centrada en él como para prestar atención a nadie más. ¿Nunca le había sonreído a él?

—No entiendes lo frustrante que es ver tu cuerpo subido a una escalera, una vista estupenda, te lo aseguro, y no poder tocarlo, no poder hacer contigo lo que llevo soñando desde que llegue aquí. —Giró la cabeza para mirar por la ventana—. Te deseo de tal manera que me paso medio día y toda la noche empalmado, sin poder evitarlo nunca, sin poder liberarme porque nadie más me provoca esa reacción. ¡Maldita sea! No hay nada que desee más que a ti, absolutamente nada.

—Pues adelante.

Su rostro volvió a mí tan rápido que debió de hacerse daño. Todo el negro de sus ojos era ahora caramelo líquido, pero sus pupilas eran tan grandes que apenas se notaban.

—¿Cómo dices? —Su voz ronca le salía de entre los dientes firmemente apretados.

—No creo que necesites un esquema. No crees que esto sea más que la tentación de lo prohibido, pues bien, desde que has vuelto me he dado cuenta de que mi cuerpo te desea de manera incontrolable y, a pesar de que inicié una relación con Javier, él ha decidido no continuarla porque sabe que jamás sentiré por él lo que siento por ti.

—Yo nunca podré darte lo que deseas.

—Te equivocas, tú has sido siempre mi mayor deseo y si solo puedes darme pasión, lo aceptaré.

—No creo que esto esté bien...

—Aquel día en la ducha fui incapaz de apartar mis ojos de ti, me fascina tu piel, tu cuerpo, sueño que me besas como aquel día en el jardín y que recorres mi cuerpo con tus brazos, con tu boca...

No duré mucho más de pie. Veloz como el rayo, su cuerpo se lanzó encima del mío y su boca colisionó contra la mía sin conformarse con un suave beso. Él lo quería todo y así fue como lo exigió, con labios y manos, tocando, amasando, besando y mordiendo. Mis labios ya magullados solo pudieron abrirse más para permitir que Jony usara todo su potencial en un beso que me dejó fuera de mí, sin más consciencia que la de su lengua y sus manos por todo mi cuerpo.

El tiempo se detuvo y solo importaban las caricias que sus manos y su boca prodigaban por todo mi cuerpo, deteniéndose en los pechos todavía cubiertos por la ropa, besaba y mordía hasta que me fue casi imposible respirar, bajando luego a mis caderas donde sus manos se aferraron tan fuerte a mi piel que no me sorprendería ver la marca de sus dedos- Pero no me importaba, nada era tan importante como la sensación explosiva que me recorría desde la punta de los pies hasta la cabeza dejándome mareada y muy sensible a sus caricias.

Sus labios, lamiendo la piel sensible de mis muslos, me estaban volviendo loca y no pensaba dejar que esto terminase tan rápido, por lo que agarré su rostro entre mis manos tirando de él hacia arriba, juntando nuestros labios, mordiendo y chupando, a lo que Jony respondió con un gemido ronco y separándose ligeramente de mí, me instó a que me quitara la camiseta.

—Quítate esto antes de que me vuelva loco. Necesito verte, Susi.

Mientras me sacaba la camiseta, él me desabrochó el sujetador y volvió a atacarme con esos labios que cada vez encendían más el fuego de mi cuerpo.

Sus manos subían y bajaban por mis brazos, me acariciaban la espalda, me apretaban las nalgas y cuando por fin, suavemente, bajó por el abdomen llegó justo al borde de mi falda. Ni siquiera se molestó en quitármela, sus manos recorrieron mis piernas hacia los pies para después subir haciendo pequeños círculos con los dedos en un sensual masaje hasta que llegó a la cinturilla de mi tanga.

—No sabes cuántas veces he soñado que te arrancaba esto.

Con un fuerte tirón desgarró el encaje hasta que solo fue un destrozado trozo de tela y lo tiró por encima de sus hombros. Mi cuerpo temblaba debido a la emoción, rindiéndose a la euforia y el deseo. Estábamos tan calientes que temía que nos quemásemos el uno al otro o que estalláramos en una demoledora bola de fuego, pero no fue como esperaba, pues Jony consiguió con solo el roce de sus manos entre mis piernas que el fuego se avivara más y más, y a cada gemido que escapaba de mis labios más osado se volvía.

—Eres preciosa... La más hermosa de las mujeres... Tan suave y húmeda... Me estás volviendo loco... loco...

—Jony, por favor —supliqué, queriendo que se dejara de tonterías y entrara en mí, con sus manos ya no me bastaba.

—No, no —susurró—. Antes debo torturarte tanto como lo has hecho tú conmigo... —Sus ojos me miraban fijamente, salvajes, demoledores, tan llenos de fuego que temí abrasarme.

Jugueteó lentamente con sus dedos en la entrada de mi cuerpo, humedeciéndolos y pasándolos en suaves círculos por mi hinchado clítoris provocando un centenar de sensaciones que me hacían gemir de puro éxtasis.

—No sabes cuántas noches te has adentrado en mis sueños para provocarme con tu cuerpo, tus sonrisas eran un afrodisíaco y tus labios... — Introdujo despacio, con una mirada de éxtasis dos dedos en mi interior—. ¡Joder, estás muy caliente! Llevo mucho tiempo anhelando esto.

Sus dedos se movían cada vez más rápido en mi interior mientras trazaba círculos en la cumbre de mi cuerpo, alzándome rápidamente, pero negándose a darme lo que ya estaba a punto de conseguir, me negaba esa liberación tan deseada. Lo quería todo, lo podía ver en sus ojos, no se iba conformar con un simple polvo, pensaba saciarse hasta la extenuación.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que decidió parar con su tortura y sacó sus dedos de mí.

—Necesito... No puedo más, cariño —gimió.

—Ni yo, por favor, Jony...

Con movimientos rápidos y seguros se desprendió de los pantalones y, sin más que la camiseta, se quedó ante mí. ¡Por Dios! No es que yo fuera virgen ni nada por el estilo, y tampoco que él fuera excesivamente grande, pero... imponía verle así, en pie, preparado como un león antes de lanzarse a por su presa, y su rostro... ¡madre mía! Serio y centrado, con los ojos posados en lo que la ropa descolocada dejaba ver de mi cuerpo. Pensaba que se iba a lanzar sobre mí sin contemplaciones, pero en unos pocos movimientos se había sentado a mi lado y, alzándome sobre él, me dejó caer en sobre su regazo, entrando en mí con una fuerte acometida que nos dejó a los dos sin aliento, jadeando en busca de aire. No tardó mucho en empezar a mecerse en mi interior, mientras colocaba mi falda a nuestro alrededor. Jadeé por la impresión.

—¿No ibas a tomar lo que desearas? Tómallo... —Su voz salía ronca y... densa. Como si el caramelo de sus ojos se estuviera solidificando en su voz, convirtiéndola en caramelo espeso...

Y esa voz me envolvió lanzando ráfagas de deseo a todas mis terminaciones, consiguiendo que mi cuerpo alcanzara temperaturas inhumanas. Y me moví, ¡vaya que si me moví! Nuestros cuerpos chocaban en una danza sensual, rápida y caótica que provocó gritos y gemidos. Y gruñidos. Cuando alcancé por fin el orgasmo, todo se volvió demasiado brillante, demasiado caliente, demasiado bello, demasiado... Y cuando pasó, me recostó sobre el suelo, suavemente, todavía moviéndose ligeramente en mi interior.

—Todavía no he terminado contigo, Susi.

Jony recostó la cabeza sobre mis pechos y los lamía y succionaba consiguiendo que la reacción de mi cuerpo fuera descomunal, llevándome vertiginosamente de nuevo a la cima del placer.

Cuando lo notó, corrigió rápidamente su ritmo, las acometidas eran tan fuertes que era imposible mantenerse estable en el mismo sitio. Sin embargo, eso ya no me importaba porque yo había llegado a la cúspide y no oía ni veía, solo le sentía a él en mi interior creciendo y ensanchándose hasta que con un ronco gruñido lo sentí liberarse en dentro de mí.

Se derrumbó a mi lado en la alfombra, cubriéndome antes con la falda. Todo era sopor, dulce cansancio y la maravillosa sensación de que desde ahora todo iría muchísimo mejor. En ese momento estuve segura de que no me conformaría con esto, conseguiría que Jony sintiera lo mismo que llenaba mi corazón, porque me parecía completamente imposible que esta unión

fuera solo el deseo de algo prohibido.

No sé cuánto dormí, no más de dos horas, pero al despertar nada quedaba que demostrara su presencia. Yo apenas podía moverme, pues lo cierto es que me dolía todo, pero, con esfuerzo, conseguí levantarme y colocarme un poco la ropa. Me había quedado sin tanga así que tendría que ir así hasta casa y cambiarme.

No sabía qué le había pasado, pero sentía que debía buscarle y hablar de lo sucedido, sin embargo, tras intentarlo por todas partes no le encontré.

Busqué en casa y en la mansión, pero se había esfumado de todas partes, sus cosas ya no estaban. José solo supo decirme que había recogido sus cosas sin pararse ni un segundo para explicarse y se había marchado en un taxi que llegó a la mansión no hacía más de diez minutos.

Tras unos instantes en los que hablé con José, en los que me dijo que el día anterior le había dado a Jony una caja que contenía los diarios de su madre biológica, tras una vuelta a casa de la que no recordaba mucho y tras derrumbarme en mi cama con la sensación de que me rompía en dos por dentro, tuve que reconocerme a mí misma la verdad, aunque doliera más que mil puñales. Se había ido.

JONATAN

Martes – 21 de febrero

¡Maldito fuese yo y maldita mi estampa!

¿Dónde había estado mi cordura? ¿Dónde había dejado la razón?

¡Maldito, maldito y mil veces maldito!

La opresión en el pecho no disminuía, muy al contrario, con cada maldición aumentaba cien veces. Si cerraba los ojos todavía podía verla, tumbada sobre la alfombra con los ojos cerrados de éxtasis y las mejillas enrojecidas. Podía oler su perfume y el olor a sexo que se mezclaban en su cuerpo y que me volvía loco. ¿Qué había hecho?

Mi intención solo había sido decirle la verdad y que me iba, que necesitaba alejarme de ella, pero cuando confesó su deseo... Mi cuerpo ya estaba listo desde que la había visto al entrar en la tienda, por lo que la sangre ya no regaba la parte lógica de mí ser y había sido imposible evitar las consecuencias de esa confesión. En un momento estaba intentando separarme de ella y, al segundo siguiente, nuestros cuerpos se hicieron uno, nuestros labios se saboreaban tan ardientemente que todavía podía sentir su sabor. ¡Cielos, cómo la deseaba!

—¿En qué piensas?

La voz de Gonzalo me sacó de mis cavilaciones y el cuerpo de Susana, tumbado en la alfombra quedó apartado momentáneamente.

—En nada. ¿Trajiste los documentos que te pedí?

—Por supuesto. Se los dejé a tu asistente personal. —Su mirada se clavó en mí intentando ver lo que ocultaba—. ¿Qué te hizo volver ayer tan rápidamente? Gustavo, el guardia de la entrada, me ha dicho que no se te esperaba hasta casi finales de mes, pero que ayer por la tarde entraste como una tromba, maldiciendo y bastante irritable.

—Gustavo debería dejar de cotillear como una vieja chismosa y centrarse

en vigilar.

Tras salir pitando de la tienda de Susana, había comprado un billete de autobús mientras llamaba a mi asistente personal y concretaba los detalles de mi vuelta. Ni siquiera me molesté en explicarle mi marcha a José y a Jessica.

Solo me paré porque Jessica me interceptó justo cuando bajaba con mis maletas.

—Jonatan, querido, ¿podríamos hablar un momento?

—Solo venía a recoger mis cosas, ya le he dicho a José que me marcho.

—No te robaré mucho de tu tiempo. Acompáñame a la salita.

Al parecer, mi visita iba a durar más de lo previsto. ¿Qué porras querría ahora Jessica?

La seguí hasta la sala de estar y allí nos acomodamos en uno de los sofás. Desde que llegué no me había fijado mucho en mi madrastra, pero ahora que la veía más de cerca comprobé que su rostro ya no era la belleza de antaño y que sus cejas ya clareaban. El pelo seguía igual, pero parecía más fino y quebradizo y su piel era más blanquecina, lo que confería a sus ojos una extraña belleza, como un cuadro blanco y azul envejecido por un buen restaurador, dando al blanco un tono apergaminado y volviendo el azul más profundo.

—Tú dirás.

—Pues bien, ya sabrás que tu padre no se encuentra muy bien y no he querido darle muchos disgustos, por lo que no le he dicho nada, pero el otro día, mientras comíamos con tus amigos, se dio cuenta de cómo la mirabas.

—¿A Irene? —pregunté confuso.

—No, Jonatan, a Susana.

Me había parecido extraño que Jessica quisiera hablar conmigo, pero ahora lo entendía todo. Antiguamente también era así. Jessica malmetía y José actuaba —aunque siempre supe que a él no le hacían falta las manipulaciones de Jessica, antiguamente se bastaba solo para ser cruel en el momento justo y donde más dolía—.

—La verdad es que no sé de lo que hablas, Jessica, además, si José quisiera decir algo sobre mi vida podría haberlo hecho él sin necesidad de tu intervención. Precisamente hemos estado juntos hace unos minutos mientras recogía mis cosas.

—Ya... Sin duda comprenderás que no quiere tener más conflictos ni contigo ni con Susana; pero me consta que le aflige mucho vuestro comportamiento. —Me cogió las manos entre las suyas—. Ayer mismo me

dijo que lamentaba tu comportamiento lascivo hacia tu hermana. Es antinatural, Jonatan. Puede que no compartáis sangre, pero sois familia y esto es un pueblo lo bastante pequeño como para andar dejando a la vista vuestra aventura.

—No tengo ninguna aventura con Susana y la lascivia de la que hablas no existe. De cualquier forma, si así fuera, ella no es mi hermana, no hay sangre de por medio y comprenderás que me importe poco lo que penséis vosotros dos.

—¿Te piensas quedar aquí, Jonatan? —Su pregunta resultó ser un verdadero golpe. Inmediatamente supe a dónde quería ir a parar—. Susana ha abierto su tienda aquí. Digamos que mantenéis una relación, hipotéticamente, por supuesto. ¿Te mudarías aquí?

¡Ni de coña! Sabía que mi vida en Madrid no era del todo satisfactoria, pero ni en sueños me mudaría a este lugar solo por un par de noches con ella.

No había pensado de esa manera en ningún momento, no quería tener una relación con Susana. ¿O sí? No... no podía ser, para mí ella era solo una mujer hermosa con un cuerpo de escándalo y una personalidad adorable. Nada más.

—Reconócelo, Jonatan. En el fondo solo te aprovecharías de ella. La pobre lleva años enamorada de ti, persiguiéndote como un perrito faldero, ignorando los palos que le dabas y mirándote con adoración. Recuerdo cómo miraba a tus novias, como si fueran de lo peor... Ninguna era lo suficientemente buena para ti.

—No es como tú lo cuentas, Jessica, y creo que eres la menos indicada para hablar de este tema... ¿Cuántas veces y de cuántas formas diferentes te has aprovechado tú de ella, a pesar de ser sangre de tu sangre? Nunca te ha importado que se sintiera sola en este mundo, solo te importas tú.

—Por lo menos yo reconozco que ella nunca me ha importado, pero, tú finges indignación cuando siempre has recibido gustoso sus cariños y no te ha importado pagar con ella tu mal humor cuando tu padre te imponía un castigo. —Se levantó de golpe y, mientras se dirigía a las puertas, continuó—. ¿Cuántas veces le has chillado o la has insultado? He visto cómo la comparabas conmigo un centenar de veces, cosa que me ofende muchísimo, llamándola prostituta o insinuando que parecía una buscona...

Y sin decir más salió cerrando la puerta. Tenía razón. Me había aprovechado de Susana en muchas ocasiones y todavía más veces la había alejado de mí con comentarios ofensivos, ignorando el daño que eso podía

causarle...

—¡Jonatan! —Gonzalo me miraba exasperando, apoyándose en la mesa—. Si prefieres abstraerte con tus problemas personales en vez de escucharme vuelvo más tarde...

—Discúlpame, Gonzalo, dime.

—No. Dime tú qué te pasa. ¿Acaso he dejado de ser tu mejor amigo y no me he enterado? —Separándose de la mesa, se dirigió hacia el sofá que había al fondo de mi despacho y allí se sentó mientras su mirada me taladraba.

Poco a poco, y como con sacacorchos, fue sacándome toda la historia hasta que poco quedó por decir y yo ya no tenía ni ganas y ni fuerzas para continuar. Todo se había convertido en un enorme embrollo sin control, una enorme bola que no hacía más que crecer sin mi consentimiento, sin mi supervisión. ¿Qué iba a hacer con Susana? ¿Me había equivocado al irme? De nuevo parecía que me había aprovechado de ella, de nuevo había ignorado sus sentimientos y solo había pensado en mí...

—Amigo, menudo lío... ¿Usaste protección? Dime que sí, por Dios... Di que pensaste antes de que la sangre fuera toda a tu... “ego”.

—No —negué apesadumbrado y más enfadado que antes conmigo mismo.

De repente se abrió la puerta de golpe y Vincenzo Ruiz apareció con expresión furiosa.

—¡Imbécil! ¿Te has largado sin saber siquiera si un hijo tuyo anda gestándose en ella? No te la mereces...

—¿Se puede saber quién es usted? —exigió Gonzalo.

—Soy un amigo de Susana y el resto a usted no le incumbe.

Se aproximó a la mesa y, con un elegante movimiento, se sentó frente a mí. Gonzalo me miraba interrogante, pero yo asentí para que se tranquilizara y se fuera.

—Buenos días, Señor Ruiz.

—¡Ni buenos días ni hostias! ¿Se puede saber dónde tienes la cabeza, muchacho? ¿Acaso no ves lo que le estás haciendo a esa pobre chica? —Su cara se mostraba surcada de arrugas de enfado y en sus ojos una chispa de preocupación—. La has dejado hecha polvo, sin protección contra esas víboras, esos... ¡esos buitres!

—Cuénteme qué ha pasado.

27

SUSANA

La habitación volvía a estar a oscuras, pero ya no me importaba, no me quedaban energías para encender la luz, no me quedaban energías para levantarme y mucho menos para pasar por delante del tocador en cuyo espejo me vería reflejada. Reflejada la tristeza y el sinsentido que había hecho con mi vida.

No sabía qué había pasado. No tenía ni la más mínima idea de cómo había llegado a este punto en el que el dolor del pecho había pasado a convertirse en algo casi natural y las lágrimas ya eran parte de mi rostro... Se había ido, como siempre... Siempre se iba y nunca parecía suficiente todo lo que hiciera, nunca cesaba el dolor hasta que el tiempo atenuaba la sensación de pérdida.

No solo me había pasado el día anterior llorando, sino que, encima, había tenido que aguantar la visita de mamá. ¡La muy falsa! Había llegado temprano con sus aires de madre diciéndome que Jonatan se había marchado del pueblo, recriminándome su marcha, como si yo lo hubiera echado a patadas. ¡Ya sabía que José estaba enfermo! ¿Acaso pensaba que planeaba darle disgustos a propósito? Durante dos horas Jessica había pasado de consolar a recriminar cada poco tiempo y me había vuelto loca. Al parecer, todo el pueblo sabía que me acostaba con mi hermano. Pfff. ¡¿Qué sabrán ellos?! ¡Ignorantes todos! ¡Malditos todos ellos y maldito Jonatan por irse sin despedirse!

¿Sería verdad? No sabía por qué se había marchado Jonatan, si no fuera por lo sucedido en el despacho. Recordaba cómo aquel día había creído que conseguiría que él creyera en un posible futuro juntos, había creído que el cúmulo de sensaciones que nuestros cuerpos habían experimentado serviría para consolidar algo más duradero que un simple revolcón, pero estaba muy equivocada, él mismo había dicho que no creía que aquello fuera nada más que la tentación de lo que no se puede tener...

Desde que Jessica se fuera el día anterior, no había salido de la cama para nada más que para ir al baño y lo hacía sin encender la luz. Detestaba verme en ese estado, pero sabía que con el tiempo se me pasaría. Quizá mi único remordimiento o preocupación era para con la tienda, la cual llevaba cerrada desde entonces. Ni siquiera me había pasado para poner un cartel de disculpa. Ya no me importaba. ¿Por qué querría tener una tienda que me recordaba la conexión que tenía con él? No era masoquista y el hecho de ir a la tienda solo significaría regodearme en mi dolor...

—¡Maldito estúpido! ¡¿No podías ni siquiera despedirte?! —grité al vacío de mi habitación.

Estaba tan furiosa y herida... Recordaba esos ojos negros, esos labios dulces y sus expertas manos... Recordaba el tono de su voz, su reto de que tomara lo que deseaba. ¡Qué estúpida había sido!

—¡Idiota! —chillé y no paré de gritar hasta que mis cuerdas vocales no dieron más de sí, hasta que todo el aire quedó fuera y toda la rabia se desinfló, dejándome a solas con mi dolor. Un triste sopor se unió a mi pequeña fiesta privada permitiéndome unas horas de descanso, lo cual agradecí, pues el olvido era mejor que los recuerdos.

Las lágrimas llegaron y se fueron y, en el cielo, las estrellas empezaban a desaparecer, pero no importaba, porque pensaba quedarme allí hasta que el dolor desapareciera, hasta que todo el mundo me olvidara y la historia pasara a no ser más que un cuchicheo.

El timbre sonaba, pero no pensaba responder, no tenía ganas y agradecí a quien fuese que al poco desistiera. El silencio lo llenaba todo y mi estómago sonó atronador en él, llevaba bastante sin probar bocado y tenía la garganta tan cerrada que no creía poder comer nada nunca más. Pensar eso provocó que un nuevo torrente de lágrimas surcara mis mejillas al recordar que nunca más podría comer con él.

¿Qué había de malo en lo que sentía? ¿Qué había de malo en mí? Toda la vida buscando alguien que me quisiera, ¿era tan malo? ¿Acaso no merecía encontrar a alguien que me apreciara, aunque fuese un poquito? Estaba segurísima de que mis sentimientos hacia él nunca fueron un gran secreto si se sabía dónde mirar y el hecho de que no fuera montándomelo con cualquiera que se me cruzase era una pista bastante válida, sin embargo, por el motivo que fuese, él no había querido verlo, se había hecho con todo lo que mi cuerpo podía ofrecer y había ignorado lo que mi corazón —¡mi alma!— ofrecía, lo que le regalaba de buen grado. Sabía que me deseaba desde que

llegó, pero tuve la estúpida idea de que tras pasar tiempo juntos en la tienda se había creado entre nosotros un vínculo mejor, más especial. ¡Qué ilusa!

Mi estomago volvió a gruñir, esta vez con más insistencia, recordándome el motivo de mis lágrimas.

—Por el sonido que hace tu estómago yo diría que estás descuidando bastante tu salud.

¡Esa voz!

Las mantas volaron y mi mano buscó ansiosa el interruptor de la lamparita de noche a pesar de que, seguramente, la luz fuese insuficiente.

—¡Tú! —chillé.

Corriendo, casi tropezándome y a punto de abrirme la cabeza con el armario, atravesé la habitación hasta llegar a su lado.

Su rostro parecía desmejorado y sangre manaba de una herida en el labio, el cual se estaba empezando a hinchar y amoratarse, estaba desastroso, pero... ¡Era él! Jonatan había vuelto. Lo tenía prácticamente a menos de un palmo y pude ver las oscuras ojeras que rodeaban sus ojos del color del caramelo, me fijé en su ropa arrugada y en que iba sin afeitarse. ¡Era él! ¡Estúpido!

Sin pensármelo dos veces, le planté la mano en la cara con toda la fuerza de mi dolor, lo que le dejó otra bonita marca en la cara. Lloraba y a la vez la furia me recorría por dentro.

—¿Cómo te atreves a venir? ¿Cómo has entrado? —indignada vi cómo medio sonreía.

—Tu amigo Javier me ha abierto la puerta después de abrirme el labio de un puñetazo, que todo sea dicho, seguro me merezco. Respecto al motivo de mi regreso... —acortó la poca distancia que nos separaba, prácticamente pegando su cuerpo al mío—. Vengo a por ti.

Con la mano me limpió las lágrimas que me corrían por el rostro, pero era imposible pararlo, por lo que acabó desistiendo y sus brazos me arroparon en un inmenso apretón que sacó todo el aire de mis pulmones.

—¿Se puede saber qué clase de mujer imbécil te piensas que soy como para decirte eso? —hipando le separé a manotazos de mí y logré alejarme un paso de él.

—¿Imbécil tú? Al contrario, eres la mujer más lista que he conocido, cariño —¿Cariño?! Esta vez mi palma dio contra su cara de nuevo más suavemente y, cuando la volví a alzar, él se limitó a agarrarme de la muñeca antes de que volviese a impactar..

—Puede que me merezca un puñetazo y una bofetada, pero no pienso dejar que me abofetees más, Susi. Con dos me basta.

—No quiero verte, Jonatan, quiero... Quiero que me dejes porque no puedo más.

Su rostro se contrajo en una mueca de dolor y con los hombros rectos pasó a mi lado para sentarse al borde de la cama. Palmeó el sitio a su lado y, mientras esperaba a que yo me sentara, sacó de su chaqueta una pequeña bolsa arrugada que no permitía ver qué había en su interior.

—Siéntate, Susana, y te lo explicaré todo. —Yo le miré con desconfianza. Al ver mi gesto se estiró hasta que su mano se aferró suavemente, pero con fuerza, a la mía y me atrajo hasta la cama—. Déjame empezar y no me cortes, ¿de acuerdo?

Yo asentí despacio, las lágrimas ya secas, y mi ira reposando a la espera de volver a abofetearlo si me soltaba alguna tontería más.

—Lo he entendido todo, Susi. El por qué te trataba así, porque era incapaz de verte como una persona independiente en vez de como una copia de tu madre, porque me fui... Desde el principio me atrajiste como un imán, como la luz a las polillas, eras lo más bonito que había visto, lo más dulce, y siendo un niño esos sentimientos eran inocentes, puros, pero fui creciendo. Te protegía, pero a la vez te odiaba por llenarme de inseguridades, por hacerme sentir confuso, me pasaba noches enteras en vela pensando en ti y, al día siguiente, procuraba tener a otra chica cerca, ¿sabes por qué? Porque te deseaba tantísimo que no me parecía real, no me daba cuenta de que siempre que miraba a una chica o una mujer la comparaba contigo, pero lo hacía. Pensaba: esta chica tiene los ojos del mismo color que Susi, o la boca más gruesa que Susi, es más alta o más baja, Susi tiene esto o aquello más bonito, el pelo, los dientes... Y según fui creciendo, todo era peor, soñaba contigo y al despertar me sentía enfermo, cuando te miraba los pechos me mareaba de placer y a la vez me sentía monstruoso. ¡Eras mi hermana, por Dios! Pero te deseaba como a nadie y tú no me lo ponías fácil con esos vestidos y esos vaqueros. La noche de tu decimosexto cumpleaños faltó poco para que me corriera encima. ¡Ese vestido! Jessica tenía razón, me planteé subir esas escaleras y arrancártelo, total, ya podía vislumbrar la mayor parte de tu cuerpo. Más tarde, ese día ella habló conmigo, me hizo sentir fatal, un hombre enfermo y aun así no me importaba, deseaba quedarme a tu lado, aunque fuese sufriendo. Sin embargo, me fui de casa. Te dejé sola porque era más fácil superarlo si no te veía, si me alejaba de tu influencia... Cariño,

siempre te he querido, te juro que no te miento... Te quería más que a nadie, pero siempre fue mayor mi temor a lo que sentía que el sentimiento en sí. Estaba demasiado asustado como para ver que no tenía nada de malo, no había nada malo en que tus ojos brillaran cada vez que me veías, nada de horrible en que deseara sentir tu rostro entre mis manos... Tu cuerpo... tu cuerpo era una bendición para la vista, pero mi maldición por las noches... Te quiero, Susi, y me doy cuenta de que era yo todo el tiempo el que me mantenía alejado de ti, he sido el primero en mirar con malos ojos nuestros sentimientos. No sabes lo celoso que me he sentido desde que volví aquí... Viéndote rodeada de hombres que te miraban y te sonreían y flirteaban contigo, ¡porque podían, maldita sea! Y yo no. Yo no podía hacerlo, y eso me mataba, me ponía enfermo, furioso, me frustraba, me confundía... Aquel día en el que entraste mientras me duchaba temí que descubrieras que me es humanamente imposible levantarme sin una erección desde que volví a verte, ni siquiera las duchas frías sirven para apagar el fuego que despiertas en mí... Me has estado volviendo loco de deseo todo el tiempo y cuando José me dijo la verdad... Solo podía pensar en encontrarte y arrancarte la ropa lo más rápido posible. Y el día que me marché... vi que en el fondo pensaba aprovecharme de ti como hacía todo el mundo. Para mí esto no era más que sexo, no podía imaginarme nada más... Y no quería admitir que viajaría hasta el final del mundo por ti ¡Yo no quiero aprovecharme más de ti!

Se acercó más a mí, sus muslos rozando los míos, sus ojos hipnotizándome al igual que sus palabras que se grababan a fuego en mi interior, sanando mi alma herida.

—No quiero ser una carga para tus nuevos planes, ni para tu vida, pero desde ahora te digo, mi amor, que haré todo lo posible por convencerte de que salgas de este pueblo y te vengas a vivir conmigo. ¡Donde tú quieras! No hace falta que sea Madrid, puedes coger un mapa y señalar cualquier punto del país y allí iremos.

—Yo... —No sabía qué decir, me había llamado “mi amor”. Las lágrimas volvían a correrme por la cara y mi mano estaba tan fuertemente apretada en un puño que no sabía si podría volver a estirarla. No me dejó seguir y continuó hablando.

—Pero si, por el contrario, quieres quedarte... Mi única condición es que busquemos otra casa, confieso que no me sentiría cómodo siendo un inquilino de uno de tus pretendientes... ¡bueno! En realidad, serían dos condiciones... No podría aceptar ninguna decisión por tu parte si no

consintieras ... casarte conmigo. —Sonrió por fin triunfante, pero con los ojos llenos de temor y yo me derretí como el chocolate.

—¡Cielos! Yo... yo también te quiero, Jony. —Temblaba tanto que apenas podía moverme, sin embargo, me lancé contra él tratando de abrazarlo tan fuerte como mis brazos permitieran.

—Te amo, Susi, por favor, cástate conmigo. Me harás el hombre más feliz del planeta.

—¡Por supuesto que me casaré contigo! —Al oírme, Jony suspiró y sacó de la bolsa una cajita que contenía el anillo más hermoso que jamás hubiese visto—. Es precioso —susurré.

—No hay nada más precioso que tú, mi amor.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Ha llegado el final, pero antes de que cierre este libro dejadme dar las gracias a las personas que han estado ahí siempre, los que pusieron su corazón junto al mío para apoyarme en este trayecto.

Doy las gracias a mi familia, sobre todo mi madre que siempre ha creído en mí, la mujer que me inculcó el amor por la lectura y que siempre saca tiempo para leer y releer mis proyectos. Gracias por ser quien eres y por saber desde siempre que este día llegaría. Hay una estrella en el cielo que debe sonreír mucho ahora mismo.

También le doy las gracias al equipo de Besos de Papel por contar conmigo en su maravilloso sueño, por ser tan geniales, porque el límite está en el infinito y estoy segura de que conquistaréis a todos igual que lo habéis hecho conmigo.

Y ahora voy a dar las gracias a la persona que ha vivido esto conmigo día tras día, que ha visto cómo perdía la ilusión y me ha ayudado siempre a encontrarla, la persona que me inspira a soñar. Cielo, te amo con todo mi corazón, gracias por ver en mí lo que yo no veía, por nombrarte mi agente, mi contacto con la vida real y la voz de la ilusión. Eres mi caballero particular, mi protagonista preferido.

Te quiero.

BIOGRAFÍA



Abigaíl C. M. nació en Madrid y creció viendo paisaje extremeño. Desde muy pequeña, su madre le inculcó el amor por la lectura, por las historias llenas de magia y amor, por un mundo donde todo puede ocurrir, lleno de hermosos paisajes o territorios apocalípticos. Su pasión por las letras fue tal, que siempre supo a lo que se quería dedicar: escribir. Y eso lleva haciendo desde pequeña.

Con Mi mayor deseo estrena su carrera de escritora en romántica, pero que continuará con nuevos proyectos.

OTRAS PUBLICACIONES



Vero, una treintañera algo tímida, decide volver a estudiar y un día se tropieza con él en la biblioteca: su piedra en el camino... es sexy, es encantador, es guapo... pero también es ilógico, egocéntrico, egoísta y un encantador de serpientes. Será como esa piedra que se te cuela en el zapato fastidiándote la vida y que no logras sacarte agitando el pie.

Pero entonces Vero descubrirá algo —o mejor dicho alguien— a su lado. Casualmente también se ha tropezado con él, o no... no lo sabe bien. ¿Quién es? ¿Cómo ha llegado hasta allí? ¿Y por qué demonios no puede durar eso eternamente?

¿Cuántas veces has tropezado en la misma piedra? ¿Y en el mismo amor?
¿Cuántas veces te has empeñado en que él o ella es la persona de tu vida
cuando en el fondo sabes que no es más que un lastre?